



DAVID

TARTARIN  
DE  
TARSCON

PQ2616  
.T4  
S8



1020026991



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





TARTARIN DE TARASCÓN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*A mi amigo*

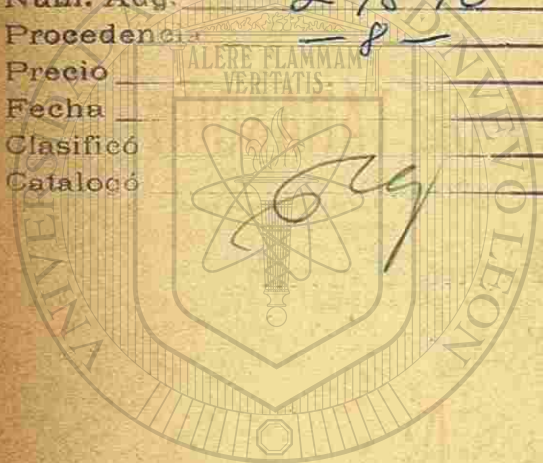
*Gonzague Privat.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor D 238 t  
Núm. Adg. 29890  
Procedencia 8  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificac. \_\_\_\_\_  
Catalogac. \_\_\_\_\_



COLECCIÓN JUBERA

ALFONSO DAUDET

# TARTARIN DE TARASCÓN

"EN FRANCIA, TODO EL MUNDO  
TIENE ALGO DE TARASCÓN."

VERSIÓN ESPAÑOLA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES  
10, Campomanes, 10.

1891

098482

29890

843  
D.

PQ 2616

.t.4

58



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E. RUBIÑOS. IMPRESOR

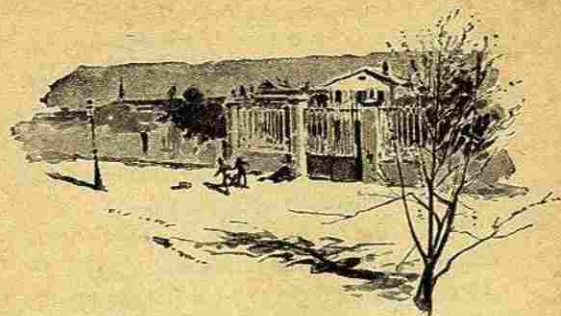
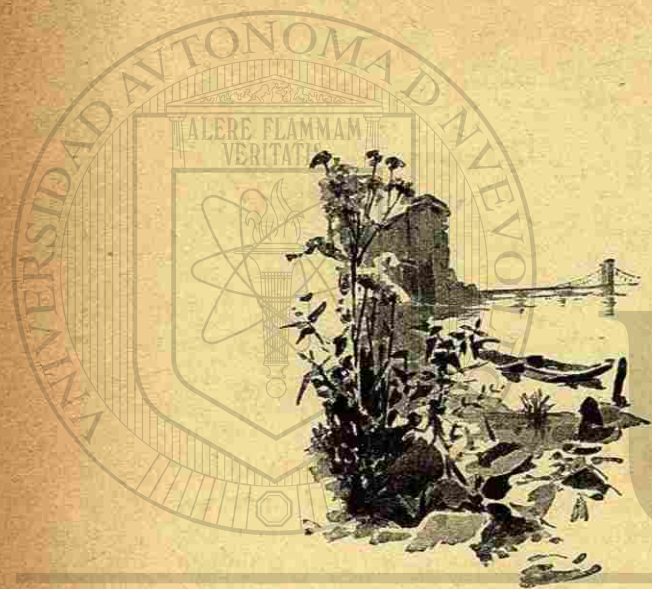
PRIMER EPISODIO

EN TARASCÓN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN





I

EL JARDÍN DEL BAOBAB

MI primera visita á Tartarin de Tarascón ha quedado impresa en mi memoria como fecha inolvidable.

Hará de esto cosa de doce á quince años, y lo recuerdo mejor que lo que hice ayer.

El intrépido Tartarin habitaba en aquella época á la entrada de la ciudad, la tercera casa á mano izquierda, en el camino de Avignon. Era una linda quinta tarasconense, con jardín delante, balcón detrás, paredes muy blancas y persia-



nas verdes. Ante la puerta, había unos cuantos niños saboyanos, jugando ó durmiendo al sol, con la cabeza apoyada en una caja que contenía los enseres de limpiar botas.

Desde fuera, esa casa no se diferenciaba en nada de las demás.

Nadie podía figurarse, á juzgar por su aspecto, que era la vivienda de un héroe; pero cuando se entraba en ella por primera vez, la sorpresa se apoderaba del espíritu y aumentaba sin cesar.

Desde la cueva hasta el granero, todo el edificio, y hasta el jardín, ofrecía al espectador algo heroico.

¡Oh! ¡El jardín de Tartarin!

¡No tenía igual en Europa!

Allí no se veía un solo árbol del país, ni una sola flor francesa; todas eran plantas exóticas, árboles de goma *ficus*, algodoneros, plátanos, cocoteros, palmeras, mangos de Goa, un baobab, chumberas, cactus y otros, pudiendo hacerse cualquiera la ilusión, al entrar en aquel recinto, que se estaba en plena Africa y á miles de leguas de Tarascón. No hay para qué decir que dichos árboles no

eran de tamaño natural; los cocoteros no alcanzaban más altura que la de una planta de remolacha, y el baobab, árbol grandísimo, *arbor gigantea*, cabía en una maceta de las destinadas á balcón;



mas, sin embargo, era cosa digna de ser admirada, y constituía un motivo de orgullo para Tarascón, en donde ciertas personas de la ciudad, á quienes se concedía los domingos la honra de visitar la morada de Tartarin, obsequiaban á sus amigos forasteros, llevándoles á contemplar el jardín, y se volvían todos á su casa en alto grado complacidos.

Ya podéis suponer la emoción que experimenté cuando me llevaron á pasear por tan singular jardín; mas os confieso que no fué nada en comparación de mi sorpresa cuando me introdujeron en el gabinete del héroe. Aquella habitación, una de las principales curiosidades de la ciudad, se hallaba situada en el fondo del jardín, y se entraba en ella por una gran puerta vidriera, delante de la cual se ostentaba el famoso baobab.

Figuráos una gran sala cuyas paredes estaban cubiertas de arriba abajo de armas de todas clases y de todos los países del globo: carabinas, rifles, cuchillos de Córcega, trabucos, navajas, cuchillos catalanes, puñales, escopetas, cuchillos, revólvers, cuchillos de monte, espadas toledanas, alfanjes cris de Malasia, flechas indias, flechas de piedra, mazas de los hotentotes, lazos mejicanos, y qué sé yo cuántas otras cosas.

Los rayos de un sol espléndido, penetrando por los vidrios, hacían relucir el acero de las espadas y de las culatas de las armas de fuego, como para amedrentaros todavía más.

La impresión recibida fué grande en verdad; mas no obstante eso, me tranquilicé algún tanto al ver el orden y la limpieza que reinaban en aquel notable y rico museo. Todo estaba arreglado, cuidado, limpísimo y lleno de rótulos, como los tarros de una botica, y de trecho en trecho se veía un cartelito que decía:

*Flechas envenenadas. No las toquéis.*

O bien:

*Armas cargadas. Tened cuidado.*

Sin esos letreros, jamás me hubiese atrevido á entrar.

En medio del gabinete se hallaba un velador, y en éste un frasco de ron, una bolsa turca para el tabaco, el relato de los viajes del capitán Cook, las novelas de Cooper, de Julio Verne, de Gustavo Aimard; libros relativos á la caza del oso, del halcón, del elefante, del león, del tigre y otros animales.

Delante de aquel velador estaba sentado un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, bajo de estatura, grueso, rechoncho, muy colorado, en mangas de

camisa y calzoncillos de franela, con la barba corta, pero muy espesa. Dicho individuo, con una mano sostenía un libro y con la otra una pipa con su tapadera de metal; y como leyera en aquel momento no sé qué terrible episodio de los muchos que contienen las historias de los cazadores de cabelleras, hacía, adelantando su labio inferior, una mueca que daba á su fisonomía de capitalista tarasconense el mismo aire de ferocidad bonachona que reinaba en toda la casa.

Aquel hombre, que sentado ante el velador estaba absorto en la lectura de los heroicos hechos de algún intrépido cazador, era Tartarin; Tartarin de Tarascón. ¡El valiente, el grande, el incomparable Tartarin de Tarascón!



## II

## VISTAZO GENERAL

Á LA BUENA CIUDAD DE TARASCÓN. — LOS CAZADORES

DE GORRÁS

En la época de que os estoy hablando, Tartarin de Tarascón no era aún el Tartarin de hoy día, el gran Tartarin de Tarascón, tan popular en todo el Mediodía de Francia; y, sin embargo, era ya el rey de aquella ciudad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Digamos de dónde hubo de venir su soberanía.

En primer lugar, es menester que sepáis que allí todos los hombres son aficionados á la caza; es la pasión dominante de los tarasconenses; pasión que se transmite de padres á hijos desde la época mitológica en que la Tarasca hacía de las suyas en los pantanos, y en que los habitantes de entonces organizaban contra ella incesantes batidas.

Ya hace mucho tiempo de eso, como podéis suponer; pero la necesidad creó la costumbre, y ésta, lo mismo en los pueblos que en los individuos, es muy difícil de extirpar. El hábito constituye una segunda naturaleza, forma parte de nuestro modo de ser, y nos domina, siendo necesaria la acción constante de una inteligencia robusta y de una voluntad enérgica para vencerla.

La Tarasca hizo á los tarasconenses cazadores, y no es extraño, á pesar de los siglos transcurridos desde entonces, que los actuales vecinos de aquella ciudad sean amantes de rendir culto á Diana; así es que todos los domingos Taras-

cón en masa toma las armas y sale de la población, cada cual con su morral á la espalda, con su escopeta al hombro y llevando perros, hurones, trompas y cuernos de caza.

Es un golpe de vista magnífico.

¡Lástima grande que la caza falte allí en absoluto!

Y no puede ser de otro modo.

Por torpes que sean los animales, andando el tiempo, han llegado á desconfiar y se han ausentado totalmente. Ellos tienen también sus tradiciones, y las de los que viven en aquella comarca, saben que los tarasconenses, con la escopeta en la mano, son irresistibles, y casi imposible escapar á su vigilancia.

Así debe suceder irremisiblemente, porque lo cierto es que, en cinco leguas á la redonda, las madrigueras están vacías, los nidos abandonados, y no se encuentra ni un mirlo, ni una liebre, ni una codorniz, ni una zorra, ni un conejillo, nada, absolutamente nada.

Y sin embargo, aquellas lindas colinas tarasconenses son muy tentadoras, perfumadas por el tomillo, el espliego y el

romero; tentadoras por las hermosas uvas moscateles azucaradas que se crían en las orillas del Ródano, que son tan apetitosas; pero ¡Tarascón está detrás! dicen los que componen la fauna de aquella región, y entre toda la gente de pelo y de pluma, los tarasconenses tienen muy mala fama.

Las aves de paso lo han señalado con una cruz en sus itinerarios; y cuando los ánades bajan hacia la Camargue y divisan desde lejos los campanarios de dicha ciudad, el que sirve de guía se pone a gritar: "¡Allí está Tarascón!... ¡Tarascón!...", y toda la bandada huye lejos, en dirección distinta.

En suma, tratándose de caza, no queda en aquella comarca más que una vieja liebre socarrona y pícara, que ha escapado milagrosamente al plomo tarasconense y que está encaprichada en vivir allí.

Es muy conocida, y hasta se le ha dado un nombre. La llaman *Rápida*, y se sabe que tiene su cama en el terreno del señor Bompard, lo que, entre paréntesis, ha doblado y triplicado el valor de aquella

propiedad inmueble; pero todavía no la han podido matar, no obstante el tenaz propósito de tres ó cuatro cazadores que la persiguen incesantemente.

Los demás no paran ya mientes en ella, y *Rápida* ha pasado hace tiempo á ser causa de una superstición local, por más que los tarasconenses sean por naturaleza muy poco supersticiosos, cual lo prueba el hecho de que comen golondrinas en salmorejo cuando las encuentran al alcance de sus tiros y de sus redes.

Pero me diréis, amados lectores: puesto que los animales son tan raros en aquel país, ¿qué cazan sus habitantes los domingos?

¿Qué cazan?

¡Oh, Dios mío! Se van por grupos de cinco ó seis á dos ó tres leguas de la ciudad, se tumban tranquilamente á la sombra de un tinglado, de una vieja pared ó de un olivo; sacan del morral un buen trozo de vaca estofada, cebollas crudas, salchichón, algunas anchoas, y empiezan un almuerzo perdurable, remojado con ese buen vinillo de las orillas del Ródano, que hace reír y cantar.

Después, cuando están bien repletos, cuando hasta la penumbra de toda pena se ha ahuyentado, cuando la risa invade todos los semblantes y el buen humor se posesiona de todos los cuerpos, se levantan, silban á los perros, amartillan las escopetas y empiezan la cacería. Es decir, cada uno de estos señores coge su gorra, y lanzándola por los aires con toda su fuerza, tira sobre ella al vuelo, con municiones del 6, del 5, ó del 2, según hayan convenido.

El que agujerea más veces su gorra es proclamado rey de la cacería, y vuelve por la noche á Tarascón, triunfante con su trofeo, ó sea su gorra acribillada, pendiente del cañón de la escopeta, y seguido de los perros que ladran anunciando la victoria, y de los compañeros que le festejan tocando la trompa y los cuernos de caza.

Me parece excusado decir que se hace en la ciudad un gran comercio de gorras.

Hay comerciantes que las venden agujereadas y rasgadas de antemano para el uso de los que no saben tirar; pero no

se conoce más que al Sr. Bezuquet, el boticario, que las compre.



Es deshonroso.  
Como cazador de gorras, nadie iguala á Tartarin de Tarascón.



III

¡NAN! ¡NAN! ¡NAN!

CONTINUACIÓN DE LA OJEADA GENERAL A LA BUENA

CIUDAD DE TARASCÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

**A** la pasión de la caza, la fuerte raza tarasconense une otra: la de las canciones. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Es increíble el número de las que, impresas o manuscritas, se consumen al año en ese país singular.

Todas las antiguallas sentimentales que amarillean olvidadas en los musiqueros, tienen cabida y son aceptadas como nuevas en Tarascón.

Allí se encuentra cualquiera composición musical, por vetusta que sea.

Cada familia tiene la suya, y la ciudad entera sabe, por ejemplo, que la canción favorita del boticario Bezuquet, es:

«¡Tú, blanca estrella que adoro!..»

La del armero Costecalde:

«¿Quieres venir al país de las cabañas?..»

La del recaudador de contribuciones:

«Si yo fuera invisible, nadie me vería...»

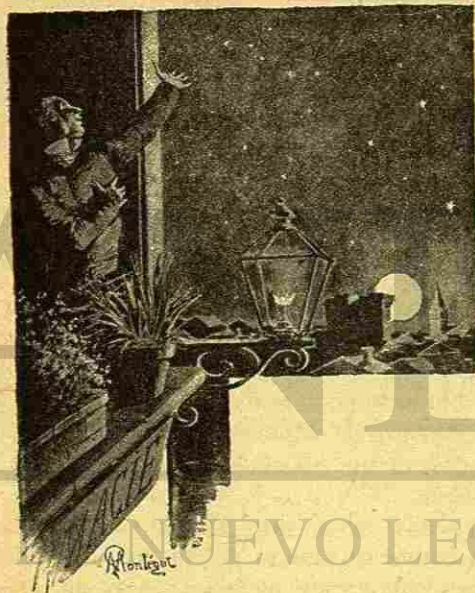
(Canción cómica.)

Y así en todas las familias de Tarascón.

Dos ó tres veces por semana se reúnen en una ú otra casa y se canta; pero lo más raro es que siempre son las mismas piezas, y que, no obstante los muchos años que se usan, aquellos buenos tarascenses no tienen ganas de variarlas.

Es un legado de familia, y, por lo tanto,

cosa sagrada. Cada canción es, si puede decirse, de la exclusiva propiedad de, que la tiene como signo característico



y jamás se atreverían en casa de Costecalde á cantar la de Bezuquet, ni en el domicilio de éste la de aquél; y, sin embargo, bien podéis comprender que la



saben de memoria á las mil maravillas.

Pero no; cada cual guarda la suya, y todo el mundo está contento.

En cuanto á las canciones, como respecto á las gorras, el primero de la ciudad era, sin duda, Tartarín; y la superioridad de éste consistía en no tener ninguna, sino en poseerlas todas. ¡Absolutamente todas!

Y ¡cosa rara! los que tan á sangre y fuego defendían las suyas y perseguían con furia á los que se permitían reproducirlas, experimentaban un júbilo indescriptible cuando escuchaban á Tartarin cantar indistintamente la que mejor se le antojaba. Verdad es que era muy difícil hacérselas cantar.

Nuestro hombre era un héroe, y ya hacía tiempo, cansado de sus triunfos de salón, prefería la lectura de los libros de caza ó pasar la velada en el Círculo, á exhibirse delante de un piano de Nimes, alumbrado por dos velas de Tarascón.

Algunas veces, no obstante, cuando se tocaba ó cantaba en casa del farmacéutico, entraba como por casualidad, y des-

pués de hacerse rogar mucho, consentía en cantar con la señora Bezuquet, la madre, el gran dúo de *Roberto el Diablo*.

Quien no haya oído esto, no ha oído nunca nada.

De mí sé decir que aun cuando viviera cien años, me acordaría siempre del gran Tartarin acercándose al piano con paso majestuoso, apoyándose en él y bajo el reflejo verde de las bombas del escaparate del establecimiento, procurar dar á su fisonomía la expresión feroz y satánica de Roberto.

Apenas se hallaba colocado, cuando un estremecimiento general se apoderaba de los concurrentes, como si fuera á suceder algo extraordinario, y después de un momento de silencio la señora Bezuquet, la madre, empezaba, acompañándose:

Roberto, tú á quien amo,  
y que mi fe recibiste,  
ahora mira mi espanto,  
ora mira mi espanto.  
Piedad, piedad por tí;  
piedad, piedad por mí.

Y en voz baja añadía: "Ahora os toca

á vos, Tartarin,; y éste, con el brazo extendido, el puño cerrado, decía con voz formidable, que retumbaba como un trueno: "¡No! ¡No! ¡No!...", Cuyos monosílabos, como buen meridional, los pronunciaba diciendo:

—“¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...”

Y la señora Bezuquet repetía:

Piedad, piedad por ti;  
piedad, piedad por mí.

—“¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...”, aullaba cada vez con más fuerza Tartarin.

No era muy largo en su recitado, como veis; pero la mímica era tan propia, tan diabólica, que una conmoción de terror recorría toda la concurrencia y le hacían repetir su “¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...”, cuatro ó cinco veces seguidas.

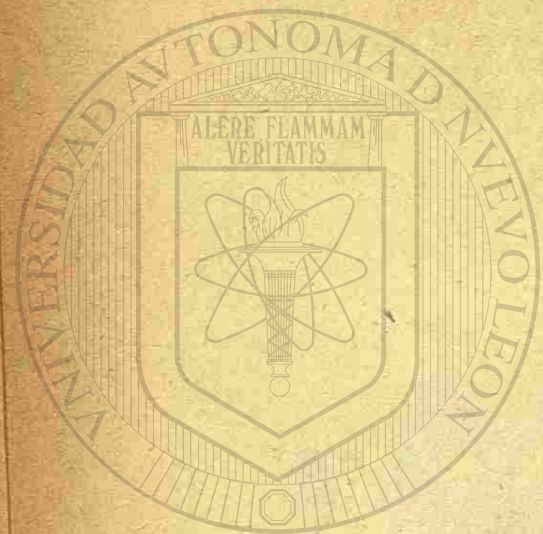
Y después, Tartarin enjugaba su frente empapada en sudor, sonreía á las señoras, guiñaba el ojo á los hombres y, retirándose triunfante, se iba al Círculo y decía con aire modesto:

—Vengo de casa de Bezuquet; he cantado allí el dúo de *Roberto el Diablo*.

Y al creerlo todos, sintiendo no haberlo escuchado, él se lo creía también.

Era el soberano de Tarascón, y claro es que en el Casino nadie se hubiera atrevido á socavar su soberanía.





IV

¡¡¡ELLOS!!!

Los talentos de Tartarin eran tan indiscutibles como diversos; todos lo reconocían así, y á esos talentos debía sin duda alguna nuestro héroe su buena reputación en la ciudad.

Era además una verdad innegable que aquel demonio de hombre se granjeaba la voluntad de todo el mundo.

La guarnición era entusiasta de él, y,

por lo tanto, su partidaria decidida. El bravo comandante Bravida, oficial 1.º retirado de Administración militar, decía de Tartarin: "¡Es un valiente!, Y claro está que de tal afirmación no podía dudar, porque aquel bizarro militar debía de ser perito en la materia.

La magistratura le apreciaba también, pues dos ó tres veces, en pleno Tribunal, el anciano presidente Ladeveze había dicho de él:

— "¡Es un gran carácter!,

Y, en fin, el populacho le idolatraba. Su obesidad, su modo de andar, su aire, un aire de buen caballo de trompeta que no se asusta por el ruido; su fama de héroe, nacida no se sabe cómo, y el reparo de algunos céntimos, acompañados de no pocos cachetes á los pequeños limpiabotas instalados delante de su puerta, habían hecho de él el *lord Seymour* de la localidad, el rey de los mercados tarasconenses.

El domingo por la tarde, cuando Tartarin volvía de caza con su gorra en el cañón de la escopeta y bien abotonado su chaquet, los mozos de cuerda del mue-

lle se inclinaban respetuosamente á su paso, é indicando con una mirada sus enormes brazos, se decían unos á otros con admiración:

— ¡Ese sí que tiene fuerzas!... los unos.

— ¡Tiene DOBLES MÚSCULOS! añadían otros.

— ¡DOBLES MÚSCULOS! repetían los demás.

Sólo en Tarascón se oyen estas cosas.

Y, sin embargo, á pesar de sus numerosas aptitudes, de sus *dobles músculos*, del favor popular y de la estimación tan valiosa del comandante Bravida, Tartarin no era feliz: la vida que hacía en aquella ciudad, le ahogaba.

El gran hombre de Tarascón se aburría allí.

La verdad es, que para una naturaleza tan exuberante como la suya, para un alma aventurera é ilusa, que no soñaba sino con batallas, correrías por las Pampas, grandes cacerías, arenas del desierto, huracanes y ciclones, era muy triste dar todos los domingos una batida á la gorra, y lo demás del tiempo pasarlo en administrar justicia en casa del armero Costecalde...

Cierto es que todos se sometían á sus

deliberaciones, y que nadie trataba de apelar contra sus fallos: pero... ¡pobre grande hombre!

A la larga, era cosa de que muriese por consunción.

La sociedad tarasconense no le bastaba; aquella atmósfera le era insuficiente; no le satisfacía la caza de la gorra, y su esfera de acción allí era asaz reducida.

En vano que para alimentar su imaginación y para eludir la holganza y la ociosidad del Círculo, se rodeara del baobab y otros vegetales africanos; inútil que amontonara armas; en balde que alimentase su espíritu con lecturas novelescas, procurando, como el inmortal Don Quijote, arrancarse por el vigor de su sueño a las garras de la despiadada realidad... ¡Ay! Todo cuanto hacía ganoso de calmar su sed de aventuras, no servía sino para aumentarla.

La vista de sus armas le mantenía en estado continuo de cólera y excitación. Sus rifles, sus flechas y sus lazos le gritaban: "¡Batalla, batalla!". El viento que soplaba entre las ramitas del baobab le daba malos consejos y, para remate, le

incitaban con sus inventivas Julio Verne, Fenimore Cooper, Gustavo Aimard y otros novelistas de gran renombre.

¡Oh! ¡Cuántas veces, en las largas tar-



des de verano, estando solo leyendo en su gabinete, se levantó Tartarin rugiendo, tirando el libro y precipitándose sobre la pared para descolgar las armas de su panoplia!

El pobre hombre, olvidando que se ha-

llaba en su casa de Tarascón, rodeada la cabeza con un pañuelo de seda y en calzoncillos, se identificaba de tal modo con su lectura, que, exaltándose con el sonido de su propia voz, vociferaba blandiendo un hacha ó un *tomahawk*:

— ¡Que vengan ellos ahora! decía.

¡Ellos!

¿Quiénes eran ellos?

¡Ellos! era todo lo que ataca, todo lo que combate, todo lo que muerde, todo lo que araña, todo lo que aúlla, todo lo que ruge.

¡Ellos! era el indio sioux bailando alrededor del poste en donde está atado el desgraciado blanco.

¡Ellos! era el oso de las montañas que se balancea y se lame con su lengua llena de sangre.

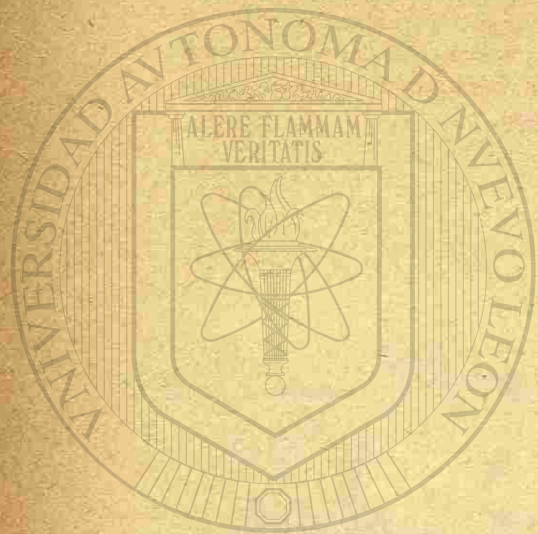
¡Ellos! eran el *tuareg* del Desierto, el pirata malayo, el bandido de los Abruzos... ¡Ellos, en fin, eran ellos!...

Es decir, la guerra, los viajes, las aventuras, la gloria.

Pero ¡ay! por más que el intrépido tarasconense *los* llamara y *los* desafiara... ellos no aparecían nunca...

¿Y para qué habían de ir á Tarascón? Sin embargo, Tartarin *los* esperaba siempre, y sobre todo, hubiera deseado hallárselos cuando por la noche se dirigía al Casino.





V

TARTARIN CAMINO DEL CÍRCULO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

El caballero templario preparándose para la lucha contra los infieles; el tigré chino disponiéndose para el combate; el guerrero comanche entrando en el sendero que conduce al sitio de la batalla, no son nada comparados con Tartarin de Tarascón armándose para

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29890

ir al Círculo, á las nueve de la noche, una hora después de la retreta.

Zafarrancho de combate, como dicen los marinos.

En la mano izquierda Tartarin llevaba un rompecabezas con púas de hierro; en la derecha un bastón con estoque; en un bolsillo el revólver, en otro el puñal, y en el pecho, entre la elástica y la camisa, un cris malayo.

Verdad es que se abstenía de llevar las flechas envenenadas; eso no: Tartarin era de noble condición, y las consideraba como armas ajenas á todo hombre bien nacido; ¡armas desleales para el enemigo y para el que las usa!...

Antes de salir, en el silencio y la soledad de su salón, se ejercitaba un momento en el manejo del florete, y después, cogiendo la llave, atravesaba el jardín sin apresurarse y abría bruscamente la pesada verja de hierro, de modo que pegara contra la pared... Si ellos hubieran estado detrás... ¡qué tortilla los hiciera!

Por desgracia, ellos no se hallaban allí.

Abierta la puerta, Tartarin salía, lan-

zaba una rápida ojeada á derecha é izquierda, cerraba con doble vuelta la llave y echaba á andar.

El camino estaba solo; no se veía ni un gato. Las puertas se hallaban cerradas, apagadas las luces, y, por lo tanto, reinaban las tinieblas; solamente un farol brillaba entre las nieblas del Ródano.

Arrogante y tranquilo, Tartarin de Tarascón marchaba de noche, haciendo sonar sus tacones á compás y arrancando chispas de las piedras con la contera de su bastón.

En los bulevares, calles y callejuelas, tenía siempre mucho cuidado de andar por medio de la calzada, excelente precaución que permite ver venir el peligro, y, sobre todo, evitar lo que durante la oscuridad cae algunas veces de las ventanas en las calles de Tarascón.

Al verle tan prudente, no crea nadie que Tartarin fuese pusilánime... ¡No! Era que tomaba sus precauciones.

La mejor prueba de que no tenía miedo es que, en vez de ir al Círculo por el paseo, iba por la ciudad: es decir, por lo más largo, por lo más solitario, por un



sin fin de callejuelas, desde las que se ven rielar siniestramente las aguas del río.

El pobre hombre esperaba siempre que en alguna de aquellas revueltas, ellos se lanzaran desde la sombra y cayeran sobre él. Ellos hubieran sido bien recibidos, de seguro. Pero ¡ay! por una burla del Destino, nunca se presentó á Tartarin la suerte de tener un mal encuentro; ni un perro, ni siquiera un borracho. ¡Nada!

Algunas veces, no obstante, oyó ruido de pasos, voces ahogadas... "¡Atención!", se decía nuestro héroe; y se quedaba plantado, procurando ver en la oscuridad, tomando el viento y apoyando el oído en el suelo, como hacen los indios.

Los pasos se acercaban, las voces se dejaban oír más próximas... Ya no había que dudar. Ellos llegaban... Ellos estaban allí, y ya Tartarín, echando chispas por los ojos, sin aliento, se recogía como un jaguar y se preparaba á saltar lanzando su grito de guerra..., cuando de repente, entre la sombra, oía á algún conocido que decía con mucha calma:

—Es Tartarin... ¡Eh, adiós, Tartarin!... ¡Maldición! Era el boticario Bezuquet con su familia, que venían de cantar *la suya* en casa de Costecalde.



—¡ Buenas noches, buenas noches! re-funfuñaba Tartarin, furioso por su equivocación; y con cara terroz proseguía su marcha.

Cuando llegaba á la calle del Casino,

el intrépido tarasconense esperaba todavía un momento, paseándose arriba y abajo delante de la puerta, y, por fin, cansado de esperar y convencido ya de que *ellos* no se presentarían, echaba en la oscuridad una postrer mirada de desafío, y murmuraba iracundo:

—«¡Nada!... ¡Nada!... ¡Siempre nada!...»

Y entraba en el Círculo á jugar su partida con el comandante.



## VI

## LOS DOS TARTARIN

CON tan marcado afán de aventuras; con tanta necesidad de emociones fuertes; con una verdadera pasión por los viajes, ¿cómo era que Tartarin no se había ausentado alguna vez de su país?

Porque es un hecho plenamente comprobado que hasta los cuarenta y cinco años el valeroso tarasconense no había traspasado los límites de la ciudad que le vió nacer.

Ni siquiera había ido á Marsella, cosa que todo buen provenzal hace en cuanto llega á su mayor edad.

Apenas si conocía á Beaucaire, y, sin embargo, no está lejos de Tarascón, puesto que para ir allá basta con pasar el puente, un puente largo, es verdad, más largo que un día sin pan, y frágil hasta el punto de haber sido en más de una ocasión arrastrado por las aguas; pero nuestro hombre no le había atravesado nunca. No se presentó jamás la necesidad de hacerlo, y la prudencia, como él decía, es compañera inseparable de los valientes.

A pesar de lo endeble de aquel puente y de lo inseguro que estaba, Tartarin lo hubiera mil veces atravesado corriendo, si menester fuese, porque no se tenía por cobarde, y sí por previsor y precavido. Se sentía capaz de alcanzar la meta del héroe, mas no la del temerario, que obra sin razón justificante y sin examen detenido de las cosas y de las circunstancias, según la fuerza intelectual de cada uno.

Sin embargo, como no siempre el hé-

roísmo se asienta en un espíritu sereno y reflexivo; como los arranques del héroe obedecen en determinados casos á los impulsos de la pasión, del sentimiento y de la superioridad de sus enemigos, ¿á qué causa se debería que en nuestro buen Tartarin no sucediese jamás eso; antes bien, que procediese con calma siempre, y no obrase sino después de darse cuenta clara de sus determinaciones?

Ni la vanidad, ni el orgullo, ni el temor al ridículo, que sabido es ciegan á los hombres y los lanzan á la realización de empresas ó de actos de los que luego han de arrepentirse, obraban de lleno y de repente en su ser, sorprendiendo ó apoderándose de su voluntad, sino que provocaban en su alma cierta lucha y daban lugar á dudas y vacilaciones, hasta el punto de haberse expuesto más de una vez á perder su reputación.

¿De qué medios nos habremos de valer para explicar semejante fenómeno, que determinaba el carácter especialísimo del valiente tarasconense, del célebre Tartarin de Tarascón?

Preciso es convenir en que había en él dos naturalezas muy distintas, contrarias, diametralmente opuestas.

“Siento dos hombres en mí,” dijo no sé qué Padre de la Iglesia; y esto era lo que con verdad pudiera asegurarse, tratándose de Tartarin.

El gran tarasconense, como convenrán en ello cuantos conozcan su historia, llevaba en sí el alma de Don Quijote, los mismos rasgos caballerescos, su mismo ideal heroico, idéntica locura por lo novelesco y lo grandioso; pero desgraciadamente no tenía el cuerpo del célebre hidalgo, aquel cuerpo huesoso y delgado, casi transparente, un escrúpulo de cuerpo, en fin, en el que tan poca presa hacía la vida material, capaz de pasar veinte noches seguidas sin desabrochar su coraza, y cuarenta y ocho horas con un puñadito de arroz por todo alimento... El cuerpo de Tartarin, por el contrario, era soberbio, grueso, pesado, muy sensual, asaz delicado, en gran manera quejumbroso, lleno de apetitos de todo género, y amante de la comodidad; en una palabra, el cuerpo barrigudo y

corto sobre robustas piernas del inmortal Sancho Panza.

¡Don Quijote y su escudero en un mismo hombre!

Compréndese, desde luego, el mal consorcio que deberían haecer.

¡Cuántos combates! ¡Cuántas reyer-tas!...

¡Qué gracioso diálogo podría escribirse entre los dos Tartarin: el Tartarin-Quijote y el Tartarin-Sancho!

Tartarin-Quijote, exaltándose con las novelas de Gustavo Aymard y gritando:

—“¡Yo parto!”

Tartarin-Sancho no pensando más que en el reuma, diciendo:

—“¡Me quedo!”

TARTARIN-QUIJOTE, *muy entusiasmado*:

—Cúbrete de gloria, Tartarin.

TARTARIN-SANCHO, *con mucha calma*:

—Tartarin, vístete de franela.

TARTARIN-QUIJOTE, *cada vez más excitado*:

—¡Oh, los buenos rifles de dos cañones!

¡Oh, las dagas, los lazos, los trabucos!

TARTARIN-SANCHO, *con más cachaza aún*:

—¡Oh, qué buenos los chalecos de lana,

las buenas calzas, muy calentitas, y las gorras con orejeras!

TARTARIN-QUIJOTE, *fuera de sí*:

— ¡Un hacha, que me den un hacha!

TARTARIN-SANCHO, *llamando á la criada*:

— ¡Juanita, mi chocolate!

Y la muchacha aparece con un excelente soconusco caliente, perfumado y acompañado de succulentas tostadas, que hacen reír á Tartarin-Sancho y ahogan los gritos de Tartarin-Quijote.

Y he aquí por qué Tartarin de Tarascón no había salido nunca de su ciudad natal.



## VII

## LOS EUROPEOS EN SHANG-HAI

EL ALTO COMERCIO. — LOS TÁRTAROS. — ¿SERÍA UN IMPOSTOR TARTARIN DE TARASCÓN? — EL ESPEJISMO.

Poco faltó, sin embargo, cierto día para que Tartarin se dispusiera á emprender un largo viaje.

Los tres hermanos Garcio-Camus, tarasconenses establecidos en Shang-Hai, le ofrecieron la dirección de una de sus casas mercantiles.

las buenas calzas, muy calentitas, y las gorras con orejeras!

TARTARIN-QUIJOTE, *fuera de sí*:

— ¡Un hacha, que me den un hacha!

TARTARIN-SANCHO, *llamando á la criada*:

— ¡Juanita, mi chocolate!

Y la muchacha aparece con un excelente soconusco caliente, perfumado y acompañado de succulentas tostadas, que hacen reír á Tartarin-Sancho y ahogan los gritos de Tartarin-Quijote.

Y he aquí por qué Tartarin de Tarascón no había salido nunca de su ciudad natal.



## VII

## LOS EUROPEOS EN SHANG-HAI

EL ALTO COMERCIO. — LOS TÁRTAROS. — ¿SERÍA UN IMPOSTOR TARTARIN DE TARASCÓN? — EL ESPEJISMO.

Poco faltó, sin embargo, cierto día para que Tartarin se dispusiera á emprender un largo viaje.

Los tres hermanos Garcio-Camus, tarasconenses establecidos en Shang-Hai, le ofrecieron la dirección de una de sus casas mercantiles.

¡Aquella sí que era la vida que necesitaba, la más adaptable á sus aficiones, á sus deseos y á su carácter!

Negocios considerables, una muchedumbre de dependientes que gobernar, relaciones con Rusia, Persia, Turquía Asiática; el alto comercio, en fin.

En boca de Tartarin, la frase "alto comercio," parecía tan grande... Y sobre todo, halagábale mucho el ir allá á sostener su preponderancia, á hacer palpable su superioridad, á tener á raya á los mercaderes turcos, persas y rusos, imponiéndoseles por su hidalguía, por su potente brazo y por la alteza de su proceder...

Dicho viaje daba á Tartarin gran concepto entre sus convecinos y gran realce á la vez, porque sabían que la casa Garcio-Camus recibía cuando menos lo esperaba la visita de los tártaros, y era de ver cómo se cerraban apresuradamente las puertas, cómo los dependientes se armaban, con qué ligereza se izaba la bandera consular y cómo la emprendían á tiros por las ventanas con tan molestos visitantes.

No hay para qué hablar del entusiasmo que Tartarin-Quijote experimentó al hacersele la proposición de encargarse de una casa que le daba ocasión de realizar sus ideales; pero, por desgracia, Tartarin-Sancho no se conformaba así como se quiera, y siendo el más fuerte, el negocio no se arregló.

Hablaron mucho de ello en toda la ciudad.

—¿Partirá?...

—¿No partirá?...

—Apostemos á que sí, decían unos.

—Apostemos á que no, replicaban otros.

Fué todo un acontecimiento... Y en las calles como en las tiendas, en las casas y en el paseo, en el Casino del mismo modo que en la iglesia, no se hablaba de otra cosa.

La figura de Tartarin se agrandaba.

Por último, no se marchó; pero todo aquello redundó en honra suya, pues para Tarascón era lo mismo que su héroe estuviera á punto de ir á Shang-Hai, que haber ido de verdad.

Con tanto ocuparse de aquel viaje, los

tarasconenses concluyeron por creer que Tartarin había vuelto ya, y por la noche en el Círculo le pedían detalles acerca de la vida que se hacía en aquel país, de sus costumbres, de su clima, del opio y del "alto comercio".

Nuestro hombre, perfectamente enterado, daba con mucho gusto los informes que le pedían, y de seguro que andando el tiempo se figuró realmente haber estado allí, porque, contando por centésima vez los episodios á que diera lugar una de las visitas de los tártaros á la casa de los comerciantes Garcio-Camus en Shang-Hai, llegó á decir con mucha naturalidad: "Entonces *mandé* que todos los dependientes tomasen las armas; *izé* la bandera consular, y... ¡pim, pam, pum! por las ventanas *tirábamos* sobre aquellos salvajes,..."

Al oír este relato, los socios del Círculo se estremecían...

—¡Pero, entonces, el tal Tartarin no era más que un espantoso embustero!

—¡No, no, y mil veces no! Tartarin no era un embustero.

—No lo sería; pero el caso es que él

debía saber perfectamente que nunca había ido á Shang-Hai.

—¡Claro está que lo sabía! Solamente que...

Solamente que... escuchad bien lo que voy á decir.

Es preciso de una vez, y para siempre, saber á qué atenerse con respecto á la reputación de mentirosos que la gente del Norte han formado alrededor de las gentes meridionales.

No hay embusteros en el Mediodía; lo mismo en Marsella que en Nimes, en Tolosa que en Tarascón... el hombre del Mediodía no miente: se engaña. No siempre dice la verdad, mas cree decir-la... Su mentira especial, no es mentira, es una especie de espejismo...

¡Sí, espejismo! Y para comprender bien lo que digo, visitad el Mediodía, y veréis. Veréis ese demonio de país, donde el sol transfigura todo, agrandando el natural. Veréis esas pequeñas colinas de Provenza, no más altas que el cerrillo de Montmartre, y os parecerán gigantescas; veréis la Casa Cuadrada de Nimes, pequeño juguete de los que se



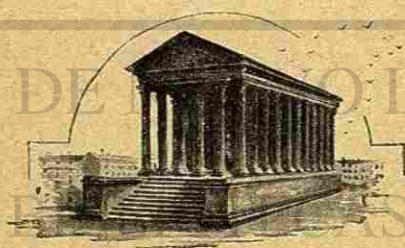
colocan sobre un mueble, y os parecerá tan grande como Nuestra Señora de París; veréis, veréis... ¡Ah! El único em-

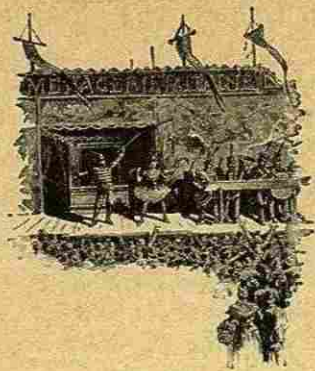


bustero del Sur, si existe algún embustero, es el sol... Exagera cuanto toca, cuanto baña, cuanto envuelve con sus dorados rayos. ¿Qué era Esparta en los

tiempos de su esplendor? Una barriada. ¿Qué era Atenas, la grande Atenas? A lo más, un subgobierno, enclavado en una provincia. Y sin embargo, en la Historia aparecen como inmensas ciudades, como villas colosales, como capitales enormes. He ahí lo que ha hecho el sol: esa es su obra.

¿Os admiraréis ahora, después de lo dicho, de que ese mismo sol, cayendo de igual manera en Tarascón, haya podido hacer de un antiguo oficial 1.º de Administración militar, como Bravida, el bravo comandante Bravida; de un nabo, un baobab; de un hombre, en fin, que estuvo para ir á Shang-Hai, un hombre que en realidad había estado?





VIII

LAS FIERAS DE MITAINE

UN LEÓN DEL ATLAS EN TARASCÓN.—TERRIBLE.

Y SOLEMNE ENTREVISTA

**Y** ahora que hemos mostrado á Tartarín de Tarascón en su vida privada, antes de que la gloria hubiese ceñido sus sienes con el simbólico laurel; ahora que hemos dado á conocer su carácter heroico, desenvolviéndose en una esfera de

acción modesta; sus alegrías, sus dolores, sus sueños y sus esperanzas, apresurémonos á llegar á las grandes páginas de su historia y al singular acontecimiento de su incomparable destino.

Una tarde, en casa del armero Costecalde, Tartarin de Tarascón estaba explicando á algunos aficionados el manejo del fusil de aguja, nueva invención de aquella época, cuando de repente la puerta se abre y un cazador de gorras se precipita todo asustado en la tienda gritando:

— ¡Un león!... ¡Un león!

Estupefacción general.

Tartarin cala la bayoneta, y Costecalde corre á cerrar la puerta.

Rodean al cazador, le interrogan, y llegan á saber que la casa de fieras ambulante de Mitaine, después de la feria de Beaucaire, pasaría algún tiempo en Tarascón; que acababa de instalarse en la plaza del Castillo, y que la colección contenía unas cuantas serpientes boas, algunas focas, cocodrilos y un magnífico león del Atlas.

¡Un león del Atlas en Tarascón!

Jamás se había visto tal cosa, y nuestros valientes cazadores se miraban con orgullo. ¡Qué radiantes estaban todas las viriles caras, y qué buenos apretos de manos se daban en silencio, felicitándose mutuamente por aquel acontecimiento!

La emoción que experimentaban era tan grande, tan imprevista, que nadie, ni siquiera Tartarin, encontraba palabra á propósito para expresar tamaño goce.

Nuestro héroe reflexionaba, permaneciendo de pie al lado del mostrador... ¡Un león del Atlas ahí cerca, á dos pasos!... ¡Un león!... ¡Voto va!... Es decir, el animal más valiente de la creación, el rey de las fieras, la caza de mis sueños...

Pálido y estremeciéndose, con el fusil de aguja todavía entre sus manos, meditaba, viendo en su calenturienta fantasía mil cuadros dramáticos en confuso tropel. De pronto, una oleada de sangre subió á su cabeza, apareciendo iluminado su semblante con expresión tan heroica como extraña. Sus ojos echaban chispas. Con ademán convulsivo se echó

al hombro el fusil de aguja, y volviéndose al bravo comandante Bravida, capitán retirado de las provisiones de Tarascón, le dijo con voz de trueno:

—Vamos á ver eso, comandante.

—¡Eh, eh! Mi fusil de aguja, ¿para qué lo lleváis? murmuró tímidamente el prudente armero Costecalde.

Pero Tartarin había ya vuelto la esquina, y tras él marchaba el grupo de cazadores de gorras, siguiendo marcialmente los pasos del jefe.

Cuando llegaron al barracón, ya había dentro mucha gente. La raza heroica de los tarasconenses, privada hacía mucho tiempo de espectáculos semejantes, de sensaciones fuertes, se había lanzado al campamento fiero, tomándolo por asalto.

La dueña, la señora Mitaine, estaba contentísima. Vestía traje de fantasía, mitad del desierto, mitad del teatro. En los brazos, desnudos, ostentaba brazaletes de hierro; una fusta en una mano, en la otra, un pollo vivo, aunque ya desplumado. Con aire radiante de cortesía y de satisfacción, hacía los honores de su casa de fieras. Y como también ella

tenía *músculos dobles*, su éxito era tan grande entre los espectadores como el que producían sus ilustres huéspedes, encerrados en jaulas más ó menos fuertes, según el inquilino de cada habitación.

La entrada de Tartarin con el fusil al hombro, dejó frío al público.

Todos aquellos valientes hijos de Tarascón, que se paseaban tranquilamente ante las jaulas, sin asomo de desconfianza un momento antes, sin sospechar siquiera que pudiesen estar al borde de un abismo, al lado de un peligro inmenso, experimentaron una sensación interna de terror, tuvieron conciencia de la gravedad de aquella situación al ver á su gran Tartarin entrar en la barraca con aquel apresto de guerra. Sin duda que allí había algo grave que temer cuando el héroe...

En un abrir y cerrar de ojos, la delantera de las jaulas se vió desierta. Todos cejaron, buscando los sitios más distantes de las rejas. Los niños gritaron horrorizados; las mujeres miraban dónde estaba la salida.

El farmacéutico Bezuquet se escurrió diciéndole que iba á buscar su escopeta...

Poco á poco, no obstante, la actitud de Tartarin tranquilizó los ánimos.

Con la cabeza erguida, el intrépido tarasconense pasó sin detenerse por delante del baño de la foca, miró con desdén un gran cajón lleno de salvado, en que la boa digería un pollo crudo, y se plantó por fin delante de la jaula del león.

¡Un león... y del Atlas!

¡Terrible y solemne entrevista.

El león de Tarascón y el del Atlas, enfrente uno de otro... De un lado, Tartarin, de pie, con una pierna extendida, ambos brazos apoyados en su rifle; del otro, el león, un león enorme, echado en la paja, con los ojos medio cerrados, adormecido, con su enorme hocico apoyado en sus manos... ¡ambos serenos y mirándose!

¡Cosa singular!

El león, que hasta entonces había mirado á los tarasconenses con aire de soberano desprecio, bostezando delante de

ellos, tuvo de repente un movimiento de cólera...

¿Habría olfateado á algún enemigo de su raza?

Primero dió un resoplido, rugió sordamente, movió sus garras, y se estiró; después se levantó, alzó la cabeza, sacudió su melena, abrió su inmensa boca y lanzó á Tartarin un formidable rugido.

Un grito de terror le respondió, y todos los tarasconenses, mujeres, niños, mozos de cuerda, cazadores de gorras, y hasta el bravo comandante Bravida, se precipitaron hacia la puerta...

Sólo Tartarin de Tarascón no se movió...

Permaneció allí, firme y resuelto, delante de la jaula, echando relámpagos su mirada, y con la cara feroz que todos le conocían...

Cuando, pasado un instante, los cazadores de gorras, que asustados habían huido, volvieron y se hallaron algo tranquilizados por la solidez de los barrotes de la jaula, se acercaron á su jefe y le oyeron murmurar mirando al león:

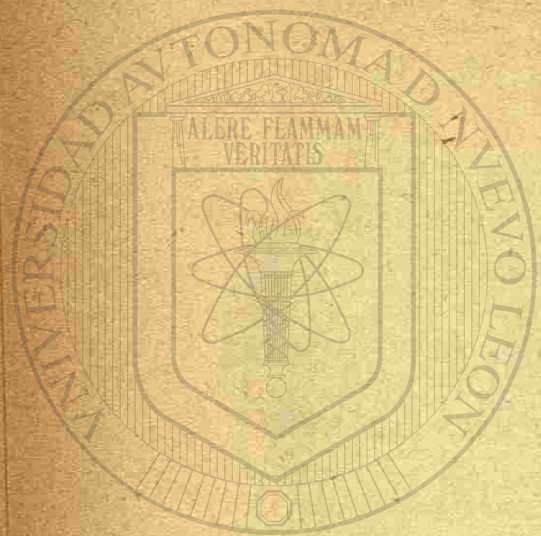
—¡Esa sí que debe ser una magnífica  
cacería!

Aquel día, Tartarin de Tarascón no  
pronunció una palabra más.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IX

SINGULARES EFECTOS

DEL ESPEJISMO

**A**QUEL día Tartarin, como queda expuesto, no pronunció ni una frase más, y sin embargo, el infeliz había dicho demasiado.

Al día siguiente no se ocupaba nadie en la ciudad sino de la próxima partida de Tartarin para la Argelia, á cazar leo

nes, y sabido es que el buen hombre no dijo una palabra de esto; pero ¡ya se ve el espejismo...

Lo cierto es que Tarascón en masa no hablaba de otra cosa.

En el paseo, en el Casino, en casa de Costecalde, todos se decían unos á otros con aire muy ufano:

—Seguramente sabréis la noticia.

—¿Cuál? ¿La partida de Tartarin?

El más sorprendido, con seguridad, fué Tartarin, cuando supo que se iba á Africa. Pero... ¡lo que puede la vanidad! En vez de responder sencillamente que jamás había tenido semejante intención, el pobre Tartarin, la primera vez que le hablaron de ese viaje, respondió: “¡Pchs! ¡Pchs!... Puede ser... No digo que no.” A la segunda vez, algo más familiarizado con esa idea, respondió: “Es probable;” y á la tercera: “Es cierto.”

Y por la noche, en el Círculo y en casa del armero, animado por el ponche de huevo, los vivos y las luces, embriagado por el ruido que produjo en la ciudad la noticia de su partida, el infeliz declaró formalmente que estaba cansado de ca-

zar gorras y que se iba á perseguir los leones del Atlas...

Un hurra formidable acogió esta declaración, y se sirvió más ponche, se repitieron los apretones de manos, los abrazos, y hubo serenata con antorchas hasta media noche, delante de la casita del baobab.

¡Tartarin-Sancho sí que no estaba contento! Se estremecía, de antemano, pensando en el viaje á Africa y en la caza del león, y al entrar en su morada, mientras que la serenata continuaba debajo de sus ventanas, armó á Tartarin-Quijote un escándalo espantoso, llamándole visionario, imprudente, loco rematado, y detallándole minuciosamente todas las catástrofes que le esperaban en tal expedición: naufragios, reumas, fiebres perniciosas, disenterías, peste negra, elefantiasis y demás...

En vano Tartarin-Quijote juraba no cometer ninguna clase de imprudencias, diciendo que se abrigaría bien y que se llevaría cuanto fuese necesario. Tartarin-Sancho no quería atender á razones.

El pobre diablo se veía ya hecho pe-



dazos por los leones, enterrado entre la arena del Desierto, como el célebre Cambyses, y el otro Tartarin no llegó á apaciguarle algún tanto sino diciéndole que no partía en seguida, que ese viaje no era perentorio, y que aún no se habían ido.

Claro está que nadie se embarca para una expedición semejante sin tomar algunas precauciones. Es preciso, ¡qué demonio! saber lo que se hace, y no irse á la ventura de Dios, como los pájaros.

Antes que nada, el héroe tarasconense quiso leer las obras de los grandes viajeros africanos, Mungo-Park, Caillé, el doctor Livingstone, Enrique Duveyrier, y otros.

En estos libros vió que aquellos intrépidos exploradores, antes de calzar las sandalias para sus lejanas excursiones, se habían preparado de antemano á soportar el hambre, las marchas forzadas y las privaciones de toda especie. Tartarin quiso imitarlos, y desde aquel día no se alimentó más que de *agua cocida*, con cuyo nombre designan en Tarascón el

alimento consistente en algunas rebanadas de pan, nadando en agua caliente y condimentadas con una cabeza de ajo, un poco de tomillo y hojas de laurel; algo como el gazpacho español.

El régimen era severo, y ya podrá figurarse cualquiera las muecas que haría Tartarin-Sancho.

Al uso diario del *agua cocida*, Tartarin de Tarascón añadió otras prácticas preventivas; así es que para acostumbrarse á largas marchas, daba siete ú ocho veces seguidas la vuelta á la ciudad, tan pronto corriendo, tan pronto con paso gimnástico, con los codos hacia atrás y dos piedrecitas blancas en la boca, según la antigua usanza.

Después, para habituarse al relente, á la niebla y al rocío, bajaba todas las noches al jardín y se quedaba allí hasta las diez ó las once, sólo, con su fusil y en acecho detrás del *baobab*.

En fin, mientras que la casa de fieras de Mitaine permaneció en Tarascón, los cazadores de gorras, saliendo de casa de Costecalde, vieron en la sombra, pasando por la plaza del castillo, un hombre

misterioso que se paseaba arriba y abajo detrás de la barraca.

Era Tartarin de Tarascón, que quería acostumbrarse á oír sin estremecerse los rugidos del león durante las sombras de la noche.



X

#### ANTES DE LA PARTIDA

**M**IENTRAS que Tartarin se dejaba arrastrar por toda clase de medios heroicos, todo Tarascón tenía puestos los ojos en él: nadie se ocupaba de otra cosa.

La caza de gorras disminuía; las romanzas se iban declarando en huelga. En la farmacia de Bezuquet el piano lan-

guidecía bajo una funda verde, y las moscas cantáridas se secaban encima patas arriba... La expedición de Tartarin había paralizado todo.

Había que ver los éxitos del gran tarasconense en los salones. Se lo disputaban, se lo arrancaban, se lo robaban, se lo arrebatában los unos á los otros.

No existía honor más grande para las damas de Tarascón que ir del brazo de Tartarin á ver las fieras de la colección Mitaine, haciéndose explicar por él, delante de la jaula del león, cómo se cazaban estos animales, cuáles eran los medios y sistemas, á qué accidentes se exponía el cazador, qué peligros corría, etc., etc.

Tartarin satisfacía la curiosidad con multitud de pormenores. Había leído á Julio Gérard y conocía la caza del león al dedillo, lo propio que si él mismo la hubiese practicado innumerables veces. Así, charlaba de esto con grande elocuencia.

Pero cuando la cosa llegaba al colmo, era por la noche, después de la comida en casa del presidente Ladeveze ó del

bravo comandante Bravida, cuasi-capitan retirado, encargado del vestuario en aquellas provisiones de Tarascón. Entonces todas las sillas de la tertulia hacían corro alrededor de la mesa á la hora del café, y el gran Tartarin se entusiasmaba con las peripecias de sus caerías futuras, sus monterías inverosímiles, con sus vicisitudes naturales.

Entonces, con un codo sobre el mantel, la nariz en la taza del moka, el héroe narraba con voz conmovida y conmovedora todos los peligros que le esperaban. Enumeraba los largos acechos sin luna, al lado de pestilentes pantanos, á orillas de ríos envenenados por las hojas de adelfa; las nieves, los calores del solabrador, los escorpiones, las lluvias de langosta...; y relataba las costumbres de los grandes leones del Atlas, el modo de perseguirlos y luchar contra ellos, el vigor fenomenal de tamañas fieras, su ferocidad en la época del celo. Después, exaltándose con su propia narración, saltaba en medio de la sala, imitando el rugido del rey del desierto, el ruido del disparo de la carabina, ¡pim! ¡pam! ¡pum!

el silbido de la bala explosiva, ¡pffft!, gesticulando, rugiendo, y derribando las sillas á su alrededor.

En torno de la mesa todos estaban pálidos, emocionados profundamente. Los hombres se miraban, levantando la cabeza; las señoras cerraban los ojos con pequeños gritos de espanto; los ancianos blandían instintivamente sus bastones como para defenderse de algún modo contra la fiera, en un arranque de entusiasmo bélico; mientras que en las habitaciones contiguas, dormitorios de los pequeñuelos, se percibían los ruidos del despertar, presa del sobresalto, de tal cual criatura que escuchara el tiroteo y los gritos, y que pedía luz, ¡luz á toda prisal...

Pero, entretanto, Tartarin no emprendía su viaje.



## XI

¡SABLAZOS, SEÑORES, SABLAZOS,

PERO NO ALFILERAZOS!

**Q**UÉ realmente intención de partir?... Pregunta es esa muy delicada, á la que el historiador de Tartarin no sabría qué contestar.

Lo cierto es, que hacia tres meses que la casa de fieras ambulante había salido de Tarascón y que el futuro matador de leones no se movía...

Después de todo, quizá el cándido héroe, cegado por un nuevo efecto de espejismo, se figuraba de buena fe que había ido á Argelia. Acaso, á fuerza de contar sus futuras cazas, se imaginaba haberlas realizado: tan sinceramente como se imaginaba que había izado el pabellón consular, disparando sobre los tártaros ¡pim! ¡pam! ¡pum! en Shang-Hai.

Desgraciadamente, si esta vez Tartarin de Tarascón había sido víctima del espejismo, sus conciudadanos no lo fueron.

Cuando, después de tanto tiempo de espera, notaron que ni siquiera tenía preparadas las maletas, empezaron á murmurar. Los pusilánimes, los cobardes como Bezuquet, á quien una pulga asustaba, y que no podían tirar un tiro sin cerrar los ojos, esos, sobre todo, eran despiadados. En el Círculo, en el paseo, por todas partes se acercaban á Tartarin, diciéndole con sorna:

—¿Para cuándo es el viaje?

—Esto será como lo de Shang-Hai, añadía Costecalde sonriendo.

Y la frase del armero tuvo éxito, y se

repetía sin cesar por todas partes; porque nadie creía ya en Tartarin.

En la tienda de Costecalde los cazadores de gorras renegaban de su jefe.

Luego, los epigramas cundieron. El presidente Ladeveze, que se dedicaba con gusto, en sus horas de ocio, á acariciar ó á hacer la corte á la musa provenzal, compuso en la lengua popular del terruño una canción que obtuvo verdadero triunfo. Se hablaba en ella de un tal maestro Gervasio, gran cazador, cuyo temible fusil debía exterminar hasta el último león de África. Pero por obra del diablo, aquel diantre de fusil era de un sistema singular: *siempre se le estaba cargando, pero nunca salía la carga.*

“¡Nunca salía!”, ¿Comprendeis la alusión?

La canción corrió de boca en boca, acabando por repetirla todo el mundo. No había quien no se la supiera de memoria. Y cuando Tartarin pasaba por delante de los demandaderos del puerto, ó cuando los pilletes pasaban por delante de la casa de nuestro héroe, con cual-

quier pretexto, hasta se la cantaban *casi* en las mismas barbas del célebre tarascónense:

Maestro Gervasio se pasa la vida  
carga que carga, que carga el fusil;  
mas la bala se niega, se niega ¡ay!  
se niega á salir.

Y dijimos *casi* en sus barbas, porque nadie, en realidad, se la llegó á cantar frente á frente, por si acaso era verdad aquello de los *dobles músculos*.

¡Oh fragilidad de los delirios de Tarascón!

El grande hombre, El, hacía como que nada advertía ni oía; pero en el fondo, esta pequeña guerra sorda y venenosa le torturaba demasiado; sentía que Tarascón se le escapaba de las manos, que el aura popular pasaba á otros, y esto le hacía sufrir horriblemente. ¡Ah, qué cosa tan grande es la popularidad! Bueno es sentarse delante de la escudilla que nos embriaga con sus succulentos aromas y calor; pero ¡cómo abrasa cuando se vuelca el puchero!

A despecho de su martirio, Tartarin

sonreía y seguía su vida tranquilamente como si no ocurriera nada.

Algunas veces, sin embargo, aquella máscara de indiferencia apacible que para su comodidad se había pegado al rostro, se le despejaba de pronto. Cuando tal sucedía, en vez de la risa plácida ó de la sonrisa bonancible, se revelaban la indignación y el dolor.

Así aconteció cierta mañana en que los pequeños limpiabotas se pusieron á cantar debajo de sus ventanas. "El fusil del maestro Gervasio... Las voces de estos míseros miserables llegaron hasta el cuarto del pobre grande hombre, que se estaba afeitando á la sazón. (Tartarin, ya lo hemos dicho, usaba toda la barba; pero como cada día le invadía más y más los territorios no selváticos, necesitaba atajarle el paso para que no se cerrase el bosque hasta los ojos.)



De pronto la ventana se abrió violentamente, y Tartarin apareció en mangas de camisa, con su gorro de dormir, embadurnado de blanco jabón, blandiendo la navaja de afeitar y la brocha, y exclamando con voz formidable:

— ¡Caballeros: sablazos, sablazos..., pero no alfilerazos, señores míos!

¡Hermosas palabras, dignas de eternizarse en las páginas de la historia, y que no tenían más pero que el de ser dirigidas á aquellos malandrines, tan altos como sus cajas de limpiabotas, é hidalgos, á la verdad, incapaces de sustentar una espada en sus manos!



## XII

## DE LO QUE SE HABLÓ

EN LA CASITA DEL BAOBAB

Sólo el ejército era aún partidario de nuestro héroe. La defección era general.

El bravo comandante, el antiguo capitán de provisiones, le conservaba su estimación: — “Es un mozo de cuenta”, repetía; y esta afirmación bien equivalía á la del boticario Bezuquet. Ni siquiera

una vez hizo alusión al viaje consabido; sin embargo, cuando el clamor público tomó grande incremento, se decidió á hablar.

Una tarde, al anochecer, el desgraciado Tartarin estaba solo en su célebre gabinete pensando cosas tristes, cuando vió entrar al comandante, grave, con guantes negros y abotonada la levita hasta el cuello.

—Tartarin, dijo el antiguo soldado con autoridad; Tartarin, es preciso partir.

Y diciendo esto, se quedó derecho en el umbral de la puerta, rígido y severo como el deber.

Todo cuanto quería decir eso de "¡Tartarin, es preciso partir!", el intrépido tarasconense lo comprendió.

Se levantó de su asiento, muy descolorido; miró con ternura su lindo gabinete tan agradable, la ancha butaca tan cómoda, sus libros, la alfombra, las grandes cortinas de las ventanas, á través de las que se veían las plantas exóticas del jardín; y después, avanzando hacia el bravo comandante, le cogió la mano, se la apretó con energía y dijo con voz

conmovidá y los ojos preñados de lágrimas:

—¡Partiré, Bravida!

Y lo hizo tal como lo dijo.

Pero no en seguida..., pues necesitó hacer sus preparativos.

En primer lugar, mandó construir en casa de Bompard dos grandes baules forrados de cobre, con una gran placa, y en ella esta inscripción:

### TARTARIN DE TARASCÓN

CAJA DE ARMAS

El forrado y el grabado necesitaron mucho tiempo. Encargó también en el almacén de Tastavin un magnífico álbum de viaje para escribir diariamente sus impresiones; pues decía, y con razón, que por más que se vaya á cazar leones, no por eso se deja de pensar.

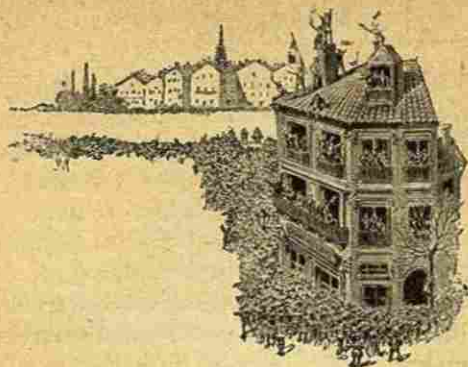
Después hizo venir de Marsella todo un cargamento de conservas alimenticias, extracto de carne para hacer caldo, una tienda de campaña del último modelo, que se armaba y desarmaba en un



instante, paraguas y sombrillas, impermeable, lentes azules para evitar las oftalmías, y, en fin, el farmacéutico Bezouquet le preparó un botiquín de viaje, repleto de aglutinante, alcanfor, árnica y vinagre de tocador.

¡Pobre Tartarin!

Tantos preparativos tenían como principal objeto el calmar, á fuerza de precaución y de delicadas atenciones, el furor de Tartarin-Sancho, que, desde que la marcha estaba decidida, no callaba ya ni un segundo y *refunfuñaba* sin cesar.



## XIII

## LA MARCHA

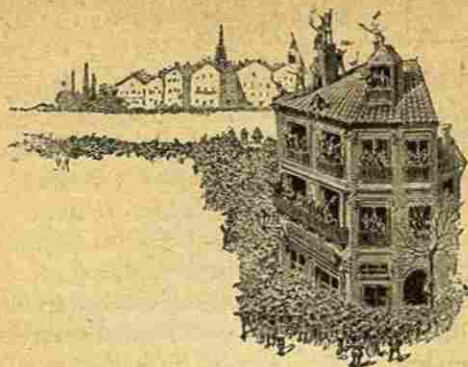
El gran día, el día solemne, llegó por fin.

Con el alba, Tarascón entero estaba en pie, llenando el camino de Avignon y los alrededores de la casita del baobab. Había gente en las ventanas, en los tejados, en los árboles; los marineros del Ródano, los demandaderos, los limpiabotas, los burgueses, los curtidores y tejedores, el Círculo en masa; en fin,

instante, paraguas y sombrillas, impermeable, lentes azules para evitar las oftalmías, y, en fin, el farmacéutico Bezouquet le preparó un botiquín de viaje, repleto de aglutinante, alcanfor, árnica y vinagre de tocador.

¡Pobre Tartarin!

Tantos preparativos tenían como principal objeto el calmar, á fuerza de precaución y de delicadas atenciones, el furor de Tartarin-Sancho, que, desde que la marcha estaba decidida, no callaba ya ni un segundo y *refunfuñaba* sin cesar.



## XIII

## LA MARCHA

El gran día, el día solemne, llegó por fin.

Con el alba, Tarascón entero estaba en pie, llenando el camino de Avignon y los alrededores de la casita del baobab. Había gente en las ventanas, en los tejados, en los árboles; los marineros del Ródano, los demandaderos, los limpiabotas, los burgueses, los curtidores y tejedores, el Círculo en masa; en fin,

toda la ciudad. Además, gentes venidas de Beaucaire que habían atravesado el puente, los pescadores de las afueras, carretas con grandes toldos; vendimiadores montados en mulas adornadas con cintas de vistosísimos colores; oleadas de campanillas, cascabeles, lazos, caireles, madroños; y aun de trecho en trecho lindas muchachas venidas de Arlés, montadas á la grupa en los caballos de los novios, caballeros en pequeños corceles, más ó menos briosos, de Camargue, piel de rata y luciendo las bellas la cinta azul en torno á la cabeza.

El gentío era inmenso delante de la puerta de Tartarin que se iba á matar leones entre los *Teurs*. Para los tarasconenses, África, Grecia, Persia y Turquía formaban un país vago, casi mitológico, y todo eso se llama los *Teurs*, en su jerga meridional: los *Turcos*.

En medio de aquella batahola, los cazadores de gorras iban y venían, orgullosos por el triunfo de su jefe, trazando á su paso como luminosas huellas de gloria. —¿No apostabais en contra? decían los más entusiastas.

—Nosotros no hemos dudado nunca de Tartarin, jamás, respondían los otros; pero las circunstancias, la conveniencia de permanecer aquí, y, sobre todo, la prudencia que le caracteriza, nos inclinaba á pensar que no partiría.

—Pues ya veis lo contrario. Tartarin va á África, y estad seguro de que nos honrará á todos.

Delante de la casa estaban parados dos enormes carretones, y de vez en cuando la verja se abría, dejando ver algunas personas paseándose gravemente por el jardín. Mozos de cuerda sacaban baules, cajas y sacos de viaje, que metían en los carros.

Cada cajón que salía entusiasmaba á los espectadores, que decían en alta voz: «Este contiene la tienda de campaña... ése las conservas... esotro el botiquín... aquél las armas...» Y los cazadores de gorras daban algunas explicaciones sobre ciertos enseres.

La multitud estaba ebria de gozo. El egregio hijo de Tarascón se disponía á escribir una página en la historia de las glorias tarasconenses, y todos se des-

hacían en lenguas ponderando las proezas de su ídolo, que daban ya por realizadas. La fama de Tartarin invadiría el mundo; los libros de sus viajes, de sus aventuras, de sus prodigios, se publicarían en todos los idiomas, y llegaría el momento en que decir "soy tarasconense," sería tanto como llevar un talismán que hiciera recaer sobre quien tales palabras pronunciara, toda la consideración y todo el respeto que los héroes conquistan para los suyos.

¡Oh insigne Tartarin, honra y prez de sus progenitores, orgullo de sus conciudadanos, descendiente de aquellos intrépidos provenzales, perseguidores sin tregua de la célebre y legendaria Tarascal!

De repente, á eso de las diez, un gran movimiento se operó entre los espectadores, y la verja giró violentamente sobre sus goznes.

—¡Él es! ¡Él es! prorrumpieron todos en unisona exclamación.

Era él, en efecto. Pero cuando apareció en el dintel, gritos de estupor salieron de en medio del gentío.

—¡Es un *Teur!* exclamaban.

— ¡Tiene lentes!

Y es que Tartarin de Tarascón había creído deber suyo, puesto que se dirigía á Argel, vestir el traje argelino.

Llevaba, pues, pantalón bombacho de tela blanca, chaquetita muy ceñida, con botones de metal dorado; una faja encarnada de cerca de una vara de ancho alrededor de la cintura, y tenía el cuello desnudo, la cabeza medio afeitada y una enorme *chechia*, ó sea un gorro encarnado en ella, con una borla de seda azul excesivamente larga. Iba armado con dos enormes fusiles, uno en cada hombro, un cuchillo de monte en la cintura, sobre el vientre una gran cartuchera y en la cadera un revólver con su funda de cuero. Y... nada más.

¡Ah! Llevaba también anteojos, unos anteojos muy grandes, y que, en honor de la verdad, disminuían mucho el aspecto feroz de nuestro héroe.

—¡Viva Tartarin!... ¡Vivaaa!... vociferaba la multitud.

El grande hombre sonreía, pero no saludaba, porque se lo evitaba toda aquella impedimenta de fusiles, etc., etc. Por

lo demás, ya sabía á qué atenerse en cuanto al favor popular; tal vez allá desde el fondo de su alma maldecía silenciosamente de sus conciudadanos, de sus despiadados compatriotas, que le obligaban á partir, á dejar su linda casita de blancas paredes y verdes persianas... Pero estas intimidades de la conciencia nadie las veía.

Con calma y orgullo, aunque un tanto pálido, avanzó hasta el centro de la carretera; inspeccionó las carretillas donde estaba cargado su equipaje, y después de convencerse de que no faltaba nada, sin volverse siquiera una sola vez hacia su casa, tomó con aire marcial el camino de la Estación. Detrás de él marchaba el bravo comandante Bravida, capitán administrador del vestuario de la plaza, el presidente Ladeveze, el armero Costecalde y todos los cazadores de gorras; después seguían las carretas, luego, por último, el pueblo.

El jefe de estación, antiguo soldado africano de 1830, esperaba en el andén al intrépido tarasconense, y le dió con toda la efusión de su alma, con envidia

tal vez, un vigoroso apretón de manos.

El expreso de París-Marsella no había llegado todavía, y Tartarin y su estado mayor entraron en la sala de espera. Para evitar el barullo, el jefe de estación había mandado cerrar la verja.

Durante un cuarto de hora se paseó arriba y abajo en medio de los cazadores de gorras; y como les hablara de su viaje, de sus futuras cacerías y les prometiera enviarles pieles, le rogaban todos á porfía que no los olvidase, pidiéndole cada cual que escribiera su nombre en el libro de memorias.

Tranquilo y dulce como Sócrates en el momento de beber la cicuta, el intrépido tarasconense tenía una palabra para cada uno, una sonrisa para todos. Hablaba con sencillez y afabilidad; se hubiera dicho, al contemplarle, que antes de partir quería dejar tras sí un rastro de encanto, de suaves recuerdos, de afectos bondadosos. Al escuchar producirse de aquella manera á su jefe, todos los buenos cazadores de gorras se hallaban emocionados, con las lágrimas en los ojos, y algunos, como el presidente La-

deveze y el boticario Bezuquet, hasta sentían el gusano roedor del remordimiento. Los hombres encargados de los equipajes lloraban sin contenerse. Fuera de la estación, la muchedumbre miraba á través de la empalizada, gritando á cada paso: "¡Viva Tartarin!",

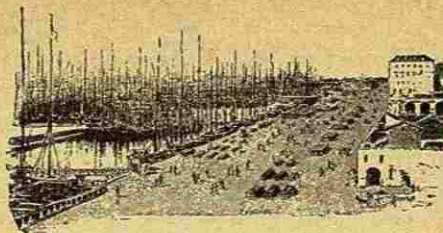
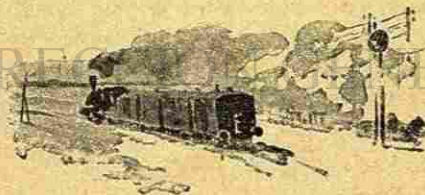
La campana de la estación sonó anunciando la llegada del tren, poniendo así término á las enfadosas despedidas.

Un ruido sordo y un agudo silbido resonaron en las bóvedas de la estación.

—¡ Al tren, señores viajeros, al tren! dijeron los mozos de servicio.

—¡Adiós, Tartarin!... ¡adiós!...

—¡Que Él quede con vosotros! les contestó; y en el valiente comandante Bravida abrazó fuertemente á todo Tarascón. Después, lanzándose hacia la vía, montó en un coche lleno de parisienses, que por poco se mueren de miedo viendo entrar á aquel ser extraño, armado de todas armas.



## XIV

## EL PUERTO DE MARSELLA

¡EMBARQUE! ¡EMBARQUE!

El 1.º de Diciembre de 186..., á las doce del día, con un sol de invierno provenzal, un ambiente puro, transparente, espléndido, los marseleses vieron asombrados atravesar la calle de la Canebière á un *Teur*, ¡oh! ¡pero qué *Teur*!... Nunca habían visto otro semejante, á pesar de que Dios sabe que no faltan tales *Teurs* en Marsella.

El *Teur* en cuestión—no tengo necesi-

dad de decirlo—era Tartarin, el gran Tartarin de Tarascón, que caminaba á lo largo de los muelles, seguido de sus enormes cajas, cofres y baules (armas, botiquín y despensa), hasta el embarcadero de la Compañía Tonache, y en busca del paquebot *El Zuavo*, que debía transportarlo allá!...

Todavía resonaban en su oído los aplausos y vitores de sus compatriotas; aquella luz brillante, el olor del mar, todo le embriagaba, y Tartarin seguía altivo y fiero su trayecto con los fusiles suspendidos por las correas en sus respectivos hombros. Alta la cerviz, mirando soberbio el maravilloso puerto de Marsella, que veía por primera vez, y que le desvanecía... El pobre hombre creía soñar. Le parecía llamarse Simbad el Marino, y que erraba por una de aquellas ciudades fantásticas como las descritas en *Las mil y una noches*.

Hasta donde la vista alcanzaba no se divisaba otra cosa que un espeso bosque de mástiles, de vergas, cruzándose y moviéndose en suave balanceo. Banderas y gallardetes de todos los países, rusos,

griegos, suecos, tunecinos, americanos... Los barcos á lo largo del muelle, casi tocando con el paredón de la fábrica; los bauprés llegando sobre la escarpada, como filas de bayonetas. Por debajo, las náyades, las diosas, las vírgenes y otras esculturas de madera pintadas, doradas, plateadas, que dan su nombre simbólico á la nave; todo ello lamido por las aguas del mar, carcomido, chorreando, limoso... De trecho en trecho, entre las embarcaciones, un pedazo de mar como un grande pedazo de muaré manchado de aceite... Por entre el encabestramiento de las vergas, nubes de gaviotas, formando hermosas manchas en el cielo azul; por acá y allá gritos de grumetes que se llaman en todas las lenguas conocidas, pero adulteradas por la jerga marina.

Sobre el muelle, en medio de los arroyos provenientes de las fábricas de jabón, verdes, espesos, negruzcos, cargados de aceite y de sosa, un pueblo entero de aduaneros, de comisionistas, de mozos, de carritos tirados por caballitos de Córcega.

Almacenes de extrañas manufacturas, barracas humeantes, ennegrecidas, donde los marineros guisan; vendedores de pipas, vendedores de monos, de loros, de cuerdas, de telas embreadas, de fantásticos útiles que parecen inverosímiles mercancías, cuyo objeto es imposible definir, mezclándose con desechos marinos de extravagante arsenal: viejos cañones, viejos cables, viejas velas, viejos faroles, viejas áncoras, viejas poleas, viejos aparejos, anteojos marinos de tiempos de Juan Bart y de Duguay-Trouin.

Vendedoras de almejas y otros moluscos, agrupadas y chillando entre los montones de conchas. Marineros que pasan con pucheros de brea, marmitas humeantes, grandes canastos llenos de pulpos, que van á lavar en el agua blanquecina de las fuentes.

Por todas partes un amontonamiento prodigioso de mercancías de toda especie: sederías, minerales, vigas de madera, barras y planchas de plomo, paños, azúcar, algarroba, colza, regaliz, caña de azúcar. El Oriente y el Occidente

mezclados; montones de quesos de Holanda, que los genoveses tiñen de rojo con las manos.

Más allá, el muelle del trigo; los demandaderos descargando los sacos en las escarpadas del muelle, desde lo alto de los grandes andamiajes. El trigo, torrente de oro, rodando en medio de blondas humaredas. Hombres congorros encarnados, cribándolo al medirlo en harneros de piel de asno, y cargándolo en carretas que se alejan seguidas de un regimiento de mujeres y de niños con escobillas y cestos de espigar... Más lejos, la dársena de la carena; los grandes barcos recostados sobre un flanco, y que se les requema el casco con malezas para extirparles las plantas marinas adheridas, las vergas en remojo, el olor á resina, el ruido ensordecedor de los carpinteros doblando el casco de los barcos con grandes placas de cobre.

A veces, entre los mástiles, un claro, por el cual se entrevé el cielo.

Entonces Tartarin veía la entrada del puerto, el grande vaivén de navíos y buques de todo género; una fragata in-

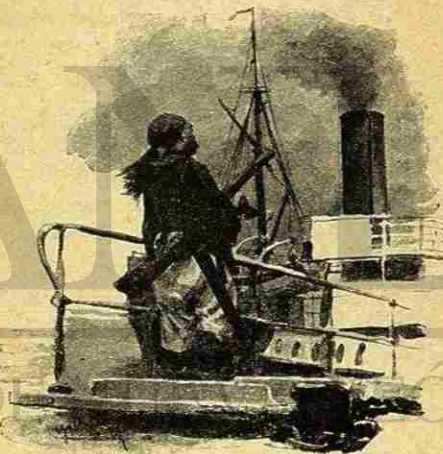


glesa que salía para Malta, gallarda y reluciente de limpia, sus oficiales con guantes amarillos; ó bien un gran brick marsellés soltando las amarras en medio del fragor de gritos, exclamaciones, juramentos é interjecciones pronunciadas á compás, y detrás un grueso capitán, de levita, mandando la maniobra en provenzal. Barcos que partían veloces, á velas desplegadas; otros que llegaban, divisándose en lontananza bañados por el sol, lentamente empujados por la brisa.

Y además, un rumor espantoso, rodar de carros, "¡oh, iza!", de los marineros, silbidos, maldiciones, blasfemias, pitos de los vapores, cantos, redobles de tambor y toques de corneta del fuerte de San Juan, del de San Nicolás; las campanas de la Mayor, de San Víctor; sobreabriendo todos los rumores el viento Maestral, envolviendo todo con su ronco rodar, sacudiendo todo con su embestida del Norte, confundiendo y entremezclando todo con su propia voz, y produciendo una música loca, salvaje, heroica como la gran charanga del viaje, banda

que infundía deseos de partir, de ir lejos, de tener alas.

A los acordes de esta bella banda de música se embarcó Tartarin de Tarascón para el país de los leones.



®



SEGUNDO EPISODIO

ENTRE LOS «TEURS»

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



DIRECCIÓN GENERAL DE EDITORIALES



I

## LA TRAVESÍA

LAS CINCO MANERAS DE PONERSE LA "CHECHIA."

LA TERCERA TARDE. — ¡MISERICORDIA!

Quisiera ahora, queridos lectores, ser pintor, y pintor notable, para dibujaros las diferentes posturas que tomó la *chchia* de Tartarin en los tres días de navegación entre Francia y Argelia que pasó á bordo de *El Zuavo*.

Os la pintaría, en primer lugar, en el momento de la salida del vapor, encima del puente, heroica y altiva, colocada como una aureola en aquella hermosa cabeza tarasconense.

Después os la mostraría á la salida del puerto, cuando *El Zava* empezó á mecerse sobre las olas, estremeciéndose admirada y como sintiendo ya los primeros ataques del mareo.



En seguida, y ya en el Golfo de Lyon, á medida que avanza en alta mar y que ésta se hace más dura, os la enseñaría, levantándose asustada en el cráneo de nuestro héroe, con su enorme borla azul que se despe-luza por efecto de la bruma y de la tormenta.



Cuarta postura, á las seis de la tarde al ver las costas de Córcega. La infortunada *chechia* se inclina por encima de la borda del vapor y mira tristemente al mar...

Y, por último, la quinta postura se ve en el fondo de un estrecho camarote, en una camita que parece el hueco de un estante; una cosa informe se revuelve, quejándose, en la almohada. Es la *chechia*, la heroica *chechia*, que, reducida ahora al estado vulgar de gorro de dormir, se cuela hasta las orejas de una cabeza de enfermo con la faz pálida y contraída.



¡Ah! Si los tarasconenses hubieran podido ver á su gran Tartarin, acostado, como si dijéramos, en un cajón de cómoda, iluminado por la claridad triste que entraba por un tragaluz, y envuelto en una atmósfera que despedía olores de cocina, de madera húmeda y de brea; si le oyeran quejarse á cada movimiento de la hélice y pedir té cada cinco minutos, con voz de niño mimado, ¡cuánto hubieran sentido haberle forzado á partir!



Os aseguro, á fe de historiador, que el pobre *Teur* daba lástima.

Sorprendido de repente por el mareo, el infortunado ni siquiera había tenido valor para aflojar su cinturón ni para desembarazarse de su arsenal. El cuchillo de monte, que tenía un mango muy gordo, le magullaba el pecho; y el revólver un costado. Además, para alivio de



sus males, Tartarin-Sancho no cesaba de refunfuñar, de quejarse y de decir á Tartarin-Quijote:

—¡Anda, estúpido!...

Bien te lo decía... ¡Ah!

Has querido ir á África... Pues bien, ahí la tienes... ¿qué te parece?

Y lo más cruel de todo era que, desde su camarote, y en los cortos intervalos de sosiego que le dejaban sus dolores, el desgraciado oía á los pasajeros en el gran salón reír, cantar y jugar á las cartas.

La sociedad á bordo de *El Zuavo* era tan alegre como numerosa. Oficiales que volvían á sus respectivos cuerpos, cómicos, un rico musulmán que regresaba de la Meca, un príncipe montenegrino, muy

divertido, que imitaba perfectamente á Ravel y Gil Pérez. Ninguno de ellos se mareaba, y pasaban el tiempo bebiendo Champagne con el capitán de *El Zuavo*, marsellés de carácter franco y de natural donaire, llamado Barbasou.

Tartarin estaba furioso contra todos ellos, pues su algazara le hacía daño.

É ignoramos lo que hubiera sucedido si en la tarde del tercer día ño hubiese habido á bordo un movimiento extraordinario, que sacara á nuestro héroe de su ya largo malestar y aislamiento.

La campana de proa se dejó oír, y los marineros corrían por encima del puente.

—¡Máquina adelante! ¡Máquina atrás! gritaba el capitán Barbasou con voz ronca.

Y luego:

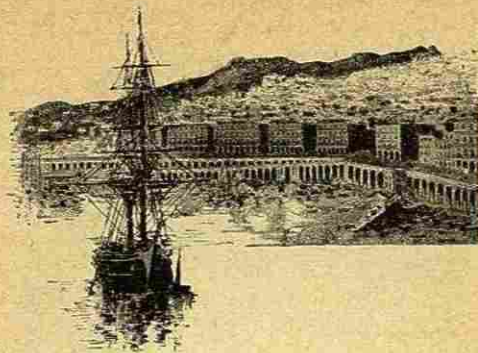
—¡Pára!

Después, una sacudida, y nada más... Nada, sino que el paquebot se mecía silenciosamente de derecha á izquierda como un globo en el aire...

Ese extraño silencio asustó al tarasconense.

—¡Misericordia! ¡Nos hundimos! exclamó con voz angustiada.

Y recuperando sus fuerzas como por arte mágico, de un salto se plantó sobre cubierta.



## II

¡A LAS ARMAS! ¡A LAS ARMAS!

No se hundían, sino que llegaban al término de su viaje.

*El Zuavo* acababa de entrar en la rada; una excelente rada de gran fondo, con aguas negras y abundantes, pero silenciosa, triste, y casi desierta.

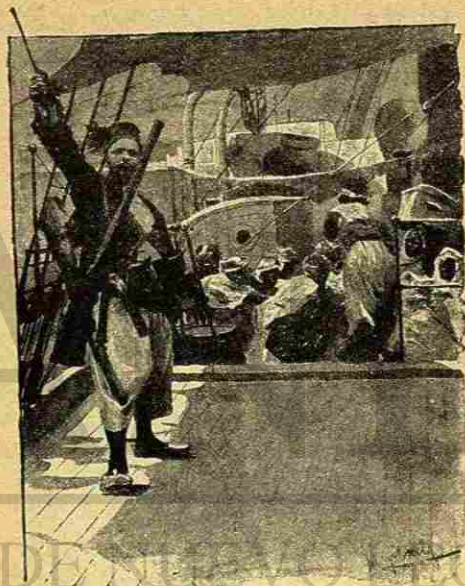
Enfrente, y en una colina, se veía la blanca ciudad de Argel con sus casitas en la planicie, que desciende hacia el

mar, apretadas unas contra otras y con un cielo diáfano, sonriente, un gran cielo de color azul vivísimo, que convida al bienestar del cuerpo y á las más gratas expansiones del espíritu.

El ilustre Tartarin, algo repuesto del susto que experimentara, recreaba su vista con los encantos de aquel panorama, escuchando á la vez respetuosamente al príncipe montenegrino, que, de pie á su lado, le daba explicaciones minuciosas y le nombraba los diferentes barrios de la ciudad, la *casbah*, la villa alta, la calle Bab Azoun. Este príncipe era muy fino y cortés, conocía á fondo la Argelia y hablaba correctamente el árabe. Por lo cual Tartarin se propuso cultivar estas relaciones.

De repente, en todo lo largo de la borda de babor en que se apoyaban, nuestro héroe vió una fila de grandes manos negras que se asían al buque desde el agua, ni más ni menos que si se tratara de un abordaje; una cabeza de crespo pelo y negra faz se presenta de repente delante de él, y antes de que tuviera tiempo siquiera de abrir la boca, el

puente fué invadido por un centenar de piratas, negros, amarillos, asquerosos y terribles.



Bien los conoció Tartarin...

Eran *ellos*, aquellos famosos *ellos* que buscó tantas veces de noche en las calles

de Tarascón. Por fin se decidían á ponerse en su presencia.

Al principio, la sorpresa le clavó en su sitio; pero cuando vió á los bandidos precipitarse sobre los equipajes, arrancar la lona embreada que los cubría, y empezar, cual si dijéramos, el saqueo del buque, el héroe salió de su estupor, y sacando de la vaina el cuchillo de monte:

—¡A las armas! ¡A las armas! gritó á los viajeros, precipitándose desde luego sobre los piratas.

—*Qués aço?*

—¿Qué es eso?

—¿Qué os pasa? le dijo el capitán, que salía del entrepuente.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, capitán? ¡Pronto, pronto! Mandad que la tripulación tome las armas.

—¿Y para qué *boun Diou?*

—Pero, ¿no véis lo que pasa?

—¿El qué?

—Allí... delante... los piratas...

El capitán Barbasou le miraba sin comprender. En aquel momento, un negro alto y fornido pasaba corriendo por delante de ellos, con la caja de medi-

camentos de nuestro héroe á la espalda.

—¡Miserable! ¡Espérame! dijo rugiendo de cólera el tarasconense.

Y echó á correr, daga en mano.

Barbasou le alcanzó y le detuvo por la cintura:

—Pero ¿os queréis estar quieto? ¡Vive Dios! No son piratas: ya hace tiempo que no los hay; son mozos de cuerda...

—¡Mozos de cuerda!

—Sí, que vienen por los equipajes para llevarlos al muelle. Volved el cuchillo á su vaina, dadme vuestro billete, y sigamos á aquel negro, un buen muchacho que os llevará á tierra, y también á la fonda, si así lo deseáis.

Un tanto confuso, Tartarin entregó su billete, y, siguiendo al negro, bajó por la escalera á una gran lancha que se mecía junto al vapor. Todo su equipaje estaba allí ya; sus baules, sus cajas de armas, sus conservas alimenticias, etc.; y como ocupaban por entero aquella lancha, no fué necesario esperar á ningún otro viajero.

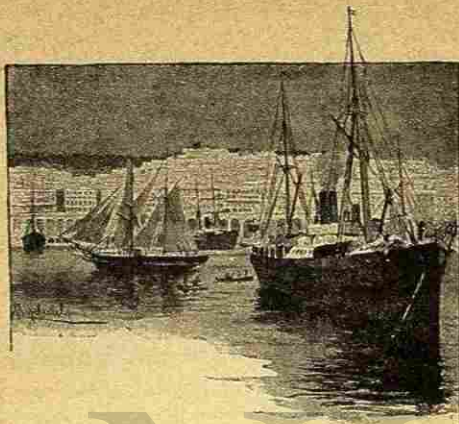
Un mozo se encaramó encima de los paquetes, en los que se acurrucó como un mono, con las rodillas en las manos.



Otro empuñó los remos... y ambos miraban riendo á Tartarín, enseñando sus blancos dientes.

De pie en la popa, con esa terrible mueca que aterrizzaba á sus compatriotas, el gran tarasconense empuñaba febrilmente el mango de su cuchillo; pues á pesar de cuanto le dijo el capitán, no estaba del todo tranquilo respecto á las intenciones de aquellos dos mozos de piel de ébano, que se parecían tan poco á sus colegas de Tarascón.

Cinco minutos después, la barca llegaba á tierra, y Tartarín ponía el pie en este muelle bárbaro en que, trescientos años antes, un español, llamado Miguel de Cervantes, preparaba, bala chusma arblime novela larse *Don Quijota*.



## III

## INVOCACIÓN Á CERVANTES

DESEMBARQUE. — ¿DÓNDE ESTÁN LOS "TEURS"?

NO HAY "TEURS". — DESILUSIÓN

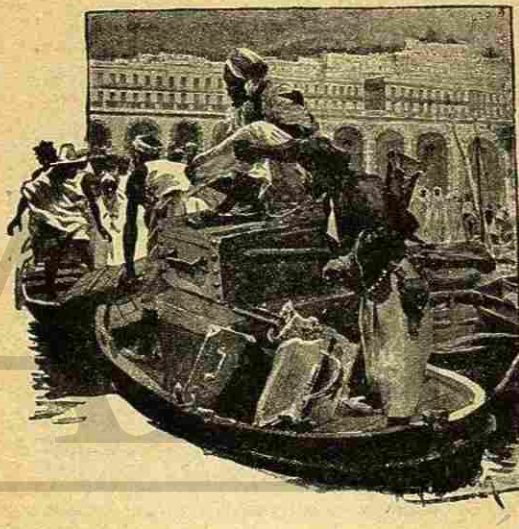
**O**H Miguel de Cervantes Saavedra! Si lo que se dice es verdad, á saber: que en los parajes donde han habitado los grandes hombres permanece errante algo de ellos que flota en el ambiente

hasta la consumación de los siglos, lo que queda de ti en la plaza bárbara debió estremecerse de alegría al ver desembarcar á Tartarin de Tarascón, ese tipo maravilloso del francés del Mediodía, en que se habían encarnado los dos héroes de tu libro: D. Quijote y Sancho Panza...

La atmósfera era pesada aquel día; en el muelle, resplandeciente de sol; cinco ó seis aduaneros argelinos, esperando noticias de Francia; algunos moros agrupados, que fumaban sus largas pipas; marineros malteses conduciendo grandes redes, en que millares de sardinas relucían entre las mallas como monedas de plata...

Pero apenas Tartarin echó pie á tierra, el muelle se animó, tomando otro aspecto. Un tropel de salvajes, más sucios y horrorosos que los *bandidos* que abordaron el barco, brotó por entre mástiles y lanchas, como surgiendo del agua, arremolinándose en torno de los que desembarcaban. Hombrones árabes, enteramente cubiertos por jaiques de lana; pequeños moros en calzoncillos, negros,

tunecinos, mahoneses, criados de fonda con sus mandiles blancos, toda esta mezcolanza de personas, gritando, aullando,



colgándose de los taldores de los pasajeros que iban llegando á tierra, disputándose los equipajes, y los de Tartarin se los repartían, tomando uno su caja de armas, otro su caja del botiquín, ensor-

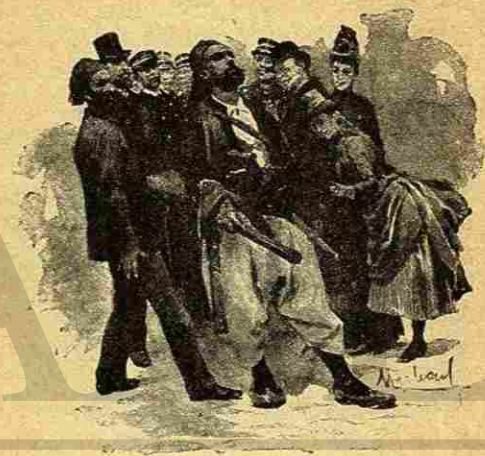
deciéndolo con una algarabía infernal y nombrándole títulos de fondas inverosímiles.

Aturdido con todo este tumulto, el pobre Tartarin iba, venía, vociferaba, clamaba, juraba, se daba á los demonios, corría detrás de sus bultos, no sabiendo cómo hacerse comprender por aquellos bárbaros, arengándolos en francés, en provenzal, y aun en latín, con las palabras únicas que sabía de la lengua del Lacio: *bonus, bona, bonum...* ¡Trabajo perdido! No le escuchaban. Felizmente, un hombrecillo, vestido con un traje de cuello amarillo, y armado con un largo bastón, intervino como un dios de Homero, dispersando á toda aquella gentualla á palo limpio. Era un guardia de Orden público argelino. Muy cortésmente invitó á Tartarin á que fuese á la fonda de Europa, confiándolo á los mozos respectivos, que condujeron á él y su bagaje.

A los primeros pasos que dió por Argel Tartarin de Tarascón, ¡abrió cada ojo!...

Tartarin se había figurado que Argel

era una ciudad oriental, que debía tener algo de mágico y mitológico; una cosa así, que no fuera ni Constantinopla ni Zanzibar, pero que participara de am-



bas ciudades, mas de seguro sin nada de lo que caracteriza á las poblaciones europeas, y, por consiguiente, á Tarascón... Cafés, fondas, anchas calles, casas de cuatro ó cinco pisos, una plaza enarenada, en la que uno de los regimientos

de la guararnición tocaba polkas de Offenbach; caballeros sentados en sillas de hierro, bebiendo cerveza, señoras, militares, siempre militares...

Todo esto vió y observó; mas ni siquiera un *Teur...* Él era el único; así es que le dió cierta cortedad al atravesar la plaza, pues todo el mundo le miraba y hasta los músicos dejaron de tocar, cortando la polka de Offenbach por medio de un compás.

Sin embargo, nuestro héroe, con sus dos fusiles en los hombros, el revólver á la cadera, feroz y majestuoso, como Robinsón Crusoe, pasó por medio de todos, sosteniendo con arrogancia la mirada de tanto descarado como allí había, y de tan impertinentes curiosos.

Pero al llegar á la fonda sus fuerzas le abandonaron.

La salida de Tarascón, el puerto de Marsella, la travesía, los piratas, el príncipe montenegrino, todo se revolvía en su cerebro... Fué preciso subirle á una habitación, desarmarle, desnudarle y meterle en la cama... Se hablaba ya de mandar por un médico; pero apenas la

cabeza de nuestro héroe descansó en la almohada, cuando se puso á roncar tan fuerte y con tantas ganas, que el fondista juzgó inútiles los socorros de la ciencia, y todos se retiraron discretamente.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1623 MONTERREY, MEXICO



IV

EL PRIMER ACECHO

Las tres daban en el reloj del palacio del Gobernador, cuando Tartarin se despertó.

Había dormido toda la tarde, toda la mañana, y parte de la otra tarde.

Es verdad que durante tres días no gozó de un solo momento de descanso.

Al abrir los ojos, su primer pensamiento fué este:

—Me hallo en el país de los leones.

Y á fe de imparcial ¿por qué no decirlo? ante la idea de que dichos animales estaban cerca, y de que era preciso cazarlos... ¡brrrr!, un frío mortal se apoderó de él, y se metió bizarramente debajo de las mantas.

Pero después de un instante, la alegría de la calle, el cielo azul, el sol que llenaba su habitación, un buen almuerzo que se hizo servir en la cama, remojado con excelente vino de Crescia, le devolvieron muy pronto su antiguo heroísmo.

—¡Al león! ¡Al león! exclamó saltando del lecho y vistiéndose con presteza.

He aquí cuál era su plan:

Salir de la ciudad sin decir nada á nadie, llegar al Desierto, esperar la noche, ponerse en acecho, y al primer león que pasara á su alcance... ¡pim! ¡pum!... Y después, volver al día siguiente á almorzar á la fonda de Europa, para recibir las felicitaciones de los argelinos y alquilar un carro para traer su presa.

¡Seductor programa!... ¡Halagadora perspectiva!... ¡Mágicos ensueños!

Se armó, pues, apresuradamente; rodeó su cuerpo con la tienda, cuyo palo, puesto en sentido vertical, sobresalía lo menos un pie por encima de su cabeza, y con ésta muy erguida bajó á la calle.

Una vez fuera, y no queriendo preguntar á nadie la dirección que debía seguir, por miedo de despertar sospechas respecto á sus proyectos, tomó resueltamente por la derecha, siguió hasta el fin los soportales del Bab-Azoun, en donde, desde el fondo de sus oscuras tiendas, multitud de judíos argelinos le veían pasar, acurrucados en un rincón; atravesó la plaza del teatro, siguió por el arrabal, hallándose, por fin, en la carretera que conducía á Mustafá.

Aquel camino estaba lleno de ómnibus, simones, carricoches, camiones, carretas cargadas de heno y tiradas por sus correspondientes yuntas de bueyes, escuadrones de cazadores de África, reuas de borriquillos del país, ó sean jumentos notablemente pequeños, negras que vendían rosquillas, coches llenos de

alsacianos que emigraban, spahis con sus capas coloradas, y todo esto desfilando en un torbellino de polvo, y acompañado de gritos, cantos y toques de corneta, por entre dos hileras de malas casuchas, en las que se veían mahonesas peinándose delante de la puerta, tabernas llenas de soldados, carnicerías, etc. etc...

—¡Que me hablen luego de Orientel pensaba el gran Tartarín. ¡Bah, bah! ¡Ni siquiera hay tantos *Teurs* como en Marsella!

Pero de pronto, vió pasar á su lado, moviendo ceremoniosamente sus grandes patas y estirando su largo pescuezo, un soberbio camello, y eso hizo latir con más fuerza su corazón.

—¡Camellos ya! pensó nuestro hombre. Los leones no deben andar muy lejos, y lo sensible sería me encontrase con un molesto competidor.

Y, en efecto, á los cinco minutos vió venir hacia él, con la escopeta al hombro, unos cuantos cazadores.

—¡Cobardes! se dijo nuestro héroe al pasar á su lado. ¡Cobardes! Ir á matar al rey de los animales tantos hom-

bres juntos, y acompañados de perros...

Jamás hubiera podido imaginarse que en Argelia se pudiese cazar otra cosa que leones. Sin embargo, aquellos cazadores parecían honrados comerciantes, y luego aquella manera de cazar la fiera con perros, y eso de llevar los morrales á la espalda era tan patriarcal, que el tarasconense, un poco vacilante y curioso, creyó que debía preguntarles algo.

—¿Qué tal caza se ha hecho, señores?

—No del todo mala, respondió uno de ellos, mirando con espanto el armamento del guerrero de Tarascón.

—¿Habéis matado alguno?

—¡Ya lo creo!... Mirad.

Y el cazador argelino enseñaba su morral, lleno de conejos y de chochas.

—¡Cómo, en el morral! ¿Los metéis en el morral?

—¿Y en dónde queréis que los meta?

—Pero, entonces, son... son de los pequeños.

—Pequeños y grandes, interrumpió el cazador.

Y como tenía prisa por volver á su

casa, alargó el paso para alcanzar á sus compañeros.

El intrépido Tartarin quedó inmóvil, estupefacto en medio del camino... Mas después de un momento de reflexión:

—¡Bah! se dijo; son unos embusteros... Nada han matado.

Y prosiguió su marcha.

Las casas eran cada vez más raras, y los transeúntes también. El sol se ausentaba con ligereza; la luz se iba desvaneciendo, y los objetos se confundían ya entre las sombras.

Tartarin de Tarascón anduvo todavía como cosa de media hora, y por fin se detuvo... La noche había cerrado por completo; noche sin luna, pero muy estrellada.

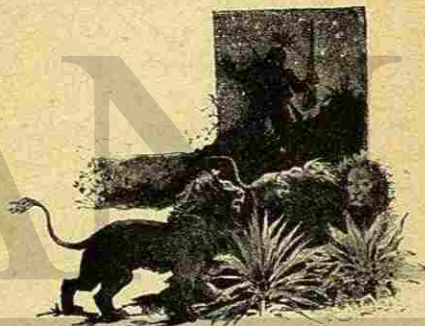
Nadie aparecía por el camino...

Nuestro héroe, pensando, y con razón, que los leones no eran como las diligencias, y que, por consiguiente, no frecuentarían las carreteras, se internó en los campos... A cada paso hallaba zanjas, tropezaba con las malezas y los matorrales. ¡No importa! Marchaba siempre...

De repente hizo alto.

—Huele á león por aquí, se dijo nuestro héroe.

Y aspiró con fuerza el aire, á derecha é izquierda.







V

¡PIM! ¡PAM!

**E**RA un desierto salvaje, todo lleno de plantas muy extrañas, de esas plantas orientales que parecen animales malos. Con la escasa luz de las estrellas, su sombra se agrandaba, estirándose por el suelo en todos sentidos. A la derecha se veía la masa confusa de una montaña. el Atlas tal vez... A la izquierda se oía el mugido de las olas... Era un sitio que debía atraer las fieras...

Con un fusil delante de él y otro en las manos, Tartarin de Tarascón hincó una rodilla en tierra y esperó... Esperó una hora, dos... ¡nada!... Recordó entonces que había leído en sus libros favoritos que los grandes matadores de leones no



iban nunca á cazarlos sin llevarse un cabrito, que ataban á algunos pasos de ellos, y que hacían balar tirándole de las patas con un cordel. No teniendo cabrito, el tarasconense imaginó imitar á este animalito, y se puso á balar con voz lastimera: "¡Bé! Béee!..." Primeramente lo hizo muy bajito, porque tenía algún miedo de que el león le oyese...; después, viendo que no venía, baló con más fuer-

za: "¡Bé! Béee!..." Nada todavía... Lleno de impaciencia, chilló más y repitió muchas veces: "¡Bé!... ¡Bé!... ¡Bé!..." con tanta fuerza, que su balido parecía el mugido de un toro...

De repente, á algunos pasos delante de él, vió un bulto negro y grande que se movía, olía el suelo, saltaba, se revolcaba, echaba á correr, luego volvía, y se paraba de pronto.

No admitía duda; era el león... Ya distinguía perfectamente sus cuatro patas cortas, su espesa melena y sus ojos que relucían en la sombra...

¡Apunten! ¡fuego! ¡pum!... Era cosa hecha. Había matado un león... Su gloria estaba ya asegurada... Tarascón se regocijaría al saberlo, vestiría sus mejores galas, habría gran fiesta entre los tarasconenses, y al regresar triunfante, sus convecinos le llevarían en andas.

Imposible es relatar el estado de alma de Tartarin al pensar que había dado caza á un león en pleno desierto africano. Estuvo á punto de sufrir un desvanecimiento, efecto del gran placer que experimentó en el momento de salir el

tiro... Pero se rehizo en seguida, y calculando que la fiera acaso no estuviese sino herida, nuestro héroe dió un salto hacia atrás y desenvainó su cuchillo de monte; en efecto, un quejido especial, pero imponente, que al bravo cazador pareció espantoso rugido, respondió al peraba la hemtiro del tarasconense.

—¡Está herido! exclamó Tartarin; y con el cuerpo recogido y el cuchillo dispuesto para blandirlo con pujante fuerza, se preparó á recibir el ataque de animal tan fiero; pero éste, en vez de atacar, huyó... Sin embargo, el tarasconense no quiso moverse, pues esperaba la hembra...

¡Siempre como en los libros!

Desgraciadamente ésta no vino, según solía acontecer en idénticos casos, á juzgar por lo que él había leído en las relaciones de los más intrépidos cazadores, y después de tres ó cuatro horas de espera, el valiente Tartarin se cansó.

La tierra estaba húmeda, la noche fresca, y la brisa del mar empezaba á soplar.

— Si echara un sueño mientras llega el día, se dijo.

Y para evitar el reuma, recurrió á la tienda de campaña... Pero ¡qué demonio! Era ésta de un sistema tan ingenioso y lo había ensayado tan poco, que todos sus recursos para abrirla fueron inútiles.

Por más esfuerzos que hizo, sudando á mares, la condenada tienda permaneció cerrada. Nuestro héroe la tiró por el suelo y se echó encima, jurando como verdadero provenzal.

¡Taratá, tará... taratá!

—*Ques açò?* (¿Qué es eso?) dijo Tartarin despertándose alarmado.

Eran los clarines de los cazadores de África, que tocaban diana en los cuarteles de Mustafá...

Nuestro matador de leones, estupefacto, se restregó los ojos... ¡Él que se creía en pleno desierto!... ¿Sabéis en dónde se hallaba? Pues en un plantío de alcachofas, de coliflores y de remolachas.

Su Sahara tenía verduras...

Muy cerca de él, en la linda colina

verde de Mustafá de Arriba, se veían hermosas quintas argelinas, blancas como palomas y que brillaban con el rocío de la mañana.

El espectáculo burgués y plácido de aquel paisaje admiró mucho á nuestro hombre y le puso del más pésimo humor. Después, fijando más la mirada en el sitio, teatro de su hazaña:

—Esas gentes están locas, se decía; plantar alcachofas en donde moran los leones... porque yo no he soñado... Han venido hasta mí... ¡Bien clara está la prueba!...

Dicha prueba eran algunas manchas de sangre que el animal, huyendo, había dejado detrás de sí. Inclinado sobre aquellas huellas sangrientas, con el ojo avizor y el revólver en la mano, el valiente tarasconense llegó de alcachofa en alcachofa hasta un campo de avena... Vió la hierba pisoteada, un charco de sangre, y en medio de éste, echado de costado, con una tremenda herida en la cabeza, divisó un... ¡Adivinad qué!...

—Pues bien, un león.

—No; un borrico, uno de esos borriquillos, tan comunes en Argelia, y que se designan con el nombre de *bourriquots*.





VI

## LLEGADA DE LA HEMBRA

TERRIBLE COMBATE — LA CITA DE LOS CONEJOS

El primer movimiento del valiente cazador en presencia de su desgraciada víctima, fué de despecho.

¡Hay tanta diferencia de un *bourriquot* á un león!...

El segundo fué de lástima.

¡El animalito era tan lindo y parecía tan bueno!

Se acercó á él, lo palpó, y notando que aún estaba caliente, Tartarin se arrodilló, y con una de las puntas de su faja argelina procuró restañar la sangre del desgraciado animal; y era en verdad cosa que enternecía sobremanera el ver á tan grande hombre cuidar con tanta solicitud á un borriquillo.

Éste, al contacto suave de la sedosa tela, abrió sus grandes ojos grises y movió dos ó tres veces las orejas como para decir: "¡Gracias!... ¡Gracias!...", Después una fuerte convulsión le sacudió desde la cabeza á la cola, y no volvió á moverse más.

—¡Negrito!... ¡Negrito! exclamó de repente una voz angustiada. Y al mismo tiempo las ramas de un seto próximo se abrieron... Tartarin á duras penas pudo prepararse y ponerse en guardia.

¡Era la hembra!...

Apareció ésta terrible, rugiente, en la forma de una vieja alsaciana, con un pañuelo atado á la cabeza, armada con un enorme paraguas colorado y preguntan-

do por su borriquillo á todos los ecos de Mustafá.

Ciertamente que hubiera sido preferi-



ble para Tartarin hallarse enfrente de una leona que de tal bruja. En vano el desgraciado procuró explicarle el caso, diciéndole que Negrito le había parecido un león. La vieja creyó que se burlaba

de ella, y echando por la boca enérgicos *tarteife*, interjección alsaciana que traducen muy gráficamente y usan sin cesar los españoles, cayó sobre nuestro héroe á paraguazos. El tarasconense, lleno de confusión, se defendía cuanto le era posible, parando los golpes con su carabina, sudando, saltando y gritando:

—¡Pero, señora... pero, señora!

Mas ésta no hacía caso, y redoblaba sus golpes.

Felizmente, un tercer personaje se presentó en el campo de batalla. Era el marido de aquella furia, alsaciano también, bodegonero además, y que entendía muy bien de cuentas.

Cuando vió de lo que se trataba, y que el matador no pedía otra cosa sino abonar el precio de la víctima, desarmó á su esposa y se entendieron.

Tartarin pagó doscientas pesetas por un asno que valía diez, pues éste es su importe en los mercados árabes; después enterraron al pobre Negrito al pie de una higuera, y el alsaciano, puesto de buen humor por las monedas tarasconenses, invitó al héroe á que fuera á

desayunarse á su figón, situado á algunos pasos de allí, en la orilla del camino, y se dirigieron á él.

Los cazadores argelinos solían almorzar los domingos en aquella taberna, porque aquella llanura era fértil en caza, y en dos leguas á la redonda no se encontraba mejor sitio para matar conejos.

—¿Y los leones? preguntó Tartarin por el camino.

El alsaciano le contempló admirado.

—¡Los leones!

—Si. ¿Veis algunos? repuso el pobre hombre con menos seguridad.

El tabernero soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Ah! ¡Qué gracial... Leones... ¿para qué?...

—¿No los hay, pues, en Argelia?

—¡Jamás he visto ninguno! Y, sin embargo, hace veinte años que habito esta provincia; pero me parece haber oído decir en los periódicos... Mas es muy lejos, allá, al Sur...

En aquel momento llegaron delante del figón, que se parecía en todo á los

que, situados en caminos y carreteras, llaman ventas ó ventorrillos, que tenía una rama de pino colgada encima de la puerta, y este letrero, que no dejaba de ser significativo:

LA CITA DE LOS CONEJOS



VII

HISTORIA DE UN ÓMNIBUS,

DE UNA MORISCA Y DE UN ROSARIO

ESTA primera aventura hubiera bastado para desalentar á muchas personas; pero hombres del temple de Tartarin no se abaten tan fácilmente.

—Los leones están en el Sur, pensó el héroe; pues bien, iré al Sur.



Y cuando acabó su desayuno, se levantó, dió las gracias al tabernero por su fineza, abrazó sin rencor á la vieja, vertió una última lágrima en recuerdo del pobre Negrito, y volvió apresuradamente á Argel á buscar su botiquín, sus conservas y sus cajas de armas.

Desgraciadamente, el gran camino de Mustafá parecía haberse alargado desde la víspera; hacía un sol y había un polvo insoportables; la tienda de campaña pesaba los imposibles; Tartarin no se sintió con valor para seguir á pie hasta la ciudad, y haciendo señal al primer ómnibus que pasó, tomó asiento.

¡Ah, pobre Tartarin de Tarascón! ¡Cuánto más le habría valido para su nombre, para su gloria, no entrar en aquel fatal carromato y seguir pedestremente su camino, aun á riesgo de caer asfixiado bajo el peso de la atmósfera, de su tienda de campaña y de sus pesados fusiles rayados de dos cañones!

Con la subida de Tartarin, el ómnibus quedó lleno. En el rincón del fondo, con la nariz metida en su breviarío, iba un

cura, de Argel, de gran barba negra. Enfrente, un joven mercader moro, que fumaba gordos cigarrillos. Después, un



marinero maltés y cuatro ó cinco moras enmascaradas, envueltas en telas blancas, á manera de capuchones, y á las

cuales no se podía ver sino los ojos. Estas señoras venían de hacer sus oraciones en el cementerio de Abd-el-Kader; pero esta visita fúnebre no parecía que las había entristecido.

Se las escuchaba reír y charlar, murmurando bajo sus semi-caretas, comiendo bombones.

Tartarin creyó advertir que ellas le miraban mucho; una especialmente, que iba sentada frente á él, y que plantó su mirada en la del bravo tarasconense y no se la quitó de encima en toda la travesía.

Aunque iba la dama encubierta, la vivacidad de aquellos ojos negros, alargados por la sepia ó el k'hol, la belleza de la mano y de un antebrazo cargado de pulseras de oro, que de vez en cuando se dejaba ver por entre las tocas ó velos; el sonido de su voz, los movimientos graciosos, casi infantiles, de aquella cabecita, todo indicaba que debajo de aquellas telas se ocultaba una personilla adorable.

El desgraciado Tartarin no sabía dónde arrinconarse. La muda caricia ince-

sante de aquellos lindos luceros de Oriente le turbaban, le agitaban, le hacían morir. Tenía calor, tenía frío, alternativamente...

Para rematarlo, la diminuta pantufla de la dama, sin saber cómo, había llegado hasta sus botas, y allí había tropezado, y allí se removía como un ratoncillo inquieto, y se paraba con dulce presión, y volvía á moverse. ¿Qué hacer? ¿Responder á esta mirada y á esta presión? ¡Sí! Pero las consecuencias... ¡una intriga de amor en Oriente es cosa seria y terrible!... Y con su imaginación meridional, el valiente hijo de Tarascón se veía ya sorprendido, cayendo en manos de los eunucos, decapitado, ¡y algo peor que esto quizás! encerrado luego en un saco de cuero, y arrojado al mar su tronco y su cabeza, cada cosa por su lado.

Este espectáculo lo enfriaba un poco... Mientras tanto, la pequeña babucha continuaba su tarea de dulces pisotones, y los ojos de la vecina se abrían desmesuradamente, clavados en él como dos flores de terciopelo negro, y que

parecían decirle: "Cógeme", ó "cómeme."

El ómnibus se paró. Estaban en la plaza del Teatro, á la entrada de la calle Bab-Azoun. Una por una, trabadas en sus anchos pantalones, ciñéndose los velos con gracia selvática, las moras bajaron del coche.

La vecina de Tartarin se levantó la última, y, al levantarse, su rostro pasó tan cerca de nuestro héroe, que casi le rozó, envolviéndolo con su aliento juvenil, perfumado de jazmines, de almizcle y de confites.

El tarasconense no resistió. Ebrio de amor y dispuesto á todo, se lanzó detrás de la mora... Al ruido de su correaje, armamento y botas, la mora se volvió, puso un dedo sobre su media careta inferior, en el sitio bajo el cual se ocultaba la boca, como para imponerle prudencia, silencio, reserva, y con presteza, con la otra mano, le arrojó un pequeño rosario perfumado con jazmines. Tartarin de Tarascón se bajó para cogerlo; mas como nuestro héroe estaba un poco gordo, y además iba cargado con tanta im-

pedimenta, la operación fué difícil y más larga de lo que debiera.

Cuando logró levantarse, con el rosario apretado contra su corazón, la mora había desaparecido.



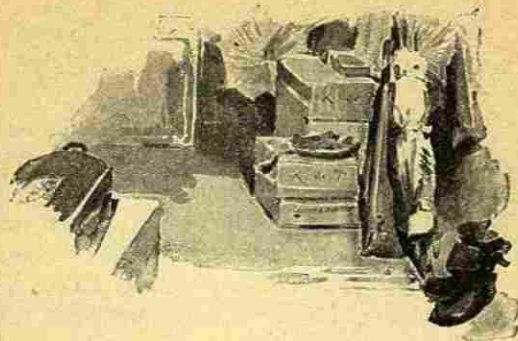
®

UNIVERS

MA DE

VO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



VIII

LEONES DEL ATLAS,

¡DORMID EN PAZ!

**L**EONES del Atlas, ¡dormid tranquilos en el fondo de vuestros retiros, en los álces y los cactus salvajes!... Por algunos días aún, Tartarin de Tarascón no os matará. Por el momento, todo su tren de guerra — caja de armas, botiquín, conservas alimenticias — reposa apacible-

mente embalado en la fonda de Europa, ocupando un rincón del cuarto número 36.

¡Dormid sin miedo, grandes leones rojos! El tarasconense busca á su mora. Desde la escena del ómnibus, el desgraciado cree sentir constantemente en su pie, en su enorme pie de trapense, los escarceos del ratoncillo; y la brisa del mar, al tocar con su semblante, siempre le trae á la memoria el perfume de confites y de anís mezclado á almizcle.

¡Necesita su mora! No puede seguir viviendo sin ella.

Pero no es negocio fácil encontrarla. Hallar en una ciudad de cien mil almas á una persona de la cual no se conoce sino el olor, la presión de un pie, al acariciar por este sistema, y el color de sus ojos. Nadie es capaz en el mundo, como no sea un tarasconense herido de amor, de intentar semejante aventura.

Lo terrible del caso es que todas las moras, envueltas en sus blancos trajes, se parecen; además, estas damas no salen nunca, y cuando se quiere verlas, es preciso subir á la parte alta de la ciudad,

á la ciudad árabe, á la ciudad precisamente de los *Teurs*.

Un verdadero laberinto de gargantas



y desfiladeros es esta parte de la ciudad. Callejuelas negras, sucias, estrechas, empinadas, cortadas á pico entre dos filas de casuchas misteriosas, cuyos techos se juntan al exterior, formando tol-

do á la calle y semejando ésta desiguales túneles. Puertas muy bajas, ventanillas cerradas siempre, tristes, con rejas. Y después, á derecha é izquierda, un montón de puertas, donde los feroces *Teurs* de cabezas de pirata, ojos blancos y dientes brillantes, fuman largas pipas hablan en voz baja, como si concertaran criminales golpes de mano.

Decir que Tartarin atravesaba esta ciudad formidable sin emoción, sería mentir. Iba, por el contrario, muy conmovido, y en estos callejones oscuros, cuya anchura no era más que suficiente para que el gran vientre de Tartarin pudiera deslizarse, se aventuraba nuestro héroe con todo género de precauciones, la vista en acecho, el oído alerta, la diestra empuñando la cox del revólver, oculto bajo la ropa que cubría aquel corazón tan grande. Ni más ni menos de como iba en Tarascón por las noches al Círculo. A cada instante esperaba que se le echase encima una banda de eunucos ó genizaros; pero el deseo de encontrar á su dama le daba alientos, audacia y fuerzas hercúleas.

Durante ocho días, el intrépido Tartarin no abandonó los barrios altos de la ciudad. Tan pronto se le veía plantado á la puerta de los baños moros, esperando la hora en que las mujeres salen por grupos, estremeciéndose y gozosas de sus abluciones; tan pronto aparecía pegado á la puerta de las mezquitas, sudando y soplando para sacarse las botas antes de entrar en el santuario.

A veces, cuando á la caída de la noche emprendía su excursión á la fonda, desesperado por no haber descubierto nada, ni en la casa de baños ni en la mezquita, el valiente Tartarin, al pasar por delante de alguna casa morisca, escuchaba el rumor de monótonos cantos, apagados sonos de guitarra, suaves golpes de pandereta ó tamboril y risas sofocadas de las bellas reclusas, haciéndole todo latir con fuerza y apresuradamente el corazón.

—¡Acaso está ella ahí! se decía.

Entonces, si la calle estaba desierta, levantaba el pesado aldabón del postigo en tal cual puerta, y timidamente le dejaba caer. Las canciones se interrumpían.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

pían al punto y cesaban las risas. Nada más se oía detrás del muro, á no ser leves cuchicheos vagos, como en una pajarrera donde reinara el sueño.

—Preparémonos, porque me va á pasar algo, pensaba el héroe.

Lo que á menudo solía sucederle era que le caía encima de la cabeza algún jarro de agua, o bien una lluvia de cáscaras de naranja ó mondaduras de higos de Berbería, ó un puñado de huesos de dátiles...

Y... nada más; nunca le pasó otra cosa. ¡Leones del Atlas, dormid todavía en paz!



## IX

## EL PRÍNCIPE GREGORY

DE MONTENEGRO

Hacia dos largas semanas que el infortunado Tartarin buscaba infructuosamente su dama argelina, y es verosímil pensar que todavía la estaría buscando á estas horas, si la Providencia de los amantes no hubiera venido en su ayuda en forma de un caballero montenegrino.

He aquí cómo:

Durante el invierno, todas las noches de los sábados el gran teatro de Argel da su baile de máscaras, ni más ni menos que si fuese la gran Ópera de París. Es, por supuesto, el insípido baile de máscara provinciano. Poca gente en el salón, algunas perdidas de Bullier ó del Casino de París, vírgenes locas que siguen al ejército, hermosuras ajadas, arruinadas que emigran á su derrota, y cinco ó seis pequeñas planchadoras mahonesas que se lanzan á la vida alegre, pero conservando de su época de virtud el vago perfume del ajo, de las salsas y del estropajo mismo. El verdadero carácter del baile no está en el salón, sino en el fumadero, transformado por las circunstancias en sala de juego. Una muchedumbre febril se codea y aprieta en baturrillo allí, alrededor de largos tapetes verdes. Soldados turcos con licencia, que van á apuntar sus cuartos del prest ó del plus; moros comerciantes de los barrios altos; negros, malteses, colonos del interior que se han echado al cuerpo cuarenta leguas para venir á arriesgar á un *as* el

importe de un carro ó de un par de bueyes que vendieron en el mercado...; todos estremeciéndose, pálidos, con los dientes apretados, y con esa mirada especial de los jugadores, turbia, confluyente, y que llega á ser bizca á fuerza de fijarse, sin pestañear un punto, en la misma carta.

Más allá son tribus de judíos argelinos que juegan en familia. Los hombres llevan el traje oriental horriblemente adornado, con medias azules y gorros de terciopelo. Las mujeres, engreídas y descoloridas, se mantienen tiesas en sus ajustados petos de oro... Agrupada alrededor de la mesa, toda la tribu chilla, concierta sus jugadas, cuenta por los dedos y juega poco.

De cuando en cuando, después de largos conciliábulos, un viejo patriarca, con barba de Padre Eterno, se destaca del grupo y va á arriesgar el duro de la familia. Entonces, mientras duran las jugadas, un brillo siniestro de ojos judíos vueltos hacia la mesa, terribles ojos de amante negro que hasta hacen temblar las monedas de oro sobre el tapete,



Y les volvió la espalda, perdiéndose en la multitud.

El fogoso Tartarin quiso lanzarse tras de él; pero el Príncipe se lo impidió.

—Dejadlo, no vale la pena.

Y cogiendo el brazo del valiente meridional, lo arrastró consigo rápidamente.

Tan pronto como se encontraron fuera, en la plaza, el príncipe Gregory de Montenegro se descubrió, tendió la mano á nuestro héroe, y acordándose vagamente de su nombre.

—Señor Barbarin...

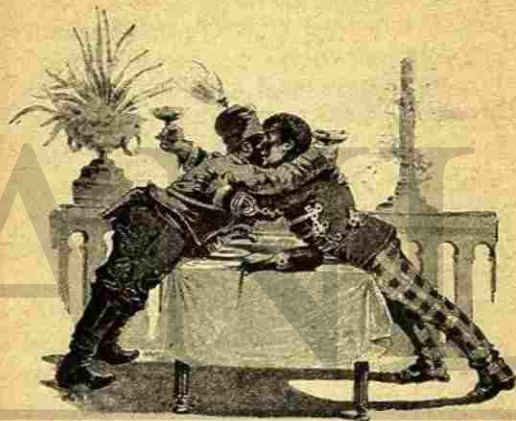
—Tartarin, deslizó tímidamente el hijo de Tarascón.

—Barbarin, Tartarin, poco importa; pero, señor mío, de todos modos, entre nosotros, y en lo que me quede de vida, queda sellada una amistad eterna... por mí al menos.

Y el noble montenegrino le sacudió la mano con feroz energía. Que piensen mis lectores cómo estaría de hueco y rebotando orgullo nuestro héroe.

—¡Príncipe! ¡Príncipe! repetía pronunciando la palabra con verdadera embriaguez.

Un cuarto de hora después, ambos se hallaban instalados en el restaurant de "Los Plátanos", agradable casa por las noches, y cuyas terrazas dan sobre el



mar. Y allí, delante el uno del otro, y ambos de una ensalada rusa, regada con lindo vinillo de Crescia, se reanudaron las relaciones.

No puede imaginarse persona más agradable que este príncipe montenegrino.

no. Delgado, con el pelo rizado perfectamente, es decir, rizado artificial, afeitada la barba, dejando el cutis apomazado á fuerza de tersura; condecorado con una serie de cruces extrañas, presentaba un aspecto singular y seductor, iluminado con el resplandor de sus vivos ojos, llenos de malicia, y animando su fisonomía con la manera insinuante de hablar el francés, con cierto acento italiano; todo lo cual le hacían parecerse á un Mazarino sin bigote. A poco de hablar con él, se advertía que era muy versado en lenguas latinas, y citaba á cada paso una sentencia de Horacio, de Tácito ó comentarios de grandes autores clásicos.

De antigua y distinguida raza, según decía, sus hermanos le habían desterrado á causa de sus opiniones liberales desde la edad de diez años, y desde entonces corría el mundo, tanto para instruirse como para divertirse, hecho un alteza filósofo... y ¡coincidencia singular! había pasado treinta y seis meses en Tarascón. Y como quiera que Tartarin se admirase de no haber tenido nunca la suerte de haberle visto, ni conocido, ni

encontrado en el paseo de la Explanada, el Príncipe repuso con cierto misterio y en tono evasivo:

—Salía muy poco.

Tartarin, por discreción, no quiso insistir, porque "todas estas grandes existencias están siempre rodeadas de algo impenetrable,."

En resumen: que este príncipe Gregory era una excelente persona. Beborroteando el rosado vino de Crescia, escuchó pacientemente á Tartarin, que le refirió toda la aventura amorosa de su bella oriental desconocida. Después, como quiera que él conocía todo el país, tenía relaciones con toda clase de personas de las más distinguidas, se prestaba á investigar quién podía ser la bella, brindándose á favorecer aquellos amores, en fin, ¡qué menos puede hacer un amigo por otro!

Se bebió mucho en poco tiempo; se brindó por las bellas orientales, por las damas argelinas, por los futuros amores de Tartarin y por el Montenegro libre.

Fuera de la terraza, el mar se movía dulcemente, y las ondas sumergidas en

la sombra, batían la playa monotonamente, produciendo un ruido semejante al de trapos mojados que se sacuden al aire. El ambiente estaba cálido, el cielo cuajado de estrellas; en los plátanos cantaba un ruisenor...

Tartarin pagó la cuenta.



## X

## DIME EL NOMBRE

DE TU PROGENITOR Y YO TE DIRÉ EL NOMBRE  
DE ESTA FLOR

**D**ECIDME de los príncipes montenegrinos, y al punto levantaremos la caza.

Al día siguiente de la escena de "Los Plátanos", muy de mañana, ya estaba en casa de Tartarin el Príncipe.

— ¡Pronto, pronto, arriba, vístase!... ¡Ya pareció la moza!... ¡Se llama Baía: veinte años, linda como una hada, y ya viuda!

—¡Viuda! ¡Oh qué suerte! respondió el héroe, que no las tenía todas consigo tratándose de los maridos de Oriente.

—Sí; pero muy vigilada por su hermano.

—¡Ah, diantre!

—Un moro feroz que vende pipas en el bazar de Orleans.

Momento de silencio.

—Bueno; usted no es hombre para apocarse por esto, ¡naturalmente! Además, luego conquistaremos á ese pirata, comprándole algunas pipas. ¡Vamos, pronto, vistase, feliz mortal!

Pálido, emocionado, con el corazón lleno de amor, el buen tarasconense saltó del lecho, y abrochándose de prisa su amplio calzón de franela:

—¿Qué debo hacer?

—Escribir á la dama, sencillamente, pidiéndole una cita.

—¡Sabe el francés! murmuró con tono donde se revelaba su desilusión, pues soñaba con un Oriente puro, sin mezcla de civilización europea.

—No sabe una palabra, respondió el Príncipe imperturbable. Pero usted va á

dictarme la carta, y yo la iré traduciendo á medida que vaya usted dictando.

—¡Oh, Príncipe, cuánta bondad!

Y el hijo de Tarascón se puso á pasear, midiendo la habitación á grandes pasos, silencioso y pensativo.

No se escribe lo mismo á una mora de Argel que á una modistilla de Beaucaire. A Dios gracias, contaba para salir airoso con sus múltiples lecturas, en las cuales se permitía amalgamar la retórica apache de los indios de Gustavo Aimard, con el *Viaje á Oriente* de Lamartine, y algunas lejanas reminiscencias del *Cantar de los cantares*; y con todos esos elementos, consiguió componer la carta más oriental que se puede imaginar. He aquí el principio de la epístola:

*“Como el avestruz en las arenas...”*

Y concluía:

*“Dime el nombre de tu progenitor y yo te diré el nombre de esta flor.”*

A esta misiva hubiera querido el romántico Tartarin unir el envío de un ramo de flores simbólico, con el emblema de todas las pasiones y sentimientos, según usanza oriental; pero el príncipe

Gregory pensó que sería más discreto comprar algunas pipas al hermano de la bella, lo cual suavizaría aquel ánimo feróz, disponiéndolo á mayor benevolencia á su parroquiano, y al propio tiempo, esto agradaría también á la mora, á la que se le regalarían algunas de aquellas pipas, pues le gustaba mucho fumar.

—Entonces, corriente; vamos á comprar las pipas en seguida, exclamó en un raptó de entusiasmo Tartarin.

—No, no, dejadme: yo iré solo. Yo sacaré mejor partido...

—¡Cómo! ¿Usted va á...? ¡Oh, Príncipe, Príncipe, cuántas bondades!

Y el valiente Tartarin, enteramente confundido con la oficiosidad del montenegrino, extendió su portamonedas, recomendándole que no economizase nada con tal que la dama quedase contenta.

Desgraciadamente, el asunto, aunque bien planteado, no caminó tan de prisa como en un principio pudo creerse. Muy conmovida, á lo que parecía, de la elocuencia de la carta de Tartarin, la mora hubiera deseado, seducida de antemano por aquellos recuerdos del ómnibus, etc.,

abrir su morada á Tartarin, como ya le había abierto su corazón. Pero el hermano tenía sus escrúpulos... y para sofocarlos y hacerlos dormir allá en el fondo de



la conciencia, era preciso comprarle docenas y más docenas de pipas, gruesas, enteras, largas...

—Pero ¿qué diablos va á hacerse Baia con tantas pipas? se preguntaba algunas veces el bueno de Tartarin. Pero pagaba

sin titubear, á pesar de aquella dolorosa interrogación.

Por último, después de haber comprado montañas de pipas y esparcido mares de poesía oriental, obtuvo la suspirada, ansiada y anhelada cita amorosa.

No creo que necesito decir con qué palpitations del corazón se preparó nuestro héroe para aquella primera entrevista; con qué cuidado y con qué emoción recortó, abillantó y perfumó su barba de cazador de gorras, sin olvidar— porque es preciso preverlo todo— deslizar en su bolsillo un rompecabezas de agudas puntas y dos ó tres revólvers.

El Príncipe, siempre oficioso y servicial, acompañó á su amigo y protegido á esta primera visita, en calidad de intérprete.

La dama habitaba en la parte alta de la ciudad. Delante de la puerta, un mo-cillo de trece á catorce años fumaba tranquilamente cigarrillos. Era el famoso Ali en cuestión. Al ver á los dos visitantes, golpeó dos veces en el postigo, y se retiró discretamente.

La puerta se abrió. Una negra apare-

ció al punto, y sin pronunciar una sola palabra, condujo á los dos señores, atravesando un estrecho patio interior, á un



pequeño gabinete, fresco, donde la bella esperaba, recostada contra un muelle cojín y extendida sobre rico tapiz de vivos colores. Al primer golpe de vista, le

pareció á Tartarin ésta más pequeña y más recia que la de la historia del ómnibus... ¿Era la misma, en efecto? Pero esta duda no hizo más que cruzar rápidamente por el cerebro de Tartarin, como un relámpago.

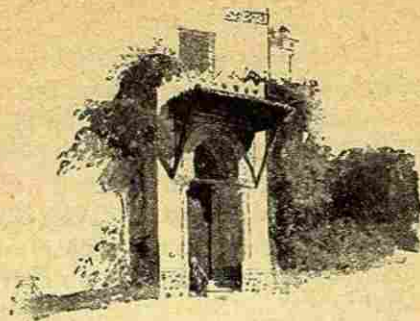
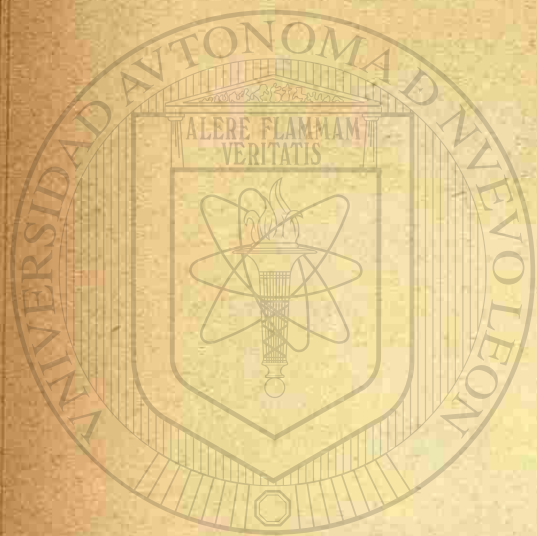
La dama era tan linda, y resultaba tan encantadora con sus pies desnudos, sus redonditos dedos de las manos cargados de cintillos, sus brazos y cuello tan sonrosados, de tez tan fina y delicada; por debajo de su corsé, recargado de adornos, bordados, lentejuelas y pedrería, se adivinaba una personilla tan redondita, tan apetitosa; el recogido de su falda aparecía tan artístico; el humo que la envolvía, como nimbo de gloria, esparcido en nubecillas del narguilé; manejaba entre sus dedos la boquilla de ámbar del aparato con tanta coquetería, que aquel conjunto resultaba de una belleza irresistible y de un atractivo embriagador.

Al penetrar en aquel adorable recinto, el tarasconense llevó las manos á su corazón lo más musulmanamente posible, y se inclinó con una reverencia que po-

cas zalemas se pueden hacer con mayor corrección arábica.

Baia le miró un momento sin decir nada; después se volvió de espaldas, y no presentó sino su blanca nuca, que bailaba como un saco de perlas agitado por los movimientos de una risa loca, contenida.





XI

SIDI TART'RI-BEN-TART'RI

**S**i entráis de noche en los cafetines de la ciudad alta de Argel, oiréis hablar, todavía hoy, á los moros allí reunidos, de un cierto Sidi Tart'ri-ben-Tart'ri, europeo; y escucharéis su cháchara, exornada con sonrisas, ora compasivas, ora maliciosas, y con expresivos guiños. Todavía, á pesar de los años transcurridos, no se ha borrado aquel recuerdo.



Este Sidi Tart'ri-ben-Tart'ri vivió en aquellos barrios, en compañía de una mujer llamada Baia, de la vida airada.

El Sidi Tart'ri en cuestión, que ha dejado tan grata memoria alrededor de la Casbah, no es otro—y ya lo habrán adivinado así nuestros lectores—que el mismísimo Tartarin de Tarascón en cuerpo y alma.

¡Qué remedio! Semejantes sucesos ocurren por doquier, trátase de quien se trate; lo mismo en las altas que en las bajas esferas; lo mismo sean los protagonistas hombres vulgares que santos; la vida es un tejido de turbaciones, de caídas, de errores, de ceguedades, de desfallecimientos, y los héroes no escapan á la trama de esta ley humana y funesta. El ilustre tarasconense no se escapó á semejante desdicha durante dos meses, en los cuales dejó dormir en paz á los leones del Desierto, retardando su propia gloria en menoscabo de su heroísmo. Y arrastrado por el amor, consintió dormir el sueño oriental, como Anibal en Capua, entregado á las delicias de la Blanca Argel.

Nuestro héroe había alquilado en el riñón mismo de la vieja ciudad árabe, una linda casita de las primitivas, con patio interior, plátanos, frescas galerías,



corrientes de murmuradoras fuentecillas. Vivía allí, lejos del vano ruido de la población, en compañía de su mora. Moro él también de los pies á la cabeza, se pasaba el día soplando ó absorbiendo en su

narguilé, y comiendo confites aromatizados con almizcle.

Extendida en un diván enfrente de él, Baía pulsaba la guitarra, ó si se quiere la cítara, gangueando aires monótonos, melancólicos, orientales hasta cierto punto, ó bien para distraer á su señor, bailaba la pantomima de la danza del vientre y las caderas, manteniendo en la siniestra mano una pandereta, y en la diestra un diminuto espejo, donde se miraba sus blancos dientes y hacía gestos más ó menos provocativos.

Como la bella no sabía palabra de francés, la conversación languidecía á veces, y el charlatán hijo de Tarascón se veía obligado á hacer penitencia por las intemperancias de lenguaje, de que tanto abusara en la botica de Bezuquet ó en la tienda de Costecalde.

Mas aun esta penitencia no se hallaba exenta de cierto encanto, pues venía á ser como un *spleen* voluptuoso de que gozaba durante días enteros al lado de su hechicera, escuchando el *glu-glá* del líquido en el narguilé, los sonos del instrumento pulsado por Baía, el murmullo

ligero y constante del agua al caer en las tazas de las fuentes.

La pipa, el baño y el amor llenaban toda su existencia. No salía jamás de su palacio encantado. Algunas veces, Sidi Tart'ri, llevando á la grupa á su bella, se iba, cabalgando una mula ligera, á los alrededores de la ciudad. Allí comían ricas granadas en un pequeño jardín que había comprado precisamente para tales escapatorias... Pero nunca, lo que se llama nunca, había bajado á la anti-pática, á la odiosa villa europea, con sus zuavos en constante francachela, sus alcázares poblados de oficiales, y su eterno ruido de sables arrastrados bajo los pórticos: un Argel insoportable y feo como cuerpo de guardia de Occidente.

En suma, el tarasconense se sentía muy feliz. Tartarin-Sancho sobre todo, golo-so hasta más no poder, se había aficionado á los dulzajos turcos, y se declaraba enteramente satisfecho con aquella nueva existencia... Tartarin-Quijote, de vez en cuando experimentaba cierto remordimiento pensando en Tarascón y en las pieles de león prometidas... Pero

este eco roedor de la conciencia no duraba mucho; y para lanzar fuera las tristes ideas, bastaba una mirada de Baia, una cucharadita de sus diabólicas confituras olorosas y embriagadoras como brebaje de Circe.

Por la noche, el príncipe Gregory venía á charlar un poco sobre el Montenegro libre... Con una complacencia incansable, este amable señor cumplía en la casa las funciones de intérprete, y aun las de intendente, y por nada, desinteresadamente. Fuera de él, Tartarin no recibía más que á *Teurs*. Todos estos piratas que en otro tiempo le causaban tanto espanto, al contemplar aquellas caras ocultas en el fondo de las grandes capuchas de sus jaiques, encontró que eran, tan pronto como los trató, excelentes personas, comerciantes inofensivos, bordadores, horteras de comestibles, torneros de boquillas, todos personas bien educadas, humildes, modestos, sencillos, aunque astutos, discretos, y gentes de primera fuerza en materia de juegos á la berlanga. Cuatro ó cinco veces por semana venían estos señores á pasar la

velada con Sidi Tart'ri, á ganarle su dinero, á comerle sus golosinas, y á la hora en punto de las diez, se retiraban discretamente, dando gracias al Profeta.

Detrás de ellos, Sidi Tart'ri y su fiel esposa acababan la velada en la terraza, una gran terraza blanca que cubría todo el techo de la casa y dominaba por completo la ciudad. Alrededor, cientos de otros terrados blancos también, tranquilos bajo la argentada luz de la luna, bajaban escalonándose hasta el mar. Rasgueos de guzlas traía la brisa hasta la feliz pareja...

De pronto, como un ramillete de estrellas, una gran melodía clara se articulaba dulcemente en el cielo, y sobre el minarete de la mezquita vecina, un hermoso muezzin aparecía, recortándose la silueta de su blanca sombra en el azul intenso del firmamento, y cantando la gloria de Alá con maravillosa voz, que llenaba los ámbitos.

Al punto Baia dejaba su guitarra, y con los ojos vueltos al muezzin parecía beber la plegaria con delicioso arrobamiento. Mientras duraba el canto, ella permane-

cia embebecida, en éxtasis, estremeciéndose á cada nota, como una Santa Teresa de Oriente.

Tartarin, conmovido, la contemplaba en sus oraciones, pensando en su interior cuán bella y fuerte era aquella religión que podía causar semejantes deliquios de semejante fe.

¡Tarascón, oculta tu faz! ¡Tartarin estaba á punto de renegar la religión de sus mayores!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES



XII

“NOS ESCRIBEN DE TARASCÓN...”

**E**n una hermosa tarde de cielo azul y templada brisa, Sidi Tart'ri volvía solo de su pequeño cercado, caballero á horcajadas en su mula. Separadas entrambas piernas por los cojines de paja de la enjalma, doblemente abultadas por cidras y sandías que transportaba el héroe, mecido por el ruido de sus grandes



estribos; y llevando el compás de balinbalín de la bestia, avanzaba por delicioso paisaje, con las manos cruzadas sobre el vientre y adormecido así enteramente por el calor y la sensación de cierto bienestar.

De repente, al entrar en la ciudad, le despertó violentamente una llamada formidable:

—¡Eh, monstruo de suerte! ¡Eh, señor Tartarin!

A este nombre, alegremente pronunciado con acento meridional, el tarascónense levantó la cabeza y distinguió á dos pasos la cara atezada de Barbassou, el capitán de *El Zuavo*, que tomaba una copa de ajeno mientras fumaba su pipa á la puerta de un cafetín.

—¡Eh, adiós, Barbassou! exclamó Tartarin deteniendo su mula.

En lugar de responderle, el marino le miró un momento con los ojos desmesuradamente abiertos, y luego se echó á reír, pero con tal risa, que Sidi Tart'ri se quedó completamente corrido, sentado sobre sus sandías.

—¡Qué turbante, mi pobre Sr. Tarta-

rin! ¿Luego es verdad lo que me han dicho de que se ha hecho usted *Teur?*... Y la pequeña Baia, ¿canta todavía con aquella gracia que le es propia la canción de *Marco la Belle?*

—¿*Marco la Belle?* Sepa usted, capitán, que la persona de que usted habla es una honrada joven mahometana, y que no sabe una sola sílaba de francés.

—¿Que Baia no sabe francés? ¿De qué nido se ha caído usted?

Y el capitán volvió á soltar la carcajada estrepitosamente.

Después, al ver la cara larga que ponía Sidi Tart'ri, se contuvo.

—Sin duda no es la misma, y yo me he confundido; la confundo con otra, seguramente, amigo Tartarin. Pero de todos modos, usted hará bien en desconfiar de estas moras de Argel y de los príncipes de Montenegro.

Tartarin se levantó en los estribos, é irguiendo la cerviz exclamó:

—¡El príncipe es mi amigo, capitán!

—Bueno, bueno; no nos incomodemos por tan poco... ¿Quiere usted tomar una copa de ajeno? ¿No? ¿No tiene usted nin-

gún encargo que darne para el país? ¿No hay que decir nada, eh? Corriente. Entonces, buen viaje... A propósito, compañero; tengo aquí buen tabaco de Francia, si quiere usted llevarse alguna pipa... Tome usted, tome con confianza; esto le sentará á usted bien. Este maldito tabaco de Oriente tiene la culpa de que se me embrolle la cabeza.

Por lo demás, el capitán volvió á su ajenjo, y Tartarin, cabizbajo, emprendió al trote el camino de su casita.

Aunque su alma magnánima rechazaba todo, no creía nada de aquellas insinuaciones malévolas de Barbassou, la conversación le había entristecido. Además, aquellos acentos maldicientes y aquel lenguaje crudo, sin ambages, propio del Mediodía de Francia, habían despertado en su conciencia vagos remordimientos.

Encontró la casa desierta. Baía había ido al baño... La negra le pareció más que fea, horrorosa; la casa, triste... Presa de indefinible melancolía, fué á sentarse cerca de la fuente, cargando una pipa con el tabaco de Barbassou. Este tabaco estaba envuelto en un pedazo de

*El Semáforo.* Al desliarlo le saltó á la vista el nombre de su pueblo natal.

*«Nos escriben de Tarascón:*

„La ciudad está llena de angustias.  
„Tartarin, el cazador de leones, que marchó en busca de los grandes felinos de  
„África, se ignora lo que es de él. Se carece de noticias suyas hace muchos meses. ¿Qué le ha sucedido á nuestro heroico compatriota? Apenas nos atrevemos á preguntárnoslo, conociendo como conocemos este espíritu fantaseador, la audacia de su carácter, la necesidad y ansia insaciable de aventuras.  
„¿Ha quedado enterrado, como tantos otros, en las arenas del Desierto, ó ha sido devorado por uno de esos monstruos del Atlas, por una de esas fieras terribles cuya piel había ofrecido á la  
„municipalidad? ¡Terrible incertidumbre!

„A pesar de todo, tal cual mercader negro venido á la feria de Beaucaire pretende que ha sido visto en pleno desierto un europeo cuyas señas convienen con las de nuestro compatriota, y

„que se dirigía hacia Tumbuctu... ¡ Dios  
„defienda á nuestro Tartarin!„

Cuando leyó las anteriores líneas, nuestro buen tarasconense enrojeció, palideció, se estremeció. Todo Tarascón se le apareció de pronto; el Círculo, los cazadores de gorras, el sillón verde en casa de Costecalde, y supeditándolo todo, por encima de todo, el formidable bigote del valiente comandante Bravida.

Entonces, al verse allí, cobardemente sentado en un tapiz, mientras que se le creía matando fieras, Tartarin de Tarascón se avergonzó de sí mismo, y... lloró.

De repente el héroe dió un salto:

— ¡Al león, al león! gritó.

Y lanzándose al polvoriento reducto donde dormía la tienda de campaña, el botiquín, las conservas, la caja de las armas, arrastró todo en medio del patio.

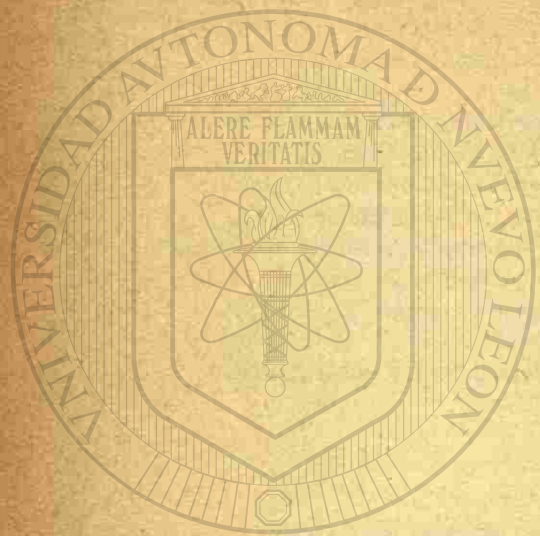
Tartarin-Sancho acababa de morir, y no quedó en Tartarin más que el Tartarin-Quijote.

El tiempo preciso para inspeccionar su material, para armarse, para ataviarse, para pertrecharse, para calzar sus

grandes botas, para escribir dos líneas al Príncipe, confiando á su buena amistad el cuidado de Baia; el tiempo necesario para meter en un sobre algunos billetes del Banco, humedecidos con sus lágrimas, fué el que permaneció Tartarin el intrépido en su casa. Pocos momentos después, rodaba metido en diligencia por el camino de Blidah, dejando estupefacta á la negra en la morada ante el narguilé, el turbante, las babuchas, todo el despojo musulmán de Sidi Tart'ri tirado por todas partes, bajo las pequeñas hojas blancas de trébol de la arcada galería.







TERCER EPISODIO

EN EL PAÍS DE LOS LEONES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



I

## LAS DILIGENCIAS DEPORTADAS

ERA una vieja diligencia de tiempos remotos, forrada de mullidos, guateada á la antigua usanza, con grueso paño azul, enteramente descolorido, con sus enormes botones de lana deshilachada de trecho en trecho del forro; cuyos botones, después de algunas horas de camino, acababan por clavarse en la espalda de uno como botones de cauterio. Tartarín de Tarascón ocupaba un rin-

®

cón de la rotonda. Allí se instaló lo mejor que pudo, esperando aspirar las singulares emanaciones almízeladas de las grandes fieras del África. Pero, por el pronto, hubo de contentarse con los olores de este viejo vehículo, que emanaba un hedor compuesto de sudores humanos y sudores de caballos, de correajes, de vituallas y de paja sucia.

Iba en la rotonda un poco de todo. Un trapense, mercaderes judíos, dos mujeres alegres que iban á incorporarse á sus respectivos cuerpos — el 3.º y 4.º de húsares, — un fotógrafo de Orleansville... Pero, por encantadora y variada que fuese la compañía, Tartarin no estaba de humor de charlar, y permaneció arrinconado, con su brazo derecho pasado por la abrazadera, con sus carabinas entre las piernas. Su precipitada partida, los ojos negros de Baia, la terrible cacería que iba á inaugurar, le turbaban el cerebro; sin contar que, con su buen aire patriarcal, esta diligencia europea encontrada en plena África, le recordaba vagamente el Tarascón de su juventud, sus excursiones fuera de puertas,

las comidas campestres en las orillas del Ródano..., un tropel inmenso de recuerdos.

Poco á poco vino la noche. El mayoral encendió las linternas. La decrepita diligencia saltaba, chillando sobre sus enmohecidas ballestas; los caballos trotaban, los cascabeles producían una música monótona, cambiando el ritmo de vez en cuando, ora por el tropezón de un caballo, ora por el cambio de paso de otro, por el chasquido del látigo del conductor..., y de vez en cuando se percibía en la vaca del imperial el ruido de herrajes y grandes pesos, yendo de un lado para otro á cada bache del camino: era el material de guerra de Tartarin y las cajas consabidas de conservas, botiquín, tienda de campaña, y demás impedimenta del héroe tarasconense: todo el material de guerra.

Tartarin de Tarascón, casi dormido, permaneció un momento contemplando con vaguedad á los viajeros, cómicamente sacudidos por la desigual marcha del carruaje, y le pareció que bailaban delante de él como sombras chinescas...

Luego, sus ojos, que se iban entornando, se cerraron por completo, velóse su pensamiento, y no escuchó sino muy vagamente gemir los ejes de las ruedas y los costados de la diligencia, que exhalaban ayes quejumbrosos...

De pronto, una voz, voz de vieja hada constipada, cascada, avinagrada, llamó al tarascónense por su nombre:

—¡Oh, Sr. Tartarin, Sr. Tartarin!

—¿Quién me llama?

—Soy yo, Sr. Tartarin. ¿No me conoce usted? Soy la antigua diligencia que, veinte años ha, hacía el servicio entre Tarascón y Nimes. ¡Cuántas veces os he llevado con vuestros amigos cuando ibais todos á cazar las gorras por la parte de Jonquières ó de Bellegardel No lo había reconocido á usted al pronto, á causa de ese gorro de *Teur*, y por el corpachón que ha echado usted. Pero en el instante que se ha puesto usted á roncar ¡qué suerte! os he reconocido en el acto.

—Está bien, está bien, murmuró el héroe, un tanto amostazado.

Después, dulcificando el tono, gesto y voz, añadió:

—Pero, en suma, mi pobre vieja amiga, ¿qué habéis venido á hacer aquí?

—¡Ah, Sr. Tartarin! No he venido por mi gusto, os lo aseguro. En cuanto fué acabado el ferrocarril de Beaucaire, no me han encontrado ya buena para nada, y me han mandado á Africa. Y no soy yo la única. Casi todas las diligencias de Francia han sido deportadas conmigo. Nos encontraban demasiado reaccionarias, y he aquí que ahora nos hallamos llevando una vida de galera. Esto es lo que en Francia llaman ustedes los caminos de hierro de Argelia.

Aquí la vetusta diligencia exhaló un suspiro, como un gemido, desgarrado balido de lo más profundo de la medula de sus huesos, y prosiguió:

—¡Ah! ¡Cómo me acuerdo de mi hermoso Tarascón! Aquellos eran los buenos tiempos para mí: la época de la juventud. Era preciso verme partir por la mañana lavada y lustrosa, con mis ruedas como recién barnizadas siempre; mis linternas brillantes, que parecían dos soles, y mi vaca engrasada constantemente como zapatos embetunados. Aque-

llo sí que era hermoso, cuando el postillón chasqueaba su látigo: ¡*La Tarasca!* ¡*La Tarasca!* y el mayoral, con su corneta en bandolera, su gorra bordada, caída sobre la oreja izquierda, echando en la vaca su pequeño gozque, siempre furioso, se lanzaba allá arriba él también, gritando: —“Arrea, arrea.”— Entonces mis cuatro caballos arrancaban animándose con el ruido de los cascabeles, los ladridos de los perros, de los toques de bocina; se abrían las ventanas, todo Tarascón se asomaba á verme pasar, mirando con cierto orgullo perderse la diligencia en medio de una nube de polvo allá en la línea blanca del camino real.

Calló como para reponerse del prolongado ¡ay! crujiente de su cuerpo, y continuó á poco:

—¡Qué hermosa carretera, Sr. Tartarín! Ancha, bien cuidada, con sus postes de kilómetro en kilómetro, sus montecillos de grava de trecho en trecho, á derecha é izquierda, y á entrambos lados sus lindas llanuras, en que verdeaban con tonos diversos los olivos y los viñedos. Luego, paradores y posadas cada

diez pasos, descansos cada cinco minutos; y mis viajeros... ¡Qué gente! ¡Qué clase de gente! da orgullo recordarlos; alcaldes, concejales por lo menos, párrocos ó simples sacerdotes; los unos que iban á ver al subgobernador á Nimes; los otros que iban á visitar allí mismo al Prelado; honrados industriales de telas de seda, que regresaban del *Mazet*; colegas que volvían de vacaciones, aldeanos con sus blusas bordadas de trenchillas, perfectamente afeitados, y allá arriba, en la imperial, todos ustedes, los cazadores de gorras, que siempre iban de tan buen humor, y cantando cada cual *la suya*: ¡su canción á la tarde, á las estrellas!...

Volvió á guardar silencio la voz de la diligencia, y tornó, tras breve pausa, á hablar de esta manera:

—Ahora, todo ha cambiado. ¡Qué gentes cargo! ¡Dios y yo solamente lo sabemos! Un montón de infieles venidos de no sé dónde, que me llenan de parásitos y miseria, negros, beduinos, soldadesca, aventureros de todos los países, colonos harapientos que me apestan y me infes-

tan con sus pipas y sus suciedades... Toda esta gentualla hablando un lenguaje que Dios lo entiende... y además, ya ve usted cómo me tratan: nunca me limpian, jamás me lavan. Se me niega el unto para mis ejes. En vez de mis antiguos caballos hermosos, grandes, lustrosos, tranquilos, me enganchan caballejos árabes, que tienen el diablo en el cuerpo, que se pelean, se muerden, bailan, saltan y corren como cabras, y que me rompen mis varas y lanzas á pares de coces. ¡Ay, ay, ay! mire, mire usted, ya comienza la función...

Repuesta del susto, volvió á tomar el hilo del discurso en la forma siguiente: —¡Qué caminos! Por aquí es soportable; menos mal si todo fuera así; pero ¿ve usted qué malo es? pues es tortas y pan pintado para lo que nos espera. El principio no está enteramente mal, por la proximidad del Gobierno; mas allá abajo, aquello ni es camino ni nada. Se anda como buenamente se puede, á través de montes ó llanuras, á la buena de Dios, á lo que cae, no importa: por entre palmeras enanas ó por encima de lentiscos, y

sin un solo descanso fijo. Se hace alto donde parece. Unas veces el mayoral pára en una alquería, otras veces en otra.

Después de un salto brusco, continuó:

—A lo mejor, este truhán de conductor me hace dar un rodeo de dos leguas para pasar por casa de un amigo suyo, á beber unas copas de ajenjo ó el *champoreau*... Después de lo cual *jarrea, postillón!* y es preciso recuperar el tiempo perdido, y allá vamos como alma que lleva el diablo. El sol, cuece; el pelvo, quema. ¡Arrea, arrea! Se tropieza en todas partes, se vuelca. Pero no importa; arriba otra vez, y jarrea, arrea! Se pasan los ríos casi á nado, se atrapa un reuma mayúsculo, se moja todo el mundo, y aun se ahoga alguno, pero ¿qué? adelante, jarrea, arrea! Después, por la noche, chorreando ¡figúrese qué cosa para mis años! me obligan á descansar al raso, en un patio de un parador público de caravanas, abierto á todos los vientos. Durante la noche, los chacaes, las hienas, vienen á oler mi caja, y los merodeadores que temen al rocío, duermen al abrigo de mis compartimentos...

Crujió de nuevo, y concluyó su relación de esta manera:

— Ahí tenéis mi vida, mi pobre Sr. Tartarin. Esa misma llevaré hasta que llegue el día en que, quemado mi cuerpo por el sol, podrido por las humedades nocturnas, me desencaje cuando menos se piense en medio de una calle ó en un rincón cualquiera, ó Dios sabe dónde, y los árabes vendrán á quemar mis despojos para cocer su alcuzcuz, y en paz!...

— ¡Blidah, Blidah! gritó el conductor abriendo la portezuela.



## II

## DONDE SE VE PASAR Á UN SEÑOR

PEQUEÑITO

Y vagamente, á través de los cristales empañados por el aliento, Tartarin de Tarascón divisó una plaza muy bonita, rodeada de arcos y plantada de naranjos, en la que algunos soldados hacían el ejercicio aprovechando el fresco de la mañana.

Los cafés se abrían, y en una esquina se veía un mercado de verduras.

Era encantadora aquella perspectiva; pero nada aún olía á león.

—¡Al Sur! ¡Más al Sur! murmuró el buen tarasconense hundiéndose en su rincón.

En aquel momento la portezuela se abrió. Una bocanada de aire fresco entró en el carruaje, trayendo en sus alas el perfume del azahar, y subió al coche un caballero muy bajito, viejo, seco, arrugado, con una cara del tamaño del puño, una levita color de avellana, una corbata de media cuarta de ancho, una gran cartera de piel debajo del brazo, y un enorme paraguas.

La vera efigie ciertamente de un notario de pueblo.

Al ver el material de guerra del tarasconense, el diminuto señor, que se había sentado enfrente de nuestro héroe, pareció en extremo sorprendido y se puso á mirar á Tartarin con una insistencia algo incómoda.

Releváron el tiro, la diligencia echó á andar, y el nuevo viajero no apartaba la vista de Tartarin, hasta que por fin éste, moleestado por la insistencia insolente de

su vecino, le dijo, mirándole á su vez cara á cara:

—¿Mi equipo os admira?

—¡No, me incomoda! repuso el otro con mucha calma.

Y la verdad es que con su mochila á la espalda, su revólver, sus dos fusiles enfundados, su cuchillo de monte y su corpulencia, ó sea su excesiva humanidad, Tartarin de Tarascón ocupaba mucho sitio.

La respuesta de su compañero de viaje le enfadó.

—¿Os imagináis, por ventura, que había de ir á matar leones con un paraguas? replicó el gran hombre con fiereza.

El pequeño señor miró su quitasol, se sonrió con dulzura, y dijo, siempre con la misma calma:

—¿De modo que sois?...

—¡Tartarin de Tarascón, matador de leones!

Y pronunciando con énfasis estas palabras, sacudió, como si fuera una melena, la borla azul de su *chechia*.

Entre los compañeros de viaje hubo un movimiento de estupefacción.



El trapense se persignó, las señoras soltaron un grito de espanto, y el fotógrafo de Orleansville se aproximó al matador de leones, pensando ya en la honra insigne de hacer el retrato de tan valiente hombre.

El diminuto señor no se inmutó.

—¿Habéis matado muchos ya, señor Tartarin? preguntó muy tranquilamente.

—¡Ya lo creo! Y os deseo que tengáis siquiera tantos cabellos como leones he hecho morder el polvo.

Y todos los viajeros soltaron la carcajada, mirando los tres pelos amarillentos y tiesos que adornaban el cráneo del pequeño viajero. El fotógrafo de Orleansville tomó á su vez la palabra.

—Es una penosa profesión la vuestra, señor Tartarin... Se pasan algunos momentos...; y si no, ese pobre señor Bombonnel...

—¡Ah, sí, el matador de panteras! dijo Tartarin con aire desdenoso.

—¿Le conocéis? preguntó el viejecito.

—¡Pardiez! ¡Ya lo creo que le conozco!... Hemos cazado más de veinte veces juntos.

Su interlocutor se sonrió.

—¿Cazáis también la pantera, señor Tartarin?

—Algunas veces, á modo de pasatiempo, dijo el ya irritado tarasconense.

Y añadió levantando la cabeza con gesto heroico, que inflamó el corazón de las dos húsares:

—Esa caza no puede compararse nunca con la del león.

—En verdad, dijo el artista, que la pantera no es otra cosa que un gato muy grande...

—Justamente, dijo Tartarin, que no sentía rebajar la gloria de Bombonnel, y sobre todo delante de las señoras.

En aquel instante la diligencia paró, y el conductor, abriendo la portezuela, dijo dirigiéndose al anciano con mucho respeto:

—Habéis llegado, caballero.

Éste se levantó, bajó, y antes de marcharse, dijo:

—¿Queréis que os dé un consejo, señor Tartarin?

—Hablad, caballero.

—A fe mía, me parecéis un hombre de

bien y no rehusó deciros lo que pienso... Volvéos pronto á Tarascón, señor Tartarin: aquí perderéis el tiempo. Y si bien es verdad que aún quedan algunas panteras en la provincia, es una caza demasiado despreciable para vos... En cuanto á los leones, se acabaron ya. No queda ninguno en Argelia, pues mi amigo Chassaing acaba de matar el último.

Y el señor pequeño saludó, cerró la portezuela y se fué riendo, con su cartera debajo del brazo y su paraguas en la mano.

—Mayoral, ¿quién es ese infeliz? preguntó Tartarin haciendo una mueca.

—¡Cómol! ¿No le conocéis? ¡Pues si es el famoso señor Bombonnel!



## III

## UN CONVENTO DE LEONES

TARTARIN de Tarascón se apeó en Milianah, y la diligencia siguió su camino hacia el Sur.

Dos días de continuo traqueteo, dos noches pasadas con los ojos abiertos mirando por la portezuela á ver si divisaba en los campos ó en las orillas de la carretera la sombra espantosa del león, tantas emociones y tantos insomnios, bien merecían que nuestro héroe descansara algunas horas.

Y luego, en honor de la verdad, es preciso convenir en que desde su mala aventura con el señor Bombonnel, el leal tarasconense, á pesar de sus armas, de su terrible mueca y de su gorro colorado, no se hallaba á gusto en presencia del fotógrafo de Orleansville ni de las señoritas del 30 y 40 de húsares.

Echó á andar, pues, por una, que le pareció mejor, de las calles de Milianah, que las tiene hermosas, llenas de frondosos árboles y de fuentes, y buscando una fonda que le conviniera, Tartarin no dejaba de pensar en las palabras de Bombonnel...

¡Si fuera verdad que ya no quedaban leones en Argelia!...

¿De qué le servían entonces tanto viaje y tantas fatigas?

De repente, al revolver una esquina, nuestro héroe se halló enfrente... ¿De qué? Adivínadlo... De un hermoso león que esperaba delante de la puerta de un café, sentado en sus cuartos traseros y con su magnífica melena iluminada por el sol.

—¿Pues no decía que ya no quedaba

ninguno? exclamó el tarasconense dando un salto atrás.

Al oír esta exclamación, el león bajó la cabeza, y cogiendo con los dientes un cuenco de madera que se hallaba en el



suelo al alcance de su boca, lo presentó humildemente á Tartarin estupefacto... Un árabe que pasaba por allí echó una moneda en la escudilla, y el animal meneó la cola... Entonces Tartarin lo comprendió todo; vió lo que la emoción le

había impedido ver antes: un gran gentío agrupado alrededor del pobre león, que era ciego, y dos grandes negros, armados con garrotes, que le paseaban á través de la ciudad, como los saboyanos á sus marmotas.

La sangre del héroe dió un vuelco.

—¡Canallas! gritó con voz de trueno. ¡Humillar de ese modo á tan nobles animales!

Y lanzándose hacia el león, arrancó la inmunda escudilla de entre sus mandíbulas reales. Los dos negros, creyendo habérselas con un ladrón, se echaron sobre el tarasconense con los garrotes levantados... Fué una terrible reyerta. Los negros pegaban, las mujeres chillaban, los niños se reían, y hasta el león, aunque ciego, ensayó un rugido. Un vicjo zapatero judío gritaba desde el fondo de su covacha: "¡Al juez de paz, al juez de paz!"

El desgraciado Tartarin, después de una lucha desesperada, rodó por el suelo entre las monedas y la basura.

Por fortuna, en aquel momento un hombre atravesó por en medio del gen-

tío, apartó con un gesto á los chiquillos, dijo dos palabras á los negros y levantó á Tartarin, le cepilló y le sentó en un guardacantón para que recuperara el aliento.

—¡Cómo! ¿Sois vos, Príncipe? dijo el infeliz Tartarin, frotándose el cuerpo.

—Sí, mi valiente amigo, yo soy, dijo el príncipe montenegrino; el seductor príncipe del buque de Marsella, que tengo la dicha de llegar á tiempo para salvaros de la brutalidad de esos tunantes... Tan pronto como recibí vuestra carta, he confiado á Baia á su hermano, he alquilado una silla de postas, he corrido cincuenta leguas á escape, y heme aquí tan á tiempo... Pero ¿qué habéis hecho para ser tratado de ese modo?

—¡Qué queréis, Príncipe! No he podido ver con sangre fría á ese desgraciado león con el cuenco en la boca, humillado, vencido y sirviendo de mofa á todos esos andrajosos musulmanes.

—Pues os equivocáis, mi querido amigo. Por el contrario, ese animal es para ellos un objeto de respeto y de adoración. Es sagrado, y forma parte de un

gran convento de leones, fundado hace trescientos años por Mahommed-ben-Auda, una especie de comunidad trapense, formidable y feroz, rugiente y despidiendo olor a fieras, en donde extraños frailes educan y amansan centenares de leones, enviándolos después por todo el África septentrional, acompañados por los hermanos mendicantes. Los dones que éstos recogen sirven para cuidar del convento y de la mezquita, y si los dos negros han demostrado tan mal humor y os han maltratado tan cruelmente, es porque están supersticiosamente convencidos de que por un solo céntimo perdido ó robado por culpa de ellos, el león que llevan los devoraría inmediatamente.

Tartarin se deleitaba oyendo este inverosímil relato, y aspiraba ruidosamente el aire que tanto necesitaban sus pulmones después de la refriega.

—Lo que más me gusta en todo cuanto me decís, es que, por más que diga el señor Bombonnel, hay todavía leones en Argelia.

—¡Si los hay! exclamó el Príncipe con entusiasmo. Desde mañana iremos á dar

una batida en la llanura de Cheliff, y ya veréis...

—¡Cómo, Príncipe! ¿Tenéis la intención de cazar vos también?

—¡Pardiez! ¿Creéis acaso que os dejaré ir solo en plena África, en medio de esas tribus feroces, de las que ignoráis el idioma y las costumbres?... ¡No, no, ilustre Tartarin, no os abandono ya!... Por donde quiera que vayáis, os acompañaré.

—¡Oh, Príncipe, Príncipe!

Y Tartarin, radiante de alegría, dió un abrazo al donoso montenegrino Gregory, pensando con orgullo que, como Julio Gérard, Bombonnel y todos los más afamados matadores de leones, tendría él también un Príncipe extranjero para acompañarle en sus cacerías.





#### IV

#### LA CARAVANA EN MARCHA

**A** primera hora del día siguiente, el intrépido Tartarin y el no menos denodado príncipe Gregory, seguidos por media docena de mozos negros, salían de Milianah y bajaban hacia la llanura de Chelif por una deliciosa pendiente llena de jazmines, tuyas, aromos, algarrobos y olivos selváticos, entre los que serpenteaban unos cuantos riachuelos, que saltaban juguetones y murmurantes de roca en roca.

Un paisaje del Líbano.

Tan cargado de armas como el gran Tartarin, el príncipe Gregory se había provisto además de un magnífico y extraño kepis galoneado de oro, con un entorchado de hojas de roble bordadas de plata; cuyo kepis daba á Su Alteza el aspecto de un general mejicano, ó de un jefe de estación de ferrocarriles de orillas del Danubio.

Esta gorra intrigaba mucho al tarasconense; y como pidiere tímidamente alguna explicación, el Príncipe respondió con gravedad:

—Esto es indispensable para viajar por África.

Y frotando la visera con el envés de la manga, informó á su cándido compañero sobre el papel importantísimo que juega el kepis en las relaciones entre Francia y Argelia. Los árabes experimentan un gran terror ante esta insignia militar. Y hasta tal punto domina el kepis, que aun para la administración civil de la colonia, Francia se ha visto obligada á cubrir la cabeza de todos sus agentes con semejante adminículo, desde el peón camine-

ro hasta el administrador de Correos. En suma: para gobernar Argelia—es el Príncipe quien habla—no se requiere una gran cabeza, ni siquiera una cabeza; basta un kepis galoneado, reluciendo al extremo de un palo, como la gorra de Gessler.

Charla que te charla, iba la caravana adelante filosofando.

Los mozos, descalzos, brincaban por encima de aquellos arroyuelos, chillando como monos, y los indígenas que pasaban por allí se inclinaban hasta el suelo delante de nuestros viajeros. Allá arriba, en los baluartes de Milianah, el jefe del puesto árabe, que tomaba el fresco de la mañana con su dama, viendo armas que brillaban entre las ramas, creyó que iban á atacarle y en seguida mandó alzar los puentes levadizos y tocar á generala, dictando las órdenes más adecuadas para una enérgica defensa.

¡Buen principio para la caravana!  
Y no ocurrió esto sólo, pues antes de concluirse el día, otras contrariedades asaltaron á nuestros viajeros.

De los negros que llevaban los equipajes, uno fué atacado de un cólico atroz,

por haberse comido el aglutinante encerrado en el botiquín, y otro cayó en la orilla del camino, borracho perdido de aguardiente alcanforado. El tercero, el que llevaba el álbum de viajes, seducido por las relumbrantes cantoneras y los dorados broches, y persuadido de que tenía en las manos los tesoros de la Meca, huyó con su carga hacia Zaccar.

Al ver tales contratiempos, la caravana hizo alto á la sombra de una vieja higuera, para deliberar respecto á lo que podría serles más conveniente.



—Mi parecer es, dijo el Príncipe, procurando, aunque en vano, desleír un poco de extracto de carne en una cacerola perfeccionada; mi parecer es que desde esta noche despidamos á los negros... Hay muy cerca de aquí un mercado árabe, y lo mejor que podemos



hacer es llegarnos allí y comprar unos cuantos borriquillos...

—¡No!... ¡No!... ¡Nada de eso!... interrumpió con viveza el gran Tartarin, que se puso muy colorado acordándose del Negrito.

Y añadió el muy hipócrita:

—¿Cómo queréis que esos animales tan pequeños puedan llevar todo nuestro material?

El Príncipe sonrió.

—Os equivocáis, mi ilustrado amigo. Por delgado y débil que os parezca, el *bourriquot* argelino tiene mucha fuerza... Bien la necesitan para soportar todo lo que soportan. Preguntad, si no, á los árabes. He aquí cómo explican la organización colonial de Francia en Argel... En lo alto, lo más alto, en la cúspide, está *musiu*, gobernador, con un gran garrote con que pega sobre el Estado Mayor; el Estado Mayor, para vengarse, pega sobre el soldado; el soldado sobre el colono; el colono sobre el árabe; el árabe





sobre el negro; el negro sobre el judío, y el judío, en fin, pega al borrico. Y el pobre borrico, no teniendo sobre quién dar, pone el espinazo y lleva todo sobre sí. Ahora, ya comprenderá usted, amigo ilustre, que bien puede llevar las cajas de vuestro material sobre sus lomos.

—¡No me importa! repuso Tartarin; no me gusta una caravana de burros, hace mal efecto... Quisiera una cosa más oriental... ¡Si pudiéramos tener un camello!

—Todos cuantos queráis, respondió Su Alteza.

Y se pusieron en marcha para el mercado árabe, que se hallaba á algunos kilómetros de allí, en las orillas del Cheliff.

Había en él cinco ó seis mil árabes desharrapados, moviéndose al sol y traficando ruidosamente entre jarros llenos de aceitunas negras, de pucheros de miel, de sacos de especias, de montones de cigarros, de grandes hogueras en las que se asaban carneros enteros, chorreando grasa, y de carnicerías al aire libre, en las que unos cuantos negros, casi completamente desnudos y con los

brazos encarnados, despedazaban cabritos colgados de un palo.

Allá en un lado, bajo una tienda re-



mendada de mil cojores, hallábase un escribano moro con un gran libro delante, y anteojos. Por acá se veía un grupo, en que se gritaba desaforadamente, to-

dos encolerizados : era un juego de ruleta, instalado el aparato sobre una mesa improvisada, sustentada por una medida de trigo.

Alrededor estaban echados boca abajo kabilas enteras.

A otra parte, se percibe un gran pataleo, una grande alegría, un ruido extrepitoso de carcajadas : es el público ante el espectáculo de un mercader judío que se ahoga con su mula, en las aguas del Cheliff.

Luego, escorpiones, perros, cuervos, moscas, pero ¡cuántas moscas!

Los camellos brillaban por su ausencia.

Sin embargo, á fuerza de buscar, acabaron por encontrar uno, del que se querían deshacer sus dueños. Era el verdadero tipo del camello del Desierto, el camello clásico, calvo, de aspecto triste, con su larga cabeza de beduino; y su joroba, que se había puesto muy blanda por los largos ayunos, cayendo melancólicamente hacia un lado.

Tartarin le encontró tan hermoso, que quiso que la caravana entera subiera en él...

¡Siempre el entusiasmo por todo lo que era oriental!...

El camello se agachó. Cargáronsele las maletas, cinchándole.

El Príncipe se instaló en el cuello del animal; y Tartarin, para aparecer más majestuoso, se hizo colocar encima de la joroba, entre dos cajones, y desde allí, saludando á toda la concurrencia, dió la señal de marcha...

¡Lástima grande que sus paisanos no hubieran podido verle!...

El camello se levantó, alargó sus piernas y empezó su marcha con bastante celeridad.

Pero ¡oh sorpresa! después de algunos pasos, Tartarin se sintió mal, y la heroica *chechia* tomó una de sus antiguas posturas de cuando estaba á bordo de *El Zuavo*.

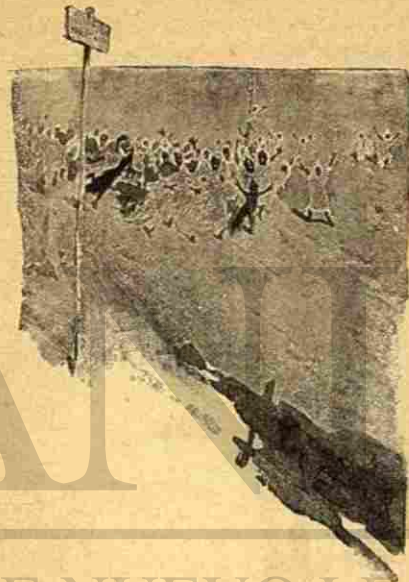
¡El endiablado camello cabeceaba como una fragata!

— ¡Príncipe, Príncipe! murmuró Tartarin pálido y agarrándose á la joroba; Príncipe, por favor, apeémonos... Siento... siento... que por mi culpa van á burlarse de Francia...

Pero el camello había echado á andar,  
y nada podía detenerle ya.

Cuatro mil árabes corrían detrás de él,  
descalzos, gesticulando, riendo como  
locos y enseñando sus blancos dientes.

El gran hombre de Tarascón tuvo que  
resignarse, y desconcertado, más por la  
vergüenza que por el mareo, se asió lo  
más fuertemente que pudo y se dejó lle-  
var, tomando su *chechia* todas las postu-  
ras que quiso, y... de Francia se burló  
toda aquella gente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



V

### EL ACECHO DE NOCHE

EN UN BOSQUE DE ADELFA

**P**OR pintoresca que fuera su cabalgadura, nuestros matadores de leones tuvieron que renunciar a ella, continuando su camino a pie como antes, y la carava-

na se fué tranquilamente hacia el Sur por pequeñas jornadas. Tartarin á la cabeza, el montenegrino á la cola, y en medio el camello con las cajas de armas.

La expedición duró cerca de un mes.

Entregado por completo á su leonícida pasión, el tarasconense marchaba siempre recto, sin mirar ni á derecha ni á izquierda, pensando sin cesar en aquellas fieras cuya persecución tantos disgustos le proporcionaba.

Durante un mes entero, buscando leones invisibles, el feroz Tartarin anduvo de aduar en aduar, en la inmensa llanura del Cheliff, á través de las hierbas abrasadas por el sol, de las malezas y de los cactus, errando por esta Argelia francesa, terrible y zumbona á la vez, donde los perfumes del viejo Oriente se mezclan con los olores del ajeno y del cuartel.

En Argelia se mezclan Abraham y Zuzu, algo como sueño de hadas y como inocencias burlescas; algo como una página del Antiguo Testamento contada por el sargento La Ramée ó Pitou... Curioso espectáculo para ojos que hubiesen querido y sabido ver un pueblo salvaje

y podrido que Francia civiliza dándole sus vicios... La autoridad feroz, sin garantía y sin inspección, de bajalatos fantásticos que se suenan con las grandes cruces de la Legión de Honor, y que por un "quitame allá esas pajas," apalean bárbaramente al que cogen por delante. La justicia sin conciencia de los cadíes, de grandes antiparras, tartufos hipócritas del Korán y de la ley que sueñan con ascensos bajo las palmeras, vendiendo sus decretos y sus juicios como Esaú el derecho de su primogenitura por un plato de lentejas ó de alcucuz con azúcar. Alcaldes libertinos y borrachos, antiguos limpiabotas de un general Yusuf cualquiera, que se hartan de champaña con sus modistillas mahonesas, celebrando francachelas con corderos asados, mientras que delante de sus tiendas toda la tribu se muere de hambre, disputando á los perros las sobras de la comida de la orgía señorial.

Alrededor, por todas partes, llanuras eriales, hierba quemada, calvos chaparrros, maquies, cactus, lentiscos... ¡el granero de Francia! Granero vacío de

granos, y solamente rico en chacales y en chinches. Aduares abandonados, tribus despavoridas que se van sin saber adónde, huyendo del hambre, sembrando cadáveres á lo largo de sus largas travesías. Muy lejos unos de otros, algún pueblecillo francés con casas en ruina, campos sin cultivo, plagas de devoradoras langostas que se comen hasta las cortinillas de las ventanas, y todos los colonos en los cafés, dedicados á beber el ajeno, ¡¡¡discutiendo los proyectos de reforma constitucional!!!

He ahí lo que Tartarín hubo podido ver si se hubiese tomado el trabajo de mirar; pero entregado á su pasión leonida, el hombre de Tarascón iba recto por su camino, sin mirar á derecha ni á izquierda, sino sólo al frente, con la mirada obstinadamente fija en los monstruos imaginarios que no parecían jamás.

Como la tienda de campaña se obstinaba en no abrirse, la caravana se veía obligada á detenerse en cada tribu que encontraba al paso. Por todas partes, gracias al kepis del príncipe Gregory, nuestros cazadores eran recibidos con

los brazos abiertos. Se alojaban en las viviendas de los *agá*, en los extraños palacios, grandes quintas blancas, destaladas y sin ventanas, donde suelen encontrarse ricas pipas, muebles de caoba, tapices de Smirna, lámparas, cofres de cedro llenos de cequines turcos, y relojes de sobremesa estilo Luis Felipe... Por todas partes obsequiaban á Tartarín con fiestas espléndidas, con *diffas* y *fantasias*... En su honor se hacía hablar la pólvora en abundancia. Cuando la pólvora había hablado, venía el *agá* y presentaba la cuenta. Esto es lo que llaman los árabes hospitalidad.

Pero los leones seguían sin parecer.

Eso no obstante, el tarasconense no perdía las esperanzas, y dirigiéndose siempre al Sur, pasaba días enteros rebuscando entre las palmeras enanas, sacudiéndolas con el cañón de la carabina, haciendo ruido como para levantar la caza, y por las noches consumía dos ó tres horas en acecho...

¡Trabajo perdido!

Los leones no parecían.

Una tarde, á eso de las seis, atrave-

sando la caravana un bosquecillo de palmeras entre las que saltaban grandes codornices, Tartarin de Tarascón creyó oír, pero muy lejos y muy débil, aquel maravilloso rugido que había escuchado tan repentinamente allá en su país, detrás de la barraca de Mitaine.

Al principio, nuestro héroe creyó que soñaba...; mas un momento después, lejanos siempre, pero más distintos, los rugidos empezaron de nuevo; y esta vez, mientras que en todos lados se oía aullar los perros de los aduares, la joroba del camello tuvo un estremecimiento de espanto que hizo sonar las cajas de conservas y las armas.

Ya no cabía duda.

Era el león... y pronto, muy pronto se puso en observación sin perder un minuto.

Había cerca de aquel sitio, como colocado á propósito, un antiguo morabito, ó sea sepulcro de santón, de blanca cúpula, y colocadas en un nicho, que estaba encima de la puerta, las babuchas del difunto, juntamente con pedazos de albornoces, hilos de oro y cabellos que colgaban

á lo largo de las paredes como verdaderos ex votos. Tartarin hizo entrar en él al Príncipe y al camello, y se puso á bus-



car paraje á propósito para el acecho.

Gregory quiso seguirle: mas el tarasconense rehusó, pues quería encontrarse solo con el león. No obstante, recomendó á Su Alteza que no se alejara, y como

medida de precaución, le confió su cartera, una enorme cartera llena de papeles importantes y de billetes de banco, temiendo que el león los rompiera con sus garras. Hecho esto, el héroe buscó un puesto conveniente.

Cien pasos más allá del morabito había un bosquecillo de adelfas en la orilla de un riachuelo casi seco. Allí fué donde se emboscó Tartarin, con una rodilla en tierra, según fórmula, la carabina en la mano y el cuchillo de monte hincado en la arena delante de él.

Llegó la noche.

En el lecho enjuto del riachuelo relucía como un espejo un charquito de agua: era el abrevadero de las fieras.

En la pendiente de la opuesta orilla se veía vagamente el sendero trazado por sus enormes patas. Aquella cuestecita misteriosa daba escalofríos, y si juntáis á esto el continuo hormigueo de las noches africanas, roce de ramas, ladridos de chacales, y allá arriba, en el espacio, bandadas de grullas que pasan produciendo sonidos discordantes parecidos á los gritos molestos que lanzan los mu-

chachos cuando se les castiga y huyen, confesaréis que no era extraño que nuestro héroe se sintiera alterado y nervioso.

Tartarin lo estaba, y mucho.

Daba diente con diente el infeliz, y en el mango de su cuchillo, clavado en tierra, el cañón de su fusil sonaba como si fuera castañuelas...

¿Qué fué entonces de su serenidad y sangre fría?

¿Qué de su intrepidez y de su valor?

¿Tuvo miedo quizás? Hay momentos en que uno no es dueño de sus nervios. ¿Y qué sería, además, de los héroes si alguna vez no tuvieran miedo?

Pues bien, sí; Tartarin tuvo miedo, y sin embargo se quedó en acecho una hora, dos; mas el heroísmo tiene sus límites... Cerca de él, en el lecho desecado del río, el tarasconense oyó de pronto ruido de pasos y de piedras que ruedan. Esta vez el terror le hizo levantarse, soltó á la casualidad dos tiros en la sombra y se replegó á escape en el religioso edificio, dejando su cuchillo de monte en la arena como una cruz conmemorativa del más atroz pánico que haya asaltado



nunca el alma de un domador de fieras.

—¡A mí! ¡Príncipe, el león!...

Silencio completo.

—¡Príncipe, Príncipe! ¿Estáis ahí? clamó Tartarin.

Su Alteza no respondió.

En la blanca pared del sepulcro no se veía más que la sombra fantástica del camello.

El príncipe Gregory acababa de tomar las de Villadiego, llevándose la cartera y los billetes de Banco.

Hacia un mes que esperaba aquella ocasión.



## VI

¡POR FIN!

Al día siguiente de aquella trágica noche, cuando nuestro héroe, al amanecer, se sintió más sereno y adquirió la certidumbre de que el Príncipe y el dinero habían desaparecido para siempre; cuando se vió solo en aquel blanco sarcófago, robado, engañado y abandonado en plena Africa con un solo camello y algunas monedas por todo recurso, el tarasconense dudó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

Dudó del montenegrino, dudó de la amistad, dudó de la gloria, hasta de los leones dudó. Y como Cristo en Gethsemani, el grande hombre se echó á llorar amargamente.

¡Y cuánto el Tartarin-Sancho hizo sufrir al Tartarin-Quijote!

Pero mientras el burlado cazador estaba allí sentado en la puerta del morabito, pensativo, mohino, con la cabeza apoyada en ambas manos, la carabina entre las piernas y el camello mirándole á diez pasos de él, Tartarin, estupefacto, siente de nuevo ruido, levanta los ojos y ve llegar un gigantesco león, avanzando con la frente erguida, sacudiendo la melena y atronando los aires con formidables rugidos, que hacían temblar las paredes del sepulcro y hasta las zapatillas del santón en su nicho...

¡Sólo el tarasconense no tembló!

—¡Por fin! exclamó dando un salto y apuntando al mismo tiempo. Suena el tiro. Ya está. El león tiene dos balas explosivas en la cabeza. Durante un minuto se vieron volar sesos y sangre.

Luego todo quedó en silencio y Tar-

tarin vió que dos gigantes negros corrían hacia él con el garrote levantado.

Eran los de Milianah.

¡Oh desgracia!



Al león amansado, al pobre ciego del convento de Mohammed, acababan de matar las balas de la Provenza.

Esta vez sí que Tartarin se vió á dos pasos de la muerte, pues ambos negros

le hubieran despedazado, si no llegara á tiempo un guarda rural para impedirlo.

La vista del kepis calmó como por encanto la ira de los negros.

Tranquilo y majestuoso, el guarda hizo cargar en el camello los restos del león, y mandando al delincuente, lo mismo que á los negros, que le siguieran, llegaron á Orleansville y entregó todo en el Juzgado.

Fué un largo y terrible proceso.

Después de la Argelia de las tribus, que acababa de recorrer Tartarin de Tarascón, conoció otra Argelia no menos burladora y terrible: la Argelia de las ciudades, del Foro, con sus procedimientos y sus abogados. Conoció la judicial y torcida bizca, que embrolla todos los negocios en la mesa de los cafés, la bohemia de los hombres de ley, la curia, los expedientes que huelen á alcohol, la toga manchada de vinazo; conoció á los procuradores, escribanos, agentes de negocios, abogados, relatores, toda este enjambre que vive del papel sellado, hambrientos aun estando repletos, y delgados á pesar de devorar

cuanto hallan delante; capaces de comerse del pobre colono hasta la suela de sus zapatos, y dejarlo despojado y limpio como panoja de maíz.

Ante todo se trataba de saber si el león había sido muerto dentro de la jurisdicción civil ó militar; en el primer caso, el negocio correspondía al tribunal de Comercio, y en el segundo, Tartarin debía ser entregado al Consejo de Guerra; á cuyo nombre sólo el impresionable tarasconense se veía ya fusilado al pie de las fortificaciones ó pudriéndose en el fondo de un calabozo.

Lo terrible es que el señalamiento de límites de las dos jurisdicciones es muy vago en Argelia... Por último, pasado un mes de mucho andar, de estadas al sol en los patios de las oficinas, se acordó que si bien el león había sido muerto en una zona militar, Tartarin, cuando tiró, se encontraba en territorio civil.

El asunto se juzgó, pues, con arreglo á este último criterio, y nuestro héroe se vió libre mediante una indemnización de dos mil quinientas pesetas, sin las costas.

Y aquí su nuevo y grandísimo apuro. ¿Cómo se las arreglaría para pagar todo?

El poco dinero que le quedó después del robo del Príncipe, se había gastado hacía tiempo en papel sellado y en ajeno judicial, y por lo tanto el desgraciado matador de leones se vió en la necesidad de vender en detalle su caja de armas. Un especiero le compró las conservas alimenticias, un boticario lo que le quedaba de medicinas. Las botas de marino y la tienda de campaña siguieron el mismo rumbo. Después de pagarlo todo, Tartarin no poseía más que la piel del león y el camello.

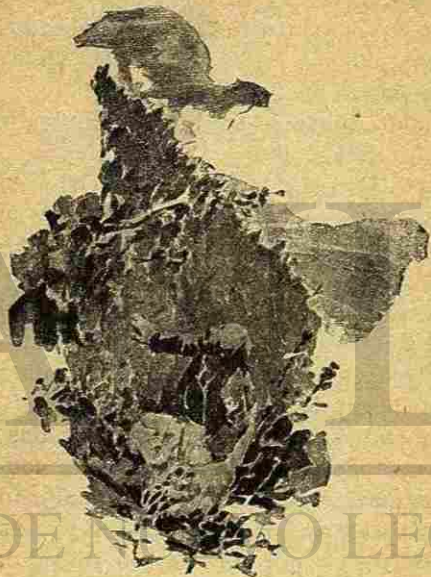
¿Qué hacer?

Por de pronto, embolsó cuidadosamente aquélla y la mandó a Tarascón, dirigida al valiente comandante Bravida.

Veremos después lo que fué de tan importante despojo.

En cuanto al camello, contaba con servirse de él para volver á Argel, no montándolo, sino con objeto de venderle y poder con su importe pagar la diligen-

cia; pero en aquel mercado, en donde tantas cosas vendiera, no halló nadie que se lo quisiera comprar.



Sin embargo, Tartarin deseaba regresar á Argel, ganoso de descansar, de volver á ver el corsé de Baía, su casita

sus fuentes, las hojas blancas de trébol de las columnas de su patio. Mientras llegaba el auxilio metálico que había pedido á Francia, no titubeó un momento, y triste, mas no abatido, emprendió el viaje á pie, sin dinero y por jornadas cortas.

El camello no le abandonó.

Aquel pobre animal experimentaba por el desgraciado cazador un cariño inexplicable, y viéndole salir de Orleansville, anduvo detrás de él, arreglando su paso al de su amo, y no perdiéndole nunca de vista.

En el primer momento, tanta fidelidad enterneció á Tartarin; tanto más, cuanto que el camello sebuscaba el alimento en las horas de descanso.

Sin embargo, al cabo de algunos días, el tarasconense se aburrió de tener continuamente á su lado aquel taciturno compañero, que le recordaba todos sus sinsabores, y por fin le tomó tal odio, que no pensó en otra cosa que en desembarazarse de él; mas el animal no aprovechaba la libertad que se le concedía.

Tartarin procuró extraviarle; pero el camello le volvió á encontrar; echó á correr, y el mudo servidor corría más que él. Le gritaba: «¡Vete!», tirándole piedras. El pobre animal se paraba, mirándole con aire muy triste, luego empezaba á andar de nuevo, y concluía siempre por alcanzar á su amo. Tartarin no tuvo más remedio que dejarle hacer lo que quisiera.

Cuando, después de ocho días de marcha, el tarasconense, lleno de polvo y en extremo cansado, vió desde lejos relumbrar, entre el follaje, las primeras azoteas de Argel; cuando se encontró en las puertas de la ciudad, en la avenida de Mustafá, en medio de los zuavos y de las mahonesas, que le miraban pasar acompañado de su camello, perdió por completo la paciencia.

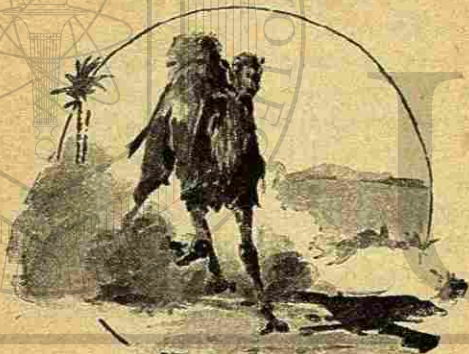
—No, dijo; no es posible. No puedo entrar con este animal detrás de los talones.

Y aprovechando un barullo de coches, se metió por un campo y se escondió en una zanja.

Desde allí vió al camello que corría

cuanto le era posible por el camino, alargando el pescuezo con ansiedad.

Entonces, aliviado de un gran peso, el héroe salió de su escondrijo y entró en la población por un sendero extraviado.



VII

## CATÁSTROFE

SOBRE CATÁSTROFE

**A**l llegar delante de su casa moruna, Tartarín se detuvo muy admirado. Caía la tarde, la calle estaba desierta. Por el postigo de la puertecilla que la negra había olvidado cerrar, se sentían risas, ruido de copas, detonaciones de

descorchar botellas de Champaña, y dominando toda aquella alegre algazara, una voz clara y fresca de mujer que cantaba:

Amas tú, Marco la Bella,  
el danzar en los salones, etc.

—¡Ira de Dios! exclamó el tarasconense palideciendo y precipitándose en el patio.

¡Desdichado Tartarin! ¡Qué espectáculo le esperaba! Bajo los arcos del pequeño claustro, en medio de botellas, pastas, dulces, cojines desparramados, pipas, tamboriles, guitarras, Baia, de pie, sin chaquetilla azul ni corpiño, con solo una camisa de gasa con hilillo de plata, con amplios calzones color de rosa pálido, cantaba *Marco la Bella*, teniendo en su cabeza, de medio lado, una gorra de oficial de marina... A sus pies, rendido de amor, de bebida y de dulces, se arrastraba Barbassou, el infame capitán Barbassou, riendo hasta reventar al escuchar á la dama.

La aparición de Tartarin, lívido, delgado, polvoriento, con los ojos echando

chispas, la borla de la *chechia* erizada, interrumpió de pronto la algazara de esta fiesta orgiástica turco-marsellesa; Baia lanzó un pequeño grito de liebre espantada, y escapó escaleras arriba. Barbassou no se inmutó, sino que riendo á más y mejor:

—Y bien, Sr. Tartarin, ¿qué me cuenta usted? Ya ve usted que ella sabía el francés.

Tartarin de Tarascón adelantó furioso:

—¡Capitán!

La mora, asomándose á la balaustera del piso superior, le dirigió una frase burlesca en dialecto marsellés, acompañada con un gesto grotesco y un ademán desenfrenado. El pobre hombre, aterrado, se dejó caer sobre un tamboril. ¡Su mora sabía hasta el marsellés!

—¡Cuando yo le decía á usted que desconfiase de las argelinas! murmuró sentenciosamente el capitán. Esta es lo mismo que vuestro Príncipe montenegrino.

Tartarin levantó la cabeza.

—¿Sabe usted dónde está el Príncipe?

—¡Oh! no está lejos: habita para cinco años la prisión de Mustafá. El muy tuno

se ha dejado coger con la mano en el bolsillo. Por lo demás, no es la primera vez que le ponen á la sombra. Su Alteza ha sufrido ya tres cursos en un correccional, tres años, no sé en dónde... ¡Ah, sí, creo que precisamente en Tarascón!

— ¡En Tarascón! repitió Tartarin súbitamente iluminado por un recuerdo. Por esto no conocía más que un lado de la ciudad.

— ¡Bah! sin duda: el Tarascón visto desde la cárcel. ¡Ah, mi pobre Sr. Tartarin! Es preciso abrir mucho el ojo en este diablo de país, sin lo cual siempre se está expuesto á cosas muy desagradables... Por ejemplo, aquella historia vuestra también con el muezzin...

— ¿Qué historia, pardiez?

— ¡Toma! pues el muezzin de enfrente, que hacía la corte á Baía. *El Akbar* ha contado la historia en su número del otro día, y todo Argel está todavía riendo. Tiene tanta gracia ese muezzin, que desde lo alto de su torre, al cantar sus oraciones, se declaraba en las barbas de usted á su amiga, dándole cita para el día

siguiente, é invocando para todo el nombre de Alá...



— ¿Pero es que en este país todo el mundo es un tunante? ¡Ira de Dios! gritó Tartarin.



Barbassou se encogió de hombros filosóficamente, y repuso:

— ¡Qué quiere usted! ¡Los países nuevos!... No importa: lo que urge es que, si quiere usted hacerme caso, se vuelva á Tarascón.

— ¿Volver? Eso se dice fácilmente. ¿Y el dinero? Usted no sabe cómo me han desplumado allí abajo, en el Desierto...

— Eso no le hace, interrumpió el capitán riendo nuevamente. *El Zuavo* parte mañana, y si usted quiere que lo vuelva á la patria... ¿Le conviene á usted, camarada? Entonces, corriente. No queda que hacer más que una cosa: todavía quedan algunas botellas de Champaña, y allá va la mitad de una rica torta: ¡síntese, y cenemos sin rencores!

Después del minuto de duda que le imponía su dignidad de tarasconense, adoptó su resolución.

Sentóse, y bebió.

Baia volvió á bajar al ruido de los vasos, y concluyó la interrumpida canción de *Marco la Bella*, prolongándose la fiesta hasta muy entrada la noche.

Hacia las tres de la madrugada, con la cabeza ligera y los pies pesados, el bueno de Tartarin volvía de acompañar á su amigo el capitán. Al pasar por delante de la mezquita vió la puerta abierta, y el recuerdo del muezzin y de sus farsas le hizo reír, y concebir al propio tiempo una bella idea de venganza. Penetró; siguió largos corredores tapizados de esteras; subió, subió más todavía, hasta hallarse en el pequeño oratorio turco, donde una linterna de hierro se balanceaba colgada de la bóveda, bordando en los muros caprichosas sombras.

El muezzin estaba allí recostado en un diván, con su gran turbante, su capa blanca, su pipa de Mostaganem, y delante un gran vaso de ajeno fresco, que agitaba religiosamente, esperando la hora de llamar los creyentes á la oración.

A la vista de Tartarin, dejó su pipa lleno de terror.

— ¡Ni una palabra, cura! murmuró el tarasconense, que tenía su plan preconcebido. ¡Pronto, tu jaique y tu turbante!

El cura turco, temblando, se despojó de ambas cosas. Tartarin se puso las dos prendas, lanzándose á la terraza del minarete.

La luna rielaba en el mar á lo lejos. Las blancas techumbres relucían á la luz del astro de la noche. La brisa marina traía en sus ondas lejanos sonos de guitarras. El muezzin de Tarascón se recogió un momento en meditación; después, levantando los brazos, comenzó á saludar con agudísima voz:

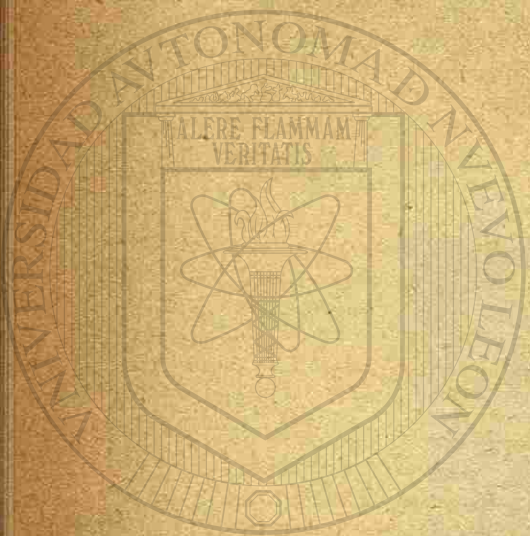
*La Allah il Allah!...*

¡Mahoma es un viejo farsante! ¡El Oriente, el Korán, los bajalatos, los leones, las moras, todo esto no vale un pitoche!... ¡Gaznápiros!... ¡No hay tales *Teurs!*... ¡No hay más que mezquinos jugadores!... ¡Viva Tarascón!

Y mientras que en una jerga extraña, mezclada de árabe y provenzal, el ilustre Tartarin lanzaba á los cuatro puntos cardinales, al mar, á la ciudad, á la llanura y á la montaña, su alegre maldición ta-

rasconense, la voz clara y grave de los otros muezzines le respondía, alejándose de alminar en alminar, y los últimos creyentes de la ciudad alta se golpeaban devotamente el pecho.





### VIII

¡TARASCÓN! ¡TARASCÓN!

**L**as doce.

El buque va á ponerse en marcha.

Arriba, en el balcón del café Valentín, los señores oficiales fijan su anteojo en el feliz barco que va á Francia.

Abajo, los pasajeros se apresuran en amontonar sus equipajes en las barcas que los conducen al buque. Es la gran distracción del Estado Mayor.

La rada brilla. Los viejos cañones turcos, clavados á lo largo del muelle, relu-

cen á la luz del sol. Biskris y mahoneses van llevando los equipajes al barco.

Tartarin de Tarascón no tiene nada que embarcar más que su persona.

Helo aquí bajando por la calle de la Marina y por el pequeño mercado lleno de plantas y de sandías, acompañado de su amigo Barbassou.

El infeliz tarasconense ha dejado entre los moros su caja de armas y sus ilusiones, y ahora se apresta á regresar á Tarascón con las manos metidas en los bolsillos.

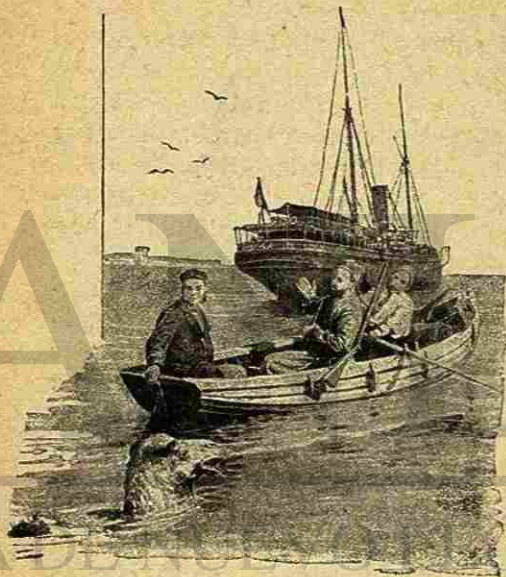
Apenas saltó á la chalupa del capitán, un animal baja corriendo desde lo alto de la plaza, y se precipita hacia él.

Es el camello, el fiel camello, que, desde hace veinticuatro horas, busca á su amo por Argel.

Tartarin, al conocerle, muda de color y finge no verle; pero el animal se empeña en que su amo se fije en él. Le llama, y mirándole con ternura, parece decirle: "Llévame en tu barco, lejos, muy lejos de este ridículo Oriente lleno de locomotoras y de diligencias, en donde no sé qué va á ser de mí. Tú eres el

último turco y yo el último camello. No me abandones, ¡oh Tartarin!

—Ese camello, ¿es vuestro? le preguntó el capitán Barbassou.



—No, dijo Tartarin estremeciéndose ante la idea de entrar en Tarascón con tan rara escolta; y renegando de su compañero de infortunio, rechaza con el

pie el suelo argelino y da á la chalupa el empuje para navegar. El camello olfatea el agua, alarga el pescuezo, y lanzándose detrás de la barca, náda al par que ella hacia *El Zuavo*.

Lancha y camello l'egan juntos á los costados del buque.

—¡Pobre animal! dijo el capitán. Voy á mandar que lo suban á bordo, y al llegar á Marsella le regalaré al Jardín zoológico.

Dicho y hecho. El camello fué embarcado, y *El Zuavo* se hizo á la mar.

Los dos días que duró la travesía, Tartarin los pasó solo en su camarote, no porque el mar estuviera malo, sino por causa del camello, que, apenas divisaba á su amo encima del puente, se entregaba á una alegría de las más ridículas...

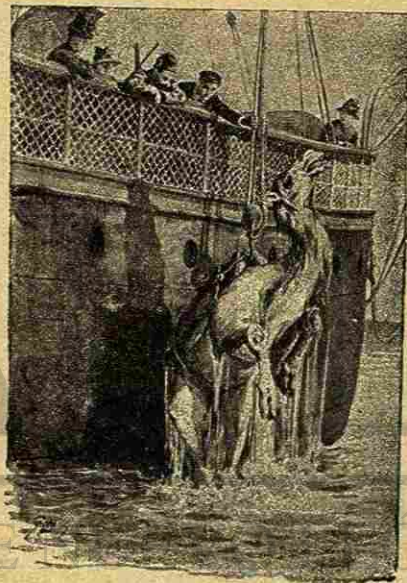
Mirando por los tragaluces de su camarote, Tartarin vió palidecer el azul del cielo argelino, y una mañana temprano oyó las campanas de las iglesias de Marsella.

Habían llegado...

*El Zuavo* echó el ancla.

Nuestro amigo, que no tenía equipaje,

bajó sin decir nada, y atravesó la ciudad, temiendo que el camello le siguiera, y no respiró á gusto hasta que, viéndose



dentro de un vagón de tercera clase, el tren echó á andar...

—¡Gracias á Dios que me veo libre de ese adefesio!

Pero apenas estaban á dos leguas de Marsella, cuando todos los viajeros se asomaron á las ventanillas, admirándose de lo que estaban viendo. Tartarin se asoma á su vez, mira, y... ¿qué es lo que divisa?... El inevitable camello, que corría por en medio de los rails, detrás del tren. Tartarin, consternado, acurrucóse otra vez y cerró los ojos.

Después de su desgraciada expedición, contaba volver á su casa de incógnito; pero la presencia del cuadrúpedo hacía la cosa imposible. ¡Qué entrada iba á hacer, Dios mío! ¡Sin un cuarto, sin leones, sin equipaje y acompañado de un camello!...

—¡Tarascón!... gritó un empleado.

Fué preciso apearse....

Mas ¡oh sorpresa!

Apenas la *chechia* del héroe apareció en la portezuela, cuando un grito de "¡Viva Tartarin!", hizo retumbar los cristales de la estación. "¡Viva el matador de leones!..."

Y los coros de los orfeones entonaron canciones en su loa.

Tartarin se sentía morir; creía en una

mixtificación. Pero no: Tarascón en masa se encontraba allí, levantando en alto los sombreros. Allí estaba el bravo comandante Bravida, el armero Costecalde, el presidente del Tribunal, el boticario y toda la noble sociedad de cazadores de gorras, que rodeó á su jefe y le llevó en triunfo...

¡Singulares efectos de espejismo! La piel del león ciego, enviada á Bravida, era la causa de todo.

Tan modesto despojo entusiasmo á los tarasconenses, y después de éstos, todo el Mediodía se entusiasmó también.

Como *El Semáforo* habló de Tartarin en sus columnas, sucedió lo que acontece siempre: que se inventó una novela, se abultaron extraordinariamente los hechos, y ya no era un león, sino diez, veinte, los que nuestro héroe había matado. Tartarin, pues, era ya célebre en Marsella sin saberlo él, y un telegrama expedido desde allí á sus paisanos les anunció su llegada.

Pero lo que puso el colmo á la alegría popular, fué cuando vieron un animal fantástico, cubierto de polvo y de sudor,

aparecer detrás del héroe y bajar las gradas de la estación.

Los tarasconenses creyeron durante un instante que su Tarasca había vuelto; mas Tartarin tranquilizó á sus compatriotas.

—Es mi camello, dijo.

Y ya, bajo la influencia del sol tarasconense, ese hermoso sol que hace mentir con tanta ingenuidad, añadió acariciando la joroba del animal:

—¡Es muy noble y muy valiente! ¡Me ha visto matar todos mis leones!

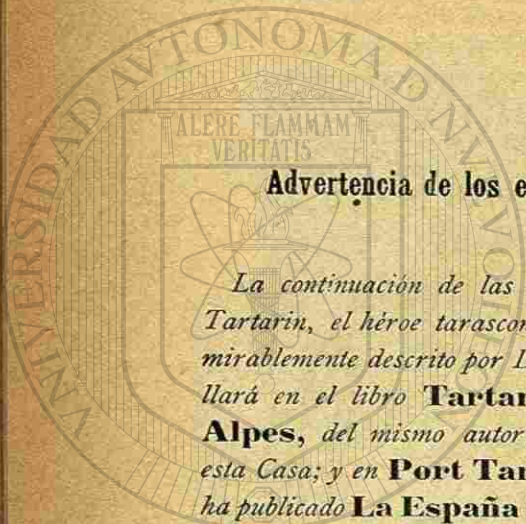
Y tomando el brazo del comandante Bravida, encarnado por la felicidad, seguido del camello y de los cazadores de gorras, y aclamado por el pueblo, se dirigió á la casa del baobab, y, andando, empezó á relatar sus grandes cacerías:

—Figuráos, decía, que cierta noche, en pleno Sahara...



®

AL DE BIBLIOTECAS



**Advertencia de los editores.**

*La continuación de las aventuras de Tartarin, el héroe tarasconense tan admirablemente descrito por Daudet, se hallará en el libro **Tartarin en los Alpes**, del mismo autor, editado por esta Casa; y en **Port Tarascón**, que ha publicado **La España Editorial**.*

COLECCION JUBERA

OBRAS PUBLICADAS

VOLUMEN I

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.



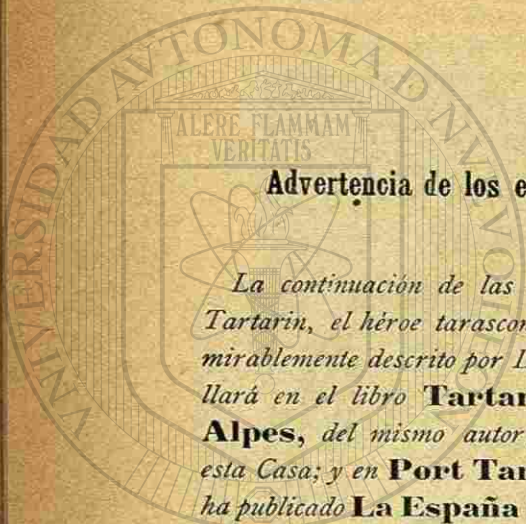
**ROBERTO HELMONT** ®

DIARIO DE UN SOLITARIO

POR A. DAUDET

*Ilustrado con más de 100 fotografados y 15 cromotipias.*





**Advertencia de los editores.**

*La continuación de las aventuras de Tartarin, el héroe tarasconense tan admirablemente descrito por Daudet, se hallará en el libro **Tartarin en los Alpes**, del mismo autor, editado por esta Casa; y en **Port Tarascón**, que ha publicado **La España Editorial**.*

COLECCION JUBERA

OBRAS PUBLICADAS

VOLUMEN I

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.



**ROBERTO HELMONT** ®

DIARIO DE UN SOLITARIO

POR A. DAUDET

*Ilustrado con más de 100 fotografados y 15 cromotipias.*

COLECCION JUBERA

VOLUMEN II

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.



## Treinta años de París

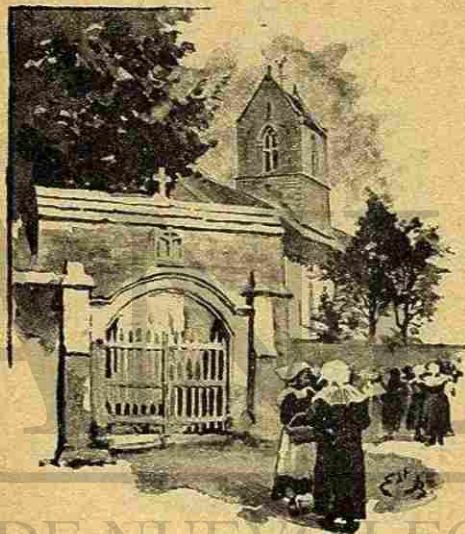
Á TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS  
POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 118 grabados tirados en diversos colores.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN III

3 50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado á la inglesa.



## RECUERDOS DE UN HOMBRE DE LETRAS

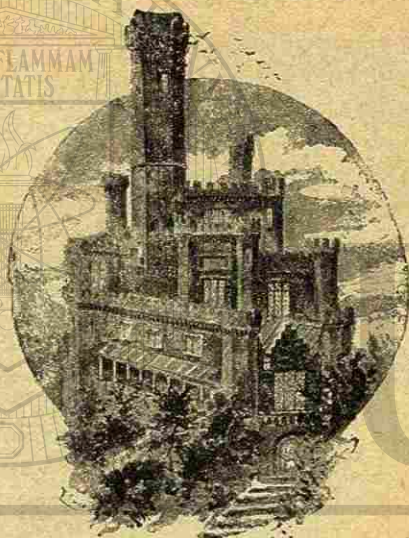
POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 98 grabados á varias tintas.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN IV

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.



## La lucha por la existencia

FOR A. DAUDET

Edición ilustrada con 12 grabados á varias tintas, ocho heliotipias y cubierta al cromo, de P. Careedo.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN V

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.



## Mujeres de Artistas

FOR A. DAUDET

Edición ilustrada con 100 fotgrabados y una elegante cubierta al cromo.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN VI

5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la inglesa.



## URANIA

POR C. FLAMMARION

Edición ilustrada con 91 fotografados y una elegante cubierta al cromo

COLECCIÓN JUBERA

VOLUMEN VII

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.



## LA BELLA NIVERNESE

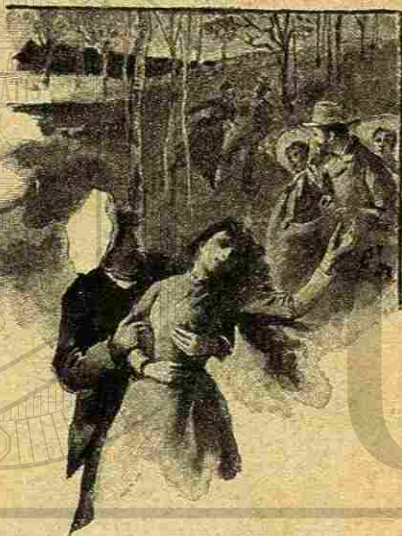
POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 158 grabados y una elegante cubierta al cromo.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN VIII

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa



## SOR FILOMENA

FOR

EDMUNDO Y JULIO DE GENCOURT

Un tomo en 8.º con más de 90 grabados y una elegante cubierta al cromo.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN IX

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa



## TARTARIN DE TARASCON

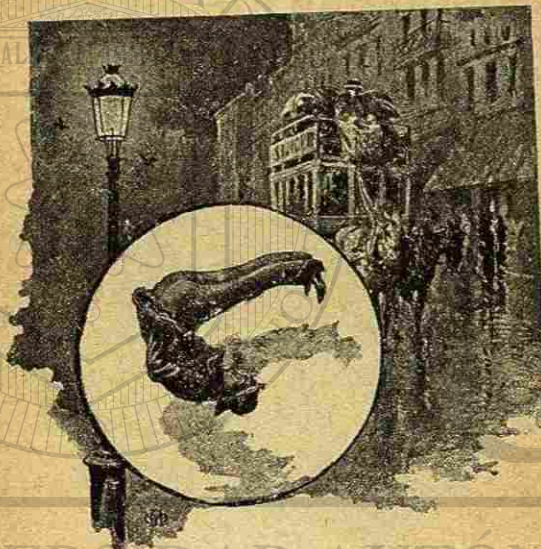
FOR A. DAUDET

Un tomo en 8.º con más de 100 grabados y una elegante cubierta al cromo.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN X

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadrado en piel á la inglesa.



EDMUNDO DE GONCOURT

LOS HERMANOS ZEMGANNO

Versión castellana de

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Un tomo en 8.º de 400 páginas, ilustrado por Apeles Mestres y una bonita cubierta al cromo.

MIGUEL MOYA

# ORADORES POLÍTICOS

(Perfiles.)



Un tomo en 8.º de 264 páginas, con veinte retratos fotografados de Laporta y un dibujo de D. Manuel Domínguez,

5 pesetas.

**P. Loti.**

**LA NOVELA DE UN NIÑO**

Un tomo, 2 pesetas

**M. Moya.**

**ORADORES POLÍTICOS**

(PERFILES)

Un tomo en 8.º de 264 páginas, con veinte retratos fotográficos de Laporta y un dibujo de D. Manuel Domínguez, 5 pesetas.

**P. Bourget.**

**CORAZON DE MUJER**

Un tomo, 2 pesetas.

**O. Feuillet.**

**HONOR DE ARTISTA**

Un tomo, 3 pesetas.

**E. Zola.**

**EXTRANJEROS ILUSTRÉS**

Tomos publicados:

Jorge Sand, 1 peseta.  
Victor Hugo, 1 peseta.  
Balzac, 1 peseta.  
Alfonso Daudet, 1 peseta.

Campanor y Valera.

**La Metafísica y la Poesía.**

(POLÉMICA)

Un tomo, 3 pesetas.

**L. Tolstoi.**

**LA SONATA DE KREUTZER**

Un elegante volumen, 3 pesetas.

**A. Llanos.**

**ROMANCERO**

DE

DON JAIME EL CONQUISTADOR

Premiado con medalla de oro por la Real Academia Española.

Un volumen, 3 pesetas.

Guy de Maupassant.

**NUESTRO CORAZÓN**

Dos tomos, 4 pesetas.

**J. Ohnet.**

**ÚLTIMO AMOR**

Un tomo, 3,50 pesetas.

**Palmerín.**

**Dramaturgia castellana,**

ESTUDIO SINTÉTICO

Acerca del Teatro Nacional.

Un tomo, 2,50 pesetas.

**F. Borrell.**

**EL TANNHAUSER**

de Ricardo Wagner.

Un tomo, 2 pesetas.

# LA ESPAÑA MODERNA

Revista ibero-americana.

Cada número forma un grueso volumen en 4.º mayor, que se vende suelto á

*Doce reales.*

La redacción de esta REVISTA la constituyen los siguientes escritores: **Barrantes, Campoamor, Cánovas, Castelar, Clarín, Echegaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán, Palacio Valdés, Pi Margall y Valera**, con los que alternarán, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles.

Precios de suscripción, pagando por adelantado:

En España, seis meses, *diecisiete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.—En las demás naciones europeas, un año, *cuarenta francos*.—En las posesiones españolas, un año, *cuarenta pesetas oro*.—En América, un año, *cincuenta pesetas oro*.

Todas las suscripciones deben comenzar en Enero de cada año.

Se remiten números de muestra gratis á quien los pida.

Hay colecciones encuadernadas de 1883, primer año de publicación, á *seis duros* cada una.

Enviense los *seis duros* que importa la suscripción por todo el año 1890 al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Serrano, 68, Madrid.

EL INGENIOSO HIDALGO

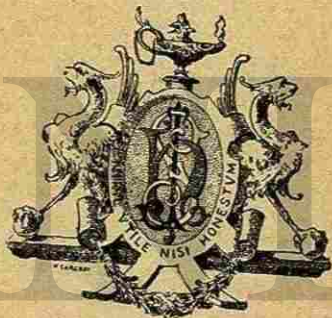
# DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR  
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

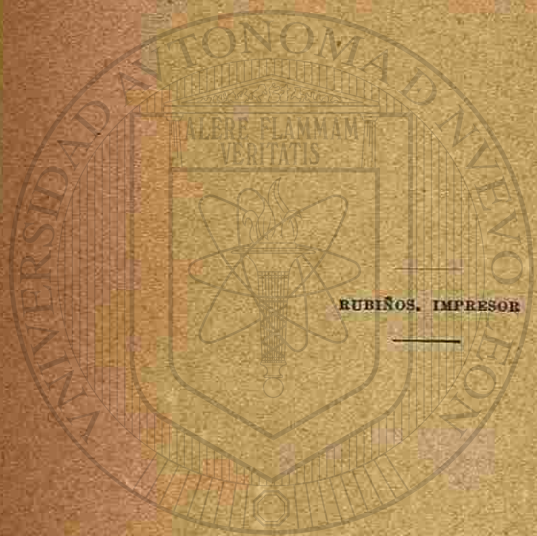
Tiempo hacía que se venía careciendo de una edición de esta obra inmortal, que á la belleza de su impresión, ilustración y baratura, reuniese las *notas históricas, críticas y gramaticales* de la Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencin, Hartzenbusch, Cuesta, Janer, etc.; y ésta que ofrecemos al público, no solamente las tiene, sino que también lleva la *VIDA DE CERVANTES*, y el *BUSCAPIÉ*, anotado por el distinguido literato D. Adolfo de Castro.

**Don Quijote de la Mancha** es el libro más popular en España, y puede afirmarse que su fama no es menor en el extranjero, donde se halla traducido á todos los idiomas. El **QUIJOTE** es una obra que todo el mundo debe tener en su biblioteca, y que hay que aprender casi de memoria.

En suma: es la edición más completa que ha salido, reuniendo á esto la baratura; pues, formando un tomo en 4.º mayor de 542 páginas con 300 grabados intercalados en el texto y *láminas sueltas*, impreso en buen papel y con el retrato de Cervantes en acero, sólo cuesta en Madrid, encuadernado en rústica, con una bonita cubierta, seis pesetas, y en tela con una bonita plancha, 7,50.







UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

